

Fray Mocho

Revista Semanal



Nº. 894

ROSA RAISA

TEATRO COLON
TEMPORADA OFICIAL 1929

CONCESIONARIO
FAUSTINO DA ROSA

INAUGURACIÓN DE LA EXPOSICIÓN IBEROAMERICANA DE SEVILLA

El rey de España, la reina Victoria Eugenia, las infantas Beatriz y Cristina, el presidente del Consejo de ministros general Primo de Rivera, altos dignatarios y demás comitiva oficial en la tribuna regia, escuchando la marcha real durante el solemne acto de la inauguración del certamen



El jefe del gobierno de España, general Primo de Rivera, leyendo ante los reyes su discurso de apertura



Imponente aspecto que ofrecía la plaza España, en el recinto de la Exposición, durante el acto de la inauguración oficial.



Los reyes, las infantas, el general Primo de Rivera y otras personalidades a bordo de la carabela "Santa María", exacta reproducción de la que mandara Cristóbal Colón.



El comandante de la carabela "Santa María", capitán de fragata Guille, explicando al rey las características de la nave.



La carabela "Santa María", construida sobre el modelo que comandara Colón, poco después de su llegada a Sevilla, donde fué recibida con grandes honores.

Fots. Agencia Giralda.

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración: CERRITO 807

Año XVIII

Buenos Aires, junio 11 de 1929

No. 894



EL IMPULSO SOLIDARIO DEL PUEBLO

Un intenso fenómeno sísmico conmovió la región cordillerana, derruyendo poblaciones enteras y provocando numerosas víctimas. Centenares de familias quedaron desamparadas, en medio del cataclismo que el rigor del invierno hacía tanto más implacable.

La noticia circuló profusamente por todo el país, en alas del dolor colectivo que se iba transmitiendo de hombre a hombre, de corazón a corazón. La verdad es que el sentimiento público ante la desgracia que azotaba a aquellas regiones adquirió, rápido, un vivo calor de cosa nacional. El impulso solidario del pueblo, que nosotros sabemos una de las más bellas cualidades del alma argentina, recurrió, espontáneo y gene-

roso, en ayuda de las víctimas del terremoto. Antes de las veinticuatro horas de haberse conocido la versión del trágico acontecimiento, habían llegado ya los primeros socorros. Y en seguida, una tras otra, las iniciativas de cooperación humanitaria que aparecieron indistintamente en todo el país, fueron llevadas a feliz término con celeridad poco acostumbrada. Puede decirse, pues, que las imprevisiones que se observan en ocasiones como ésta, lograron ser subsanadas gracias a la contribución irrefrenable del pueblo. El sentido de humanidad que reside en el fondo espiritual de las muchedumbres se puso de manifiesto, una vez más, llevando un lenitivo reconfortante a las víctimas de la catástrofe mendocina.

De tal modo, dentro de lo relativo, las consecuencias fatales de la conmoción han sido atenuadas. Por cierto que no es la sola oportunidad en que nuestro pueblo, que siempre dió cauce en su corazón al llamado de la desgracia, acude presuroso y desinteresado a llevar su ayuda a quienes la necesitan. Hagámoslo constar porque se trata de una virtud argentina que es, además, una dote de la raza hispanoamericana.

EL EXITO DE LA TEMPORADA DEL COLON

Las primeras funciones de la Temporada Oficial del Teatro Colón han constituido un ponderable éxito de arte y de empresa. Como lo habíamos pronosticado en nuestros anteriores comentarios, nuestro primer coliseo realiza un espectáculo de insuperable calidad, que responde con creces a la confianza dispensada por el público a D. Faustino Da Rosa. En efecto, las veladas de abono cumplidas desde la iniciación de la temporada han servido para poner de manifiesto los valores del conjunto lírico de que dispone el Teatro Colón, como asimismo de que el programa organizado de acuerdo con un plan general abarca, con seguro eclecticismo todos los matices de la música contemporánea y está en armonía con la sensibilidad del público. Por eso un aplauso cerrado coronó las interpretaciones de las obras clásicas del repertorio, co-

mo también aprobará entusiastamente algunas piezas modernas, — Turandot, por ejemplo — acerca de las cuales podemos adelantar que el conjunto del Teatro Colón hará honor a sus méritos excepcionales.

El elemento artístico de la sala municipal es, seguramente, el núcleo más homogéneo que haya ocupado hasta ahora su escenario. Las primeras figuras se destacan notablemente, pero realzadas a su vez por la medida y justeza de las figuras inmediatas y de los coros que no desentonan en ningún momento y contribuyen a mantener las obras en un equilibrio de armonía perfecta. La prensa en general ha debido reconocerlo, no obstante que algunos órganos se dejaron llevar de impresiones ajenas o de intereses que nada cuentan cuando se trata de juzgar un esfuerzo de arte puro como el que se lleva a cabo, en estos momentos, en el Teatro Colón.

Advertimos, desde luego, que corresponde a la empresa la seguridad de este triunfo artístico. Desde el instante en que fué colocada en manos de D. Faustino Da Rosa, la temporada actual, fué una garantía de buen teatro lírico que, como lo evidencian las funciones referidas, no tienen precedentes más halagadores. El Teatro Colón está viviendo las horas más altas de su desenvolvimiento artístico. Puede aseverarse que finalmente la sala municipal cumple los propósitos de cultura que originaron su creación bajo auspicios oficiales.

Tanto del punto de vista artístico, como del punto de vista financiero, D. Faustino Da Rosa ha logrado que la temporada actual demuestre positivamente, que el Teatro Colón rinde, puesto en manos sabias y experimentadas, los frutos que era dado esperar de él.

A D. Faustino Da Rosa alcanzan, pues, los intensos aplausos que repercuten cada noche bajo la bóveda acústica de nuestro primer coliseo.

LA SITUACION MONETARIA ESPAÑOLA

En una nota oficiosa sobre la situación monetaria española

se expresa, entre otros exactos y oportunos conceptos acerca de la sana obra que desarrolla el Directorio, que el gobierno no atribuye al alza del cambio una importancia extraordinaria, pues, viviendo España rodeada de países de moneda estabilizada a un tipo mucho más bajo que el de la peseta, el comercio de exportación, que es el que más interesa favorecer, se facilita, y el de la importación se dificulta. Sin embargo, el gobierno no desiste de vigilar e intervenir en los cambios, como lo vino haciendo hasta ahora, y para ello renovará los créditos de oro de que a tal fin dispone en el extranjero. En cambio el gobierno de España otorgaría importancia, sí, a la causa, a la cual se asigna principalmente la baja artificial de la peseta, que no puede ser otra que la exportación de capitales atraídos por el afán de lucro y de cobrar fuera de España intereses más crecidos, lo que no deja de ofrecer serios peligros para los que obran de tal modo, como que ya están registrándose algunos casos de contratiempos y desengaños. Respecto a todo ello el Directorio ha tomado las medidas consiguientes, garantizando, desde luego, la pureza del valor monetario de España.

El asunto tiene una transcendencia mayor de la que, aparentemente, puede deducirse de él. Se trata del último golpe llevado contra la labor económica del gobierno de D. Miguel Primo de Rivera, cuya consistencia financiera quiere herirse precisamente en circunstancias en que España llega con las Exposiciones de Sevilla y Barcelona a la culminación de su grandeza contemporánea. El Directorio supo, empero, prever y desbaratar la antipatriótica intención llevada desde el exterior.

Estos complots, hay que decirlo con imparcialidad de miras, no lograrán quebrantar a buen seguro la firmeza política y económica de la península, pese a los que ponen su mayor empeño en conseguirlo.

Reclinada doña Isabelita, junto a la chimenea vetusta y señorial, en la que chisporroteaban gruesos troncos de encina compacta y dura, teniendo a su alcance las tenazas para arreglar el fuego de vez en cuando, y el buen Louredo, el veterano capitán de goleta, arrellanado en cómoda poltrona y manteniendo entre sus manos el hurgón para atizar las llamas, jugaban ensimismados al ajedrez. ¿Ensimismados? Sin duda, que el juego era lento e inacabable. Pero acaso el pensamiento distraía-se más allá de los alfiles, traspasaba las torres, y olvidándose veloz de reinas y de reyes, iba a posarse en esa lejanía que sólo ven los ojos del alma que recuerda las horas que pasaran hace ya muchos años...

Con ninguna otra persona hubiera compartido doña Isabelita el cuidado del fuego de la chimenea. El hurgón le gustaba a Louredo porque era en sus manos como un arma de defensa que esgrimía en las amistosas discusiones, sostenidas a cada instante con la dama. Y ella, conocedora del carácter impetuoso y a veces violento de este viejo coloso ya maduro, de luenga barba cenicienta y cabellos grises, descuidadamente largos también como melenas de león, accedía muy gustosa a compartir con la amansada fiera, de corazón de niño, el cuidado de la lumbre que ponía a una grata temperatura el comedor de la antigua y húmeda casona de los Rubianes, en Carril.

Doña Isabelita estimaba a Louredo — al ya retirado capitán don Ramón Louredo — por diversas razones. En su espíritu le consideraba siempre como a un íntimo e inseparable camarada, recordando los tiempos remotos en que juntos recogieran manzanas en el huerto, y, más tarde, muchos años después, los días angustiosos que en espera del retorno de la goleta pasara consultando el horizonte, temerosa siempre de alguna catástrofe. Pero nada más que esto. En la superficie perennemente tranquila de este lago de amistad sincerísima y constante, no se había reflejado jamás ni una nube, y en su fondo no había sino un lecho de arena finísima, suave, sedosa, como un regazo maternal. Por la tranquilidad serena de este afecto, probablemente nadie, y menos aún que nadie el capitán mismo, sabía exactamente cuánta era la estima con que doña Isabelita apreciaba al tan antiguo amigo. Su mejor amigo. ¡El único!

Isabel Conceiro de Rubianes acababa de cumplir cuarenta y siete años, y aquella misma tarde, de un melancólico noviembre, entre juego y juego de ajedrez, se había resuelto a comunicar al señor de Louredo su decidido y próximo abandono de esta casa en la que había soñado cuarenta y siete

La almoneda de una vida

Por Miguel de Zárraga

primaveras, para vivir al fin cuarenta y siete otoños... Louredo bien sabía cuánto amaba ella esta casa; cuna y altar de su vida entera. Con graves movimientos de cabeza asentía a lo que ella expresaba, pensando por su cuenta cómo había de sentir esta ausencia, no ya él, su viejo leal amigo: todo el pueblo. Isabel, doña Isabelita, como todo el pueblo la llamaba, era un humano ángel de bondad. Un ángel que con los años se idealizaba más aún, y que en

—Pues bien, amigo mío — musitó doña Isabelita reanudando el hilo de su conversación — voy haciéndome vieja; sería empeño loco el de negarlo, y esto es lo que Dulce, mi sobrina, me dice en su carta: "Tiene usted casi cincuenta años, querida tía Isabel, y hora es ya, por tanto, de que deje usted de vivir sola y se venga con nosotros a que la cuidemos..."

El capitán Louredo cambió de postura y se pasó dos veces la mano por la barba, antes de inte-

cuenta y cuatro años, capitán; es mejor que cierre usted su casa, su antigua y cómoda casa, y se vaya a vivir a las Baleares..."

—No es a las Baleares. — interrumpió doña Isabelita con gesto un poco cómico, — es a Huelva, donde viven desde hace años Dulce y Enrique.

—Sea donde sea, — repuso él, blandiendo el hurgón. — Yo he comido en mis propios platos y he bebido en mis propios vasos durante muchos años, ¡y si alguien se atreviera a ofrecermela una casa que no es mía!... Si yo fuera tú, Isabelita, estaría verdaderamente desesperado. Yo quisiera que tú lo estuvieras. Me acordaría más de ti si así fuera...

—Tú has tenido la suerte, ya que no un consuelo, al quedar viudo, de conseguir una excelente ama de llaves — le recordó ella dulcemente. — No hay muchos hombres solos que tengan a su lado una mujer tan buena y tan servicial como Antonia Trajano, amigo mío, para llevar la carga de un hogar ajeno y sin ama, y llevarla propia y dignamente.

—No se trata de Antonia. Antonia es buena y vale más oro que pesa. Pero no ha sido ella precisamente la que ha puesto el tejado a mi casa. Se lo he puesto yo, y yo lo sostengo porque lo necesito para no mojarme cuando llueve y para no abrasarme cuando calienta el sol. Y esto es lo que debías pensar tú...

—No sé qué debo hacer, amigo mío — repuso ella arreglando placidamente el fuego. — Pero no tengo el espíritu que tú. Me parece que si Enrique y Dulce han de estar preocupados pensando que yo vivo aquí sola, es mejor que de una vez venda mi casa y me vaya con ellos. Es mi única sobrina, casi mi hija, puesto que la he criado y puesto que a ella, huérfana desde niña, he dedicado casi mi vida entera.

—Nunca pensarás por cuenta propia, ¿verdad? — repuso él amoseado. — ¡Qué calamidad de mujeres!

Doña Isabelita extendió su mano para coger el hurgón de manos del capitán, y reavivar las llamas mortecinas.

—¿Y qué piensas hacer de todas tus cosas? — preguntó el marino después de una pausa, señalando con un gesto expresivo de su mano huesuda a la casa y a los muebles.

—Venderlas. Esto es lo que me dice Dulce. Hacer almoneda antes de fin de mes; esto es, ahora; y, cuando ellos vengan a buscarme, pasar con ellos unos días en casa de la prima Luisa y después marcharnos para Huelva a primeros de año. Todo está así bien dispuesto.

—Pero tú no vas a vender tus cosas así como así! ¿No es cierto?

Romance de ausencias

Arbolitos de mi tierra,
crespos de vainas doradas,
a cuya plácida sombra
pasó cantando mi infancia...

He visto árboles gloriosos
en otras tierras lejanas,
pero ninguno tan bello
como esos de mi montaña.
Cantando fui, peregrino,
por exóticas comarcas,
y ni en los pinos de Roma
ni en las encinas de Francia,
hallé ese dulce misterio
que sazona la nostalgia.

Algarrobal de mi tierra,
crespo de vainas doradas,
a cuya plácida sombra
pasó cantando mi infancia...

Mística unión del recuerdo
que me estremeces el alma,
trayéndome desde lejos,
como en sutil brisa alada,
un arrullar de palomas
cuando el crepúsculo avanza;

un aromar de poleos
cuando el viento se levanta;
y en el silencio nocturno
un triste son de vidalas.

Algarrobal de mi tierra,
crespo de vainas doradas,
a cuya plácida sombra
pasó cantando mi infancia...

¡Ay, cuándo volveré a verte,
rústico hogar de mi patria!
Ser quiero yo tu hijo pródigo
que torna a la vieja estancia,
por mereñar las colmenas
en tu quebracho enjambradas.
¡Ya en los manjares del mundo
probé las heces amargas!
¡Ya en la orgullosa melena
me van pintando las canas!

Arbolitos de mi tierra,
crespos de vainas doradas,
a cuya plácida sombra
pasó cantando mi infancia...

Ricardo ROJAS

aquellos momentos lo parecía más que nunca por el gesto un poco triste y la expresión un poco causada que ponía en sus ademanes al hablar, como si el alma se dispusiese también a un largo viaje...

Hasta esta misma tarde, precisamente, no había sabido nada de tal marcha el capitán Louredo y por eso más que por ninguna otra cosa estaba allí atizando el fuego con mano febril y jugando al ajedrez con el pensamiento distraído. Esperaba discreto a que ella hablase del asunto en el curso de su visita.

El corazón de la buena señora, bastante agitado, se calmó al ver al capitán abandonar su puesto al lado de la lumbre para sentarse en el sillón frailuno, que de cien años antes servía como de tribunal al amo de la casa cuando en la solarieta mansión llegaba el momento de tomar graves decisiones, disponiéndose a escucharla con toda su atención.

trumpir un poco mohino:

—Yo tengo cincuenta y cuatro y no me apuro por tan poca cosa. ¡Venga, vengan años!

—¿De veras cincuenta y cuatro? — preguntó la de Rubianes aparentando gran sorpresa, como si no conociera todo el calendario de la vida del marino desde el día en que ella por vez primera fué a la escuela y lo encontró a él leyendo, en su curso de Historia Universal, una marcial declaración de guerra de los romanos. — ¡Cincuenta y cuatro años! ¡Quién lo hubiera pensado!...

—Y no sé porqué — continuó él impetuoso, abandonando decididamente su cómoda postura en el sillón frailuno y volviendo otra vez al lado del fuego — no sé porqué, repito, he de considerarme menos hombre por tener cincuenta y cuatro años, que cuando tenía treinta. Suponte, Isabelita, que alguien viniera hacia mí y me dijera: "Ahora ya tiene usted cin-

—Tú no tienes cariño a la mesa en que han comido tus padres, y a las sillas en que te has sentado desde niña? ¿Es que vas a vender tus trastos a tontas y a locas?...

Doña Isabelita vaciló un instante antes de contestar y exclamó al fin con voz un poco velada:

—¡Ya lo creo que los quiero! ¡Pero no hay más remedio que venderlos!

—¿Por qué no te los llevas contigo?

—No es posible. Dulce tiene su casa amueblada, y amueblada a la moderna. No queda sitio alguno en ella para mis viejos trastos, que, además, allí estarían fuera de lugar.

Louredo meditó largo rato con la cabeza apoyada en la palma de su mano derecha, olvidado ya esta vez por completo del fuego.

—Isabel — dijo al fin en tono grave. — Si hubo alguna persona en el mundo a quien tú hayas querido de veras, después de tu padre y de tu madre, fué a mi pobre María. ¿No fué así?

—Sí. Así ha sido, ciertamente — contestó la de Rubianes, brillándole en los ojos la emoción intensa causada por el repentino y afectuoso recuerdo — María y yo fuimos siempre las mejores amigas durante muchos años...

—Bueno. Pues, ¿sabes tú lo que me dijo ella en una ocasión? Fué poco antes de morir, cuando ya estaba enferma. Hablábamos del pasado, de aquella época en que tú y yo andábamos tanto juntos, cantando en la escuela en la iglesia y en todas partes. Tú tenías una voz preciosa; Isabel; como un ruiseñor. ¿Recuerdas aquel año?...

—Sí. Recuerdo, recuerdo..... ¿Cómo no recordar? — musitó doña Isabelita con voz ligeramente temblorosa.

—Fué aquella primavera en que María cayó enferma con un extraño mal que parecía aniquilarla; aquella primavera en que tú fuiste a Portugal a pasar una larga temporada. Cuando volviste María y yo éramos novios... Pero sigamos con el cuento. Lo que María me dijo poco antes de morir, fué lo siguiente: "Ramón, tú no sabes lo buena que es Isabel. Nadie lo sabe más que yo. Y ella tiene siempre la culpa de cuanto le pasa. Es tan buena, tan buena, se sacrifica tanto por todos, que a todos nos hace egoístas."

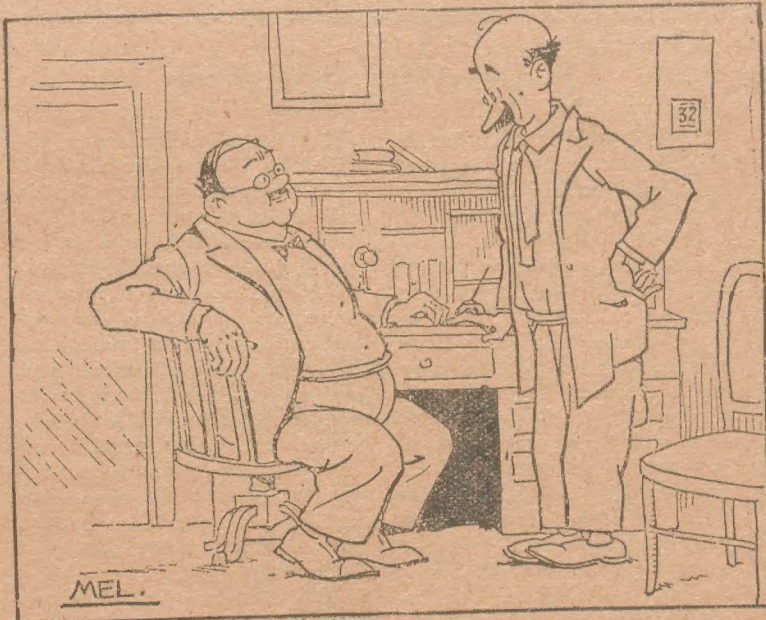
—¿Ella dijo eso? — preguntó la de Rubianes anhelante. — De todos modos — añadió después de una breve pausa — ahora, en realidad, no sacrifico mucho. ¿Es ya poco lo que tengo que sacrificar?

El capitán Louredo levantóse y atizó el fuego de la chimenea con exquisito cuidado, como si ninguna otra persona pudiera ocuparse de tal cosa después de que él se fuese. A doña Isabelita le encantaba esta costumbre. Tomábala como una especie de atención especial y a menudo, después de irse él,

se acostaba ella más pronto de lo que pensara para que después nadie tuviera que atizar el fuego.

—De todos modos — exclamó él súbitamente — bueno será que recuerdes las palabras de María. A veces te sacrificas demasiado. Y como si no hubieras sacrificado ya toda tu vida, aun intentas hacer

bien que había de permanecer acurrucado mientras el capitán se hallase en posesión de la poltrona, enarcó su lomo lustroso, estiró y se dispuso a saltar sobre los almohadones. Doña Isabelita lo impidió otra vez con un ademán involuntario, pero decidido, de su mano diminuta y suave, gentil y aris-



—Me he enterado que ha estado el médico a visitarle. ¿Para algo grave?

—Sí, señor. ¡Quiere cobrar!

ahora un nuevo sacrificio en favor de Enrique y Dulce. Piénsalo dos veces, antes de hacerlo, Isabel. ¡Piénsalo dos veces! Es cuanto tengo que decirte.

Estrechó su mano gravemente, según costumbre, y pocos momentos después pudo ella oír sus pasos que se alejaban por la vereda del jardín. Abrió entonces la puerta muy despacio — también vieja costumbre para oír cómo aquellos pasos se perdían en la carretera. Esta vez estaba segura de que le había oído bien hasta el instante mismo de volver el recordo. Entró en el comedor y descansó por un segundo apoyada una mano sobre la mesa, mirando hacia las llamas recién atizadas que chisporroteaban en el hogar y contemplando después el sillón frailuno que parecía pertenecer más aún al capitán que al difunto señor de Rubianes, su padre. El gato levantóse del rincón que eligiera junto al fuego, donde sabía

toerática.

—¡Fuera de ahí, Morito! — murmuró celosa. — ¿Te has creído que tú tienes que tener tu parte en todo lo que yo deje?

Sonrió después un poco avergonzada, puso al gato sobre el sillón con sus propias manos y se sentó después enfrente, pensativa, dispuesta a ver el fuego consumirse aquella noche antes de acostarse.

Al siguiente día comenzó la limpieza general en la casona de Rubianes; el primer paso dado para abandonarla. Y dirigiendo los trabajos de las criadas, repentinamente dióse cuenta doña Isabelita de que las cosas que habían sido suyas durante tanto tiempo, tan suyas como sus manos, o sus ojos, o sus cabellos, iban a dejar en un instante de pertenecerla. Y fué de cuarto en cuarto, deteniéndose a sacudir un tapete, a plegar unas cortinas, a quitar el polvo a un sillón, a pasar un paño a un espejo,

confiando en que, por lo menos, todas aquellas cosas podrían recordar en lo sucesivo la amorosa caricia de sus manos.

En toda la semana no vió más al capitán Louredo. El había marchado a Pontevedra, según le dijo el ama de llaves, para hacer a su hermana su acostumbrada visita de otoño.

Si doña Isabelita encontró algo duro que él se hubiera marchado en aquellas horas que parecía apagarse la vida en la vetusta casa de Rubianes, a nadie se lo dió a comprender. Acostumbrada a no desear nunca lo que no había de poder ser, fijó ella misma la fecha de la almoneda y envió a buscar un subastador para que se hiciera cargo de ella.

Una almoneda era siempre un acontecimiento en la región. Generalmente se efectuaban en la primavera, como si la gente hubiera dedicado el largo invierno a familiarizarse con la idea de que debía deshacerse de sus muebles queridos, y entonces carricoches de todas clases, carros o carretas chirriantes los más, llegaban de todos los lugares hasta donde los periódicos locales hubieran llevado el anuncio de la venta inesperada, trayendo a los convecinos de unas cuantas leguas a la redonda, para los cuales constituía un placer el fisgar y escudriñar todos los rincones de la casa ajena, felices al poder saber al fin lo que se ocultaba entre sus paredes. Un día de almoneda era casi un día de feria para los gallegos de aldeas y parroquias. Pero la almoneda de la de Rubianes iba a celebrarse en un día triste y gris de otoño en que las hojas mustias caían sin cesar de los árboles. Doña Isabelita, de pie, ante una ventana del primer piso, contemplaba el camino y el paisaje lejano, y jamás, a pesar de la tristeza de aquel día otoñal, había encontrado tan bella y pintoresca la isla vecina de Cortegada, que parecía ver aquel día por primera vez en su vida. Una hilera de carros y carretas se alineaba a lo largo de la carretera bordeada de eucaliptus y ella recordaba que otra hilera análoga había visto en dos momentos solemnes de su vida: cuando enterraron a sus padres. Sus oídos percibían el murmullo de la gente que se arremolinaba a las puertas de la casa y seguían sus ojos mirando a la distancia sin atreverse a posarse sobre aquellas gentes intrusas que se le aparecían como ladrones. Al guien, sin embargo, rió de un modo especial que ella conocía mucho y decidida esta vez a mirar, encontróse con el capitán Louredo que, mientras contestaba a las preguntas de una vecina curiosa, saludaba a la dueña de la casa con un cariñoso ademán de su mano. Inmediatamente la de Rubianes sintióse reanimada y bajó a encontrarle al piso bajo. Todo le parecía natural y fácil ahora que el capitán se encontraba allí.

PLEGARIA DE LA NOCHE

Te contemplo a la luz de la luna que declina. Duermes sonriendo a tu dicha. Un viento ligero corre sobre los olivos. Díjrase la emoción de la gran espera que vuelve solemne a la noche.

Esta es la hora en que una fuerza misteriosa me despertaba, cuando estaba lejos de tí. Entonces salía de mi tienda, iba a sentarme bajo las estrellas y buscaba la constelación que brilla por encima de tu jardín.

En éxtasis la contemplaba. Me parecía que con sólo que yo hablase tú podías escucharme.

He aquí la hora en que cada noche contemplo las dos estrellas Fergaá. Les he dado tu nombre y el mío.

Quiera Dios que nosotros nos virtamos siempre los mismos fulgores que ellas irradian.

F. TOUSSAINT

Los vecinos que formaban grupos se apartaron a un lado para dejarle paso, pero ella no lo veía siquiera. Le bastaba con estar segura de que una vez que se hallase al lado de Louredo todo habría de salir bien. El capitán parecía satisfecho al contestar al saludo de la dama con un vigoroso apretón de manos, mientras la decía:

—¡Animo, Isabelita! Todo acabará pronto. ¡No pienses más en ello!

—No, si no pienso... No me ocupo... — contestó ella, fingiendo indiferencia.

En aquel momento una vecina llegó atosigada en el afán de ser la primera en llevar la noticia de que la almoneda no podría celebrarse aquel día porque la hermana de la esposa del subastador se había muerto en Cambados y él había tenido que marchar allá precipitadamente.

Doña Isabelita, sin aliento, miró al capitán.

—¡Has visto, Ramón, has visto!

Pretendía hacerse la ilusión de que ahora ya no necesitaría deshacerse de su casa. Por lo menos, tan pronto como estaba decidido... Pero inmediatamente se dió cuenta de que si al fin ello había de ser era un contratiempo el tal retraso que la obligaría de nuevo a pasar por el angustioso tormento de la espera.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! — murmuró, presa de mortal congoja! — ¡Cuánto lo siento, cuánto!

El capitán, sin dejar de observarla atentamente, como si quisiera penetrar en lo más recóndito de su espíritu, interrumpió de pronto, tomando una resolución heroica.

—No te apures por eso, Isabel. ¡Ni una palabra más! Yo subasto las cosas. ¡Está dicho!

—¿Tú, Ramón? — preguntó ella con asombro doloroso.

—Y ahora mismo. Cuanto antes mejor. Ven a la sala y siéntate en la mecedora al lado del balcón, donde yo pueda verte de frente. Y si se subasta algo que tú quieras conservar levanta la mano y lo dejaremos para ti. ¿Me comprendes, Isabel?

Ella parecía hallarse anonadada, como un animalito acorralado, volviendo su cabeza a una y otra parte cual si tratara de buscar un refugio.

—Me comprendes, Isabel, ¿no es cierto? — preguntó de nuevo el capitán.

Y como ella observase cierta angustia en el curtido rostro del marino, afirmó con la cabeza, replicando:

—Sí, Ramón. Me pondré donde puedas verme, pero no ofreceré nada por nada. No tengo especial aprecio por algo determinado, sino por todo en conjunto. Y puesto que dejo mi Galicia para irme a Andalucía, creo que bien puedo dejar sin mayor pena todas las de-

más cosas. ¿No crees tú?...

Atravesó casi corriendo el vestíbulo y entró en la salita, sentándose en la mecedora convenida. El capitán Louredo la siguió y, repentinamente, con vigor juvenil, se subió de un salto a la mesa preparada en el centro de la estancia para el subastador.

Filosofía poética

En realidad las doctrinas de Bergson han venido a consagrar los ensayos de la filosofía poética. El intento desordenado o insistemático de considerar cada uno por y para sí mismo—sin finalidad didáctica—los aspectos fundamentales de la vida, es una sana y dulce labor, que tiene tanto de filosófica como de artística. No hay en ella el propósito previo, que responde a una confianza vana, de "encontrar" la verdad. El objeto que ha de enfocarse no tiene fronteras delimitadas de problema; y en cuanto al sujeto, no es la inteligencia, con la lógica formal, el único instrumento de cultivo; es todo el espíritu, y aun podríamos añadir: son todos los nervios y todo la sangre. De esta suerte, más que de estudiar se trata de sentir. Hay una manifiesta actitud subjetiva de enamorado... Alguien ha dicho—William James, creo—que "saber sentir es como el perfume característico de la persona: un perfume que se puede reconocer sin llegar a definirlo". Quien goza de este privilegio, si por acaso en sus exploraciones encuentra la mina, no la explota: se contenta con denunciarla.

El filósofo ve una flor, y, detrás de ella, un mundo.

El poeta ve el mundo en la flor. Aquel hombre que reuna en sí mismo ambas cualidades, abre las puertas de su espíritu a las rosas, que llaman con su aroma y su color; al examinarlas es ya cautivo de sus encantos.

Yo tengo una fe en este modo de proceder que nos conduce a ensayos redentores. Mirar los objetos con simpatía y con amor es ya comenzar a conocerlos.

Bergson ha recomendado este acuerdo amistoso con el ritmo

bro que doña Isabelita ha bajado de la guardilla. No sé de lo que tratan, pero si no me equivoco creo que pertenecieron a la biblioteca de su augusto tío don Pedro de Rubianes, que llegó a ser canónigo y obispo de Tuy, y más tarde arzobispo de Santiago...

—Sí, A él pertenecían, — inte-

fundamental de las cosas "viéndolas", como dice Le Roy. Tal es el principal atractivo de esta dulce manera de filosofar: haber encontrado una senda suave y alegre para llegar hasta el mundo que nos rodea. Las especulaciones de pura razón suelen dejar la frialdad en el ánimo, pues se advierte el abismo que nos separa de las realidades externas. En cambio, cuando se camina por las vías del sentimiento, renace una ciega confianza en las almas. Los saltos en el aire son o pueden ser mortales, y esto acongoja siempre.

Por otra parte, estos ensayos autónomos enriquecen los fueros de las personas, que ya no se visten, como dicen graciosamente los bergsonianos, con trajes hechos de almacén, sino con ropas a la medida. Cada cual busca en todo su ser lo que haya más íntimo, que será siempre lo más humano y lo más divino, es decir, lo real. Ello constituye una constante revisión de los conceptos hechos y, por consecuencia, un aumento de vitalidad y de valor para estos mismos conceptos. Es el sentido de los pragmatistas, considerando la verdad, no como "cosa hecha", sino como "cosa a hacer". El admirado filósofo del Colegio de Francia ha dicho: "La creación no es un misterio; nosotros la experimentamos dentro de nosotros mismos desde el momento en que obramos libremente".

Tal exigencia, creadora del "elan" vital, nos da un inmenso prestigio y nos agiganta ante nuestros propios ojos. Pero he dicho "ante nuestros propios ojos", y creo haber dado un mal paso; porque si hemos de ser artífices y constructores de mundos es a condición de que lo ignoremos...

V. GARCIA MARTI

siempre con los pobres y la generosidad con que a todos ayudaba. ¡Un santo varón que seguramente nos contempla en estos momentos desde el cielo! ¿Cuánto me ofrecéis por estos libros del arzobispo Rubianes? ¡Siete pesetas y media... ¿Cómo, José Fontela? No hay uno solo de estos libros que no valga eso cien veces. Yo mismo ofrezco por ellos... trece... ¡Trece pesetas, señores! ¿No hay quién dé más?...

—¡No, por Dios, capitán; no, por Dios! — gritó doña Isabelita con angustia. — No puedo consentir que se ofrezca dinero por los libros de mi tío. Yo los necesito para mí y daría hasta la sangre de mis venas por conservarlos.

El capitán sacó un hermoso pañuelo blanco de seda, y se enjugó el rostro con él.

—¡Terminado — exclamó — los libros se le adjudican a doña Isabelita Couceiro. Ahora, amigos míos, aquí tenemos una sillita baja. Todos la conocéis y yo también. Es la sillita en la que Isabel se sentaba de niña y en la que su madre la hacía estar tranquila bajo los manzanos y las camelias del huerto, mientras ella tejía o bordaba. ¿Qué?...

Se detuvo en este punto porque la de Rubianes agitaba frenética una mano. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Muchos de los presentes tenían ante sus ojos la visión de Isabel, como si la viesen siendo niña... Pero ella veía mucho más: contemplaba con los ojos de su imaginación las verdes ramas de los manzanos, y las camelias policromas como un toldo sobre su cabeza, y aspiraba el aroma un poco amargo de las flores, mientras su buena madre bordaba los amitos y estolas del prelado, o cruzaba con dedos rapidísimos los bolillos del encaje que adornaba las albas...

—¡Cómo, cómo es posible — pudo exclamar el fin — que yo me deshaga de esa silla! Ni por todo el oro del mundo. ¿Cómo has podido pensar tú, Ramón, que yo había de venderla?... ¡Es absurdo!... ¡Absurdo!...

Louredo la contemplaba con una especie de conmiseración embarazosa.

—La silla — dijo al cabo — queda también de propiedad de doña Isabelita Couceiro. Ahora, señoras y señores, he aquí los trebejos de la chimenea del comedor. Tenazas, hurgones y morrillos. Estos artefactos han estado delante de la chimenea desde que tengo uso de razón. En el verano los morrillos cubiertos de plantas y de flores, y en el invierno brillando siempre como el oro, a la luz amorosa de las llamas. Voy a ofrecer por ellos...

La de Rubianes en pie, rígida como una estatua, clamó con acento desgarrado, levantando no ya una, sino las dos manos al cielo,

—¡Véamos, vecinos! — comenzó diciendo con aire socarrón aunque en tono de discurso — parece que voy a pedirlos que me elijáis diputado por Padrón, o que nos encontremos en un mitin para exigir la redención forzosa de los foros. Pero, nada de eso. Voy lisa y llanamente a subastar los muebles y demás objetos de la pertenencia de nuestra ilustre convecina doña Isabel Couceiro de Rubianes. Yo nunca me he visto en estos trotes, pero creo que sabré salir adelante. ¡Vamos a ver! Aquí hay unos li-

rrumpió doña Isabelita con pena, desde su rincón.

—Muchas son las noches que le he visto inclinado sobre ellos, a la luz dos grandes candelabros.

—¿Qué os dije yo? Nada menos que los libros del arzobispo Rubianes. ¡Cuántos de sus sermones, modelos de oratoria sagrada, no estarían inspirados en ellos! Vosotros recordáis, sin duda alguna, lo que el arzobispo hizo en beneficio de su diócesis; las escuelas y el hospital que fundó de su propio peculio; lo caritativo que fué

como en demanda de justicia.

—¡No, no, no! Yo jamás he pensado en poner eso en la almoneda. ¿Pero tú no te acuerdas?...

Le miraba anhelante con ojos extraviados, erguida, sobresaliendo su cabeza sobre las de los demás. El, tristemente irónico, sonreía recordando cuántos años habían pasado sentados juntos ante el fuego, noche tras noche, siempre hablando los dos de cosas risueñas, porque alegre era el capitán por naturaleza y porque ella, aunque se sintiera triste, siempre había pensado que a los hombres les apurran las tristezas. Louredo la miraba a través de sus lentes con extrema benevolencia.

—¡Isabel! —intimóla con acento cariñoso — creo que sería mejor que te subieses al salón azul y fueses preparando la venta de las alfombras y de los cortinones. Sería mucho mejor. Si queda algo aquí abajo que yo crea que puede agradarte, yo ofreceré por ti. ¡Pierde cuidado que yo sé bien todo lo que te interesa!...

Los vecinos aprobaron la idea con cariñosa condescendencia y doña Isabelita comprendió también que esto era después de todo lo más razonable. Atravesó despacio, por entre el camino que respetuosamente le abrieron todos los concurrentes, y el capitán Louredo esperó hasta escuchar el ruido de sus pasos en el piso superior. Respiró entonces con satisfacción y continuó en su empresa, diciendo:

—¡Vamos a ver ahora! Creo que sin ella nos entenderemos mejor. No es que a mí me importe que alguien quiera ofrecer dinero por sus propias cosas, pero es que de este modo la almoneda no acabaría nunca y no sería tampoco imparcial. Aquí tenemos una lámpara. Vamos a subastarla de prisa antes de que a doña Isabelita le dé la ocurrencia de cambiar de idea y bajar de nuevo a interrumpirnos. ¿Qué es lo que me ofrecéis por esta preciosa lámpara de mano con su cómoda pantalla de cristal verde?

Juanón, el de la Puebla del Caramiñal, un avispado muchacho que servía de secretario al capellán de Santa María, ofreció veinte pesetas. Todos los presentes volvieron la cabeza sorprendidos, y mientras unos contemplaban al mozo otros miraban a Louredo, porque, según de público se decía, que los dos, a pesar de la diferencia de edad y de categoría, eran uña y carne, y si el capitán contando alguna de sus viejas historias se veía sorprendido en alguna mentira o exageración, el otro se hallaba siempre dispuesto a jurar con gran desfachatez por la salvación de su alma, que hasta la mentira era verdad. Pero el rostro del capitán permanecía impassible y en aquellos momentos evidentemente no se ocupaba de otra cosa que de la almoneda.

—¡Bah! ¡Veinte pesetas! ¡Eso es muy poca cosa para una lámpara de esta clase! Las hubiera dado yo mismo aunque no pudiera utilizarla más que para farolillo de mi vieja goleta, la "Santa Isabel".

—¡Veinticinco! — ofreció el boticario de Villagarcía, al que le gustaba la lámpara para el escritorio de la rebotica.

—¡Veintiséis! — pujó Juanón tranquilamente.

—¡Veintisiete! — exclamó asus-

un duro más sobre la mayor oferta, quedando por lo tanto vencedor al final. En el cuarto siguiente barrió asimismo a todos y al final de la subasta, saliendo ya de la cocina, una de las mujeres afirmaba mordaz que jamás podría Juanón pagar todo aquello que había comprado puesto que ella sabía, como lo sabían todos en el pueblo que no era más que un pobre pelado sin un céntimo de sobra en su bolsillo. Sin duda era una broma de Juanón esta de com-

y mujeres, atacados todos de una repentina curiosidad. ¿Iría a casarse este gazzápiro?

—¡No sé una palabra! No sé nada, — repetía el capitán a diestro y siniestro. — Yo no soy ahora más que el subastador.

—¿Pero usted no cree también que irá a casarse? — preguntóle ya directamente la Pascuala, la del aserrador, que no parecía mirar a Juanón con malos ojos.

—Yo supongo que sí, que se casará algún día, — replicó el capitán jovialmente. — Ese suele ser el final de casi todos los mortales que habitamos aquí abajo en este pícaro mundo. Yo aún no estoy muy seguro, pero es también posible que vuelva a casarme si me llega el caso.

—¿Cuándo se va a llevar los muebles de aquí? — interrogó de nuevo la Pascuala, con la tenacidad insistente de las mujeres de su clase.

—¡Qué se yo! Tal vez no se los lleve. Tal vez vaya a casarse con la propia doña Isabelita. Me parece haber oído que ella piensa casarse dentro de poco...

La Pascuala retrocedió unos pasos con espanto al oír esto:

—¡No hable usted así, viejo loco, de una señora tan respetable! Además ella va a marcharse lejos de nosotros a vivir sabe Dios dónde. ¡Qué pena, Señor, qué pena...!

El capitán soltó la carejada y se internó en la casa mientras Pascuala se alejaba con un grupo de convecinas.

Louredo se detuvo unos instantes a contemplar el camino desde la ventana de la sala vacía, y después salió hasta el pasillo donde los pies llenos de barro de tanta gente habían dejado inconfundibles huellas.

—¡Isabel! — llamó sonoramente.

Se escucharon en el piso superior unos pasos menuditos y la voz de doña Isabelita, una débil voz, llenó la casa silenciosa con su eco.

—¿Se fueron ya todos? — preguntó.

—Sí, mujer, ya se han ido todos esos condenados.

—¿Y se han llevado ya todas las cosas con ellos? — inquirió con voz temblorosa. — Yo no me he atrevido a mirar por la ventana. No puedo remediarlo, pero me espanta la idea de verlos cargados con las cosas que yo tanto quiero.

—¡Vamos! Ven acá, Isabel, — gritó Louredo impaciente. — Necesito hablar contigo dos palabras.

Ella bajó asustada, rodándole las lágrimas por las mejillas exangües, y estrujando en su mano de virgen un pañuelillo empapado con su llanto. El capitán la recibió al pie de la escalera y, sin darle tiempo ni avisarla, con una cómica audacia inverosímil en un amigo tan respetuoso, pero como si en toda su vida no hubiera sa-

Episodios de la Vida de Reina — No. 4



Reina en la playa

Belleza y juventud

El primer deber de toda mujer pulcra es conservar su belleza. La blancura y limpieza del cutis son atractivos irresistibles que realzan más las gracias y encantos de la mujer. El Jabón de Reuter completa la obra de la naturaleza. Limpia y suaviza el cutis, lo libra de impurezas y lo conserva terso y perfumado. Y tanto para los niños como para los adultos, es un jabón que ningún otro rivaliza.

70 centavos
cada jabón

Representantes ILLA Y CIA.
Maipú 73, Buenos Aires

Jabón
REUTER

tado ante su propia voz el secretario del Ayuntamiento de Carril, apostando sólo por rivalidad contra el boticario.

—¡Treinta! — agregó Juanón con gran cachaza.

Después de esto ya nadie se atrevió a chistar. Treinta pesetas por una lámpara de mano, ya usada, era demasiado dinero. Siguió después la subasta de cinco o seis sillas, que por una cosa u otra vinieron también a quedar en manos de Juanón.

Los concurrentes pasaron después a la gran sala de verano, donde se encerraban tesoros más valiosos. Aquí también, tranquilamente, sin perder por un momento su ecuanimidad, la voz de Juanón subía decidida una peseta o

prar todos los muebles de doña Isabelita, y la pobre señora sería seguramente la que había de pagar el pato de la condescendencia de Louredo. Pero Juanón, en tanto, se hacía el ciego y el sordo a todo comentario, y cuando por la tarde los aldeanos se aprestaron a subir en carros y carretas para dirigirse cada cual a su respectiva parroquia, resultó que, excepto las dos o tres cosas que doña Isabelita en los comienzos de la almoneda decidió reservarse para ella, Juanón había quedado por dueño absoluto de cuanto se encerraba en la casona de Rubianes. Y Juanón había desaparecido antes que nadie del lugar del suceso, sin duda para evitar las preguntas que llovían sobre él de labios de hombres

bido hacer otra cosa, la cogió por los hombros y la sacudió ligeramente. ¿Para qué? Ni él mismo lo sabía. Para prevenirla, sin duda, del siguiente paso no menos repentino... Conmovido, como un colegial en su primer amor, la estrechó entre sus brazos y la besó con unción en las mejillas húmedas, una, dos, tres, ¡quién sabe cuántas veces! acabando, al fin, por poner sus labios sobre los labios trémulos de la de Rubianes.

— ¡Aquí tienes, Isabel! — murmuró él con voz algo más que emocionada. — No creo que te haya besado nunca antes de ahora, pero espero besarte muchas veces de aquí en adelante...

— ¡Oh, sí! Sí que me has besado — interrumpió doña Isabelita con inesperada franqueza y cándida sencillez. — Fue un 18 de noviembre, hace ahora precisamente treinta años...

El capitán rió espontáneamente ante la buena memoria que revelaba el recuerdo.

— ¡Isabel! — exclamó de pronto con ingenio e imperativo arranque: — Te casarás conmigo en cuanto yo arregle los papeles.

— ¿Y me iré a vivir contigo, a tu casa y no a Huelva? — preguntó ella beatíficamente.

— ¡Claro que sí, criatura! ¡Claro que tú no irás a Huelva, a menos que vayamos los dos juntos alguna primavera o algún otoño para visitar a tus sobrinos y demostrarles que nosotros tenemos también algo porqué vivir, como tienen ellos!

— ¡Entonces yo no tenía necesidad de haber vendido mis muebles! — exclamó ella con una sonrisa de la más inefable felicidad.

— ¿Vender tus muebles? ¡Si no has vendido nada, mujer! Juanón pujó en todo por mí y todo me pertenece. Yo tenía la idea de haber obligado a tu sobrino a llevarse todo ello a Huelva, quisiera o no quisiera. Pero cuando me encontraba encaramado como un gallo sobre la mesa, abriendo la subasta, me vino al pensamiento la idea de que no eran los muebles ni la casa lo que yo iba a echar de menos; sino de que era a ti, a ti sola. Y decidí en aquel momento que habría de guardarte para mí, aunque tuviera que pasarme el resto de mi vida sujetándote por un tobillo...

Doña Isabelita, separándose de él, que se resistía a soltarla, avanzó unos cuantos pasos hacia la sala de verano donde, ya medio en tinieblas, pudo distinguir las siluetas familiares de sus queridos muebles.

— ¡Yo no sé cómo pude nunca decidirme!... — murmuró conmovida.

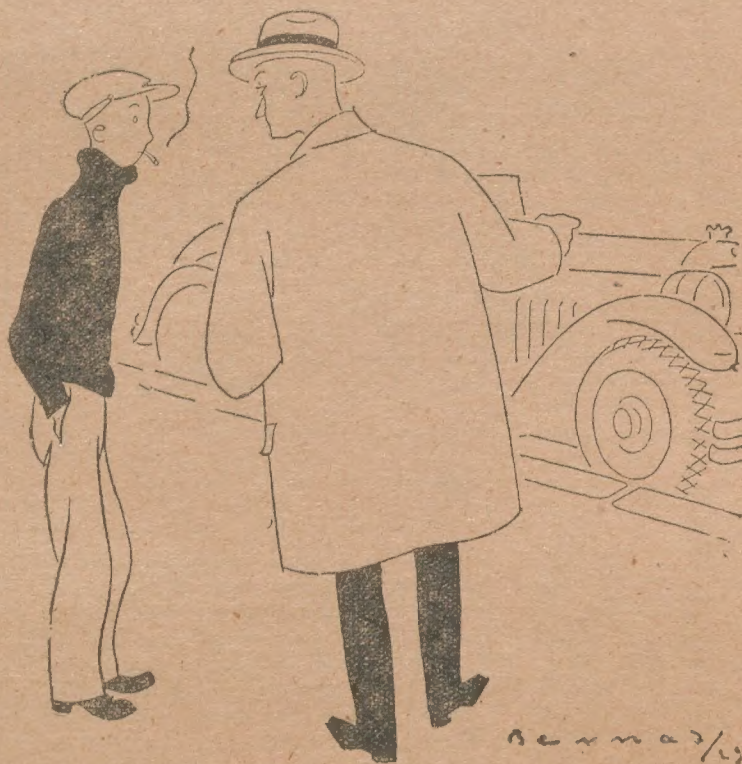
Al capitán Louredo le sonó algo extraña la voz de doña Isabelita en aquel instante. Era como la voz del pasado que volviese a oírse, un poco velada por pueriles temores y abnegaciones sublimes.

Era la misma voz que le saludaba alegre cuando, vestido con su traje azul marino y su corbata de seda, llamaba, ¡hacía treinta años! a la puerta de Isabelita Couceiro, en la casona de Rubianes en Carril, para acompañarla a cantar la misa o la salve en la iglesia de Cambados, atravesando en una gentil lancha de vela el cristal maravilloso de la ría de Arosa.

— ¿Decidírtelo a qué?

— ¿Cómo a qué? ¡A quedarme sin mis viejos muebles!

— Supongo Isabelita que, en cambio, no has pensado nunca en cómo ibas a poder vivir sin mí —



— ¿Sabes gular?

— No, señor.

— Pues guárdame el coche hasta que vuelva.

exclamó el capitán con sonrisilla un tanto irónica.

— ¡Sí que lo he pensado, Ramón. — contestó ella vivamente. — Lo he pensado y mucho. Y sabía además — añadió con voz dulce y como dejando desgranar las sílabas: — sabía además otra cosa... Sabía que sin ti, Ramón mío, ¡no hubiera podido vivir yo!

CURIOSIDADES DEL SANTORAL

Hay nombres curiosos en el Santoral: Area, como el metro cuadrado, el 19 de julio; Autónomo, el 12 de septiembre; Avaro, el 17 de febrero; Aza, que solo conocíamos como el apellido del poeta festivo Vital Aza, el 19 de noviembre; Ayuno, el 25 de mayo; Audaz (¿Audaz?), el 9 de julio; Balaam, como el de la burra, el 27 de noviembre; Benincasa, el 20 de junio; Benvenuto, el 22 de marzo. El 20 de este mis-

mo mes hay un San Bertoldo, y a falta de Marcolfo hay un Marcolfo, el 6 de mayo. El 31 de agosto hay un Bonayunta; el 15 de enero, un Bonito; el 28 de febrero, un Cereal, y luego otros dos: 10 de junio y 14 de septiembre; el 18 de febrero, un Clásico; el 19 de abril, una Crédula; el 26 de marzo, un Cuadrado; el 19 del mismo mes, una Cuartilla; el 11 de febrero, un Dativo (caso gramatical), y el 6 de diciembre, una Dativa; el 5 de noviembre, un Dominador; el 14 de febrero, un Efebo; el 22 de enero, un Elogio; el 28 de octubre, un Faro, Farón

PARA
PASPADURAS
USE CREMA VASENOL

MAQUINA TRADUCTORA DE IDIOMAS

Un problema que a primera vista parece imposible de solucionarse, acaba de ser vencido con la mayor energía por los inventores Rostock y Claussen en Elmshorn (Alemania).

Trátase de la construcción de una máquina, cuyo objeto es nada menos que la traducción de idiomas. Imprimiendo palabras en alemán sobre las teclas de la máquina de escribir aparecerán simultáneamente en idioma, supongamos francés. Hasta ahora los inventores se han limitado a construir una máquina que permite trasponer el mayor número posible de grupos de palabras en tantos otros grupos correspondientes, lo que más o menos vendría a suplir las funciones del Diccionario.

Consiguese esto mediante un ingenioso sistema de tiras metálicas con incisiones, las que, correspondiendo de esta manera, hacen funcionar pequeños pasadores dispuestos lateralmente, en tal forma que aparezca la nueva estructura de palabra.

Las mayores dificultades a vencerse serán, sin duda, la diferente formación de las palabras ocasionadas por el cambio de tiempos de verbos y de sus terminaciones: dificultades enormes que, probablemente encontrarán también su solución, pero que por lo pronto hacen esta máquina más adaptable a los idiomas de poca alteración en sus voces: el inglés y el esperanto.

Creemos que es sólo cuestión de tiempo el que esta máquina provoque un cambio radical en la correspondencia con el Extranjero.

Está ya patentada en casi todos los grandes Centros de cultura.

UN LIBRO DE QUIMICA EN VERSO

Entre las curiosidades literarias que se han visto en Europa en los últimos meses, se cuenta un libro de química en verso.

El autor además de ser un afañado químico, es caballero de las musas y emprendió la obra de "poetizar" su libro declarado texto en los altos centros de enseñanza italianos.

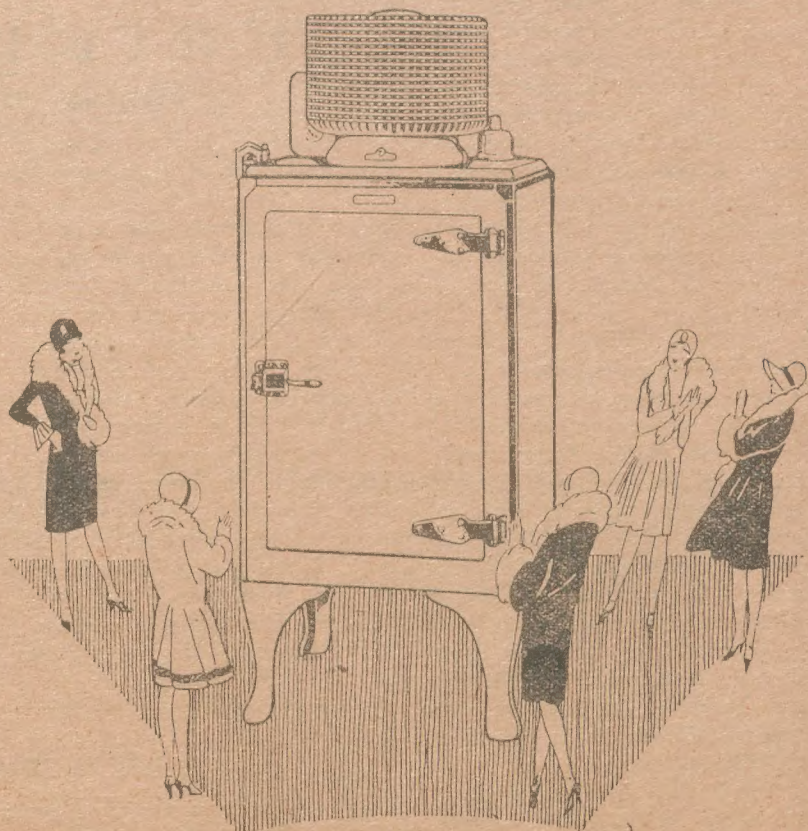
Los críticos le han prodigado extensos elogios en Roma a su arte lírico descriptivo de las propiedades químicas del azufre y del maravilloso efecto del derrame de ácido sulfúrico puro en los cristales con sulfato de cobre.

Una lágrima

En todo hay un prodigio que lo inmortal revela:
 En el fruto que cae, en la hoja que vuela
 En la luz, en el aire, en el agua, en la flor,
 Y en la remota espera de un imposible amor...
 Por eso es que le canto mi canción a tus manos,
 A tus cabellos rubios, a tus ojos lejanos:
 Mujer que me enseñaste a olvidar lo sufrido
 Y a vivir en contacto con lo desconocido;
 Pues, y aunque ya tu viaje tocó a su fin: la muerte,
 A través del recuerdo torno de nuevo a verte
 A mi lado, sonriendo y pronunciando bellas
 Palabras de profundo lirismo a las estrellas,
 Puesto que nunca, nunca, un pensamiento indigno
 Dejó sobre tu frente el fatídico signo
 De lo premeditado. * Oh, no, mujer: porque eras
 —Hermana de horizonte de las aves viajeras—
 La que le hizo a mi espíritu hallar en la amargura
 Su teosófica senda de perfección futura...
 Y así te supe gruta de las piedras preciosas,
 La torre de los lagos y el jardín de las rosas;
 Y así te supe el centro del universo mío,
 Por el fulgor que irisa la gota de rocío,
 Por el copo de nieve rodante en la montaña
 Y el tañido aborígen de la pipiritaña;
 Y así te supe el símbolo del arte y de la ciencia,
 Por la sabiduría y por la transparencia:
 Arrullo de paloma y retumbo de mares;
 Colmenero de dichas, cisterna de pesares.
 Y todos los encajes, el oro y el incienso,
 Tuvieron en tí, casi del éxtasis suspenso,
 El mirar suplicante, de reflejos diluidos,
 Y en soportes de cuna, los brazos extendidos.
 Y no olvidaste nada: átomo y universo,
 Plenilunio y aurora; pájaro, nube, verso
 Cuya música alienta siglos de amor y gloria
 Y eterniza en imágenes la vida transitoria.
 Por eso cuando cruzo los vastos arenales
 De la angustia sin límite de los días iguales,
 Desafiando el simún, evoco las leyendas
 De los frescos oasis en que alzabas tus tiendas...
 ¡Ah, y te llamo! Y el grito desolado se pierde
 Bajo el solar incendio; y una campiña verde
 Adivinan mis ojos más allá del desierto:
 Paraíso ilusorio para después de muerto.
 Y nadie me responde ni me ofrece un apoyo,
 Y, Tántalo, agonizo de sed junto a un arroyo.

Por tal, ahora y siempre, las noches estrelladas,
 Los oceánicos puertos, las islas encantadas
 Me impelen a que baje de la colina al valle,
 Y con las manos juntas, te suplique o me calle,
 Mientras tocan a fiesta las campanas pascuales
 Y el viento rumorea en los cañaverales.
 ¡Ah, cuánto sufrimiento! ¡Cuántas invocaciones!
 Luz que se hace en el lodo cristal de vibraciones,
 Arabesco en la espuma rizada de la ola,
 Dulce amparo en el nido y seda en la corola.
 Y bien: pero me falta esa tu alma divina
 Que rayando el espacio como una golondrina,
 Traiga a este mi amargo destierro una esperanza
 De nuevas inquietudes y retorno a la andanza.
 Solo estoy, solo y lejos de la aldea nativa,
 Con mi dolor que a veces es filtro de agua viva
 Que desde lo más alto de la fe se despeña
 Sobre el labio que implora y el corazón que sueña.
 Y así pasan los años: fugaz deslumbramiento
 De notas y colores; magia del pensamiento
 Sinfónico, que mece una pasión tardía
 Y cielos de otras tierras abre a la fantasía!

Santos AGUILERA



TAN NECESARIO EN INVIERNO
 COMO EN VERANO

LA humedad del invierno descompone los alimentos con la misma rapidez que el calor. Y en la Argentina estas alteraciones son más frecuentes debido al clima inestable. Por eso el Refrigerador G. E. es tan necesario en el hogar como el agua corriente y la luz eléctrica. Protegiendo sus alimentos de la humedad y del calor. Vd. cuida de una manera efectiva su salud y muy especialmente la de sus niños.

El Refrigerador Eléctrico G. E. es simple, económico, muy silencioso. Su amplia capacidad le permite guardar la mayor cantidad de comestibles y platos preparados, frescos y deliciosos en un frío seco y uniforme de 5° c.

Refrigerador 



GENERAL  ELECTRIC

VICTORIA 618 esq. PERU
 BUENOS AIRES

FLORIDA 548
 VICTOR X RAY CORP

SUCURSALES ROSARIO — CORDOBA — TUCUMAN — MENDOZA — SANTA FE — MONTEVIDEO

Cerca de Villeta, a lo largo de la costa, se levantaban los dorados montículos de naranjas a los rayos del sol de la mañana.

Una doble fila de mujeres ágiles y risueñas transportan en cestas la fruta, hasta el vapor anclado al lado del rústico muelle, mientras los viajeros contemplaban desde el vapor la pintoresca escena, que atraía a todos los vagabundos y ociosos de la comarca.

Corte de los Milagros, cubiertos de cicatrices, cojos, mancos...

Lejos de todos, a la sombra de un árbol, moviase un extraño bulto informe. Habían desembarcado algunos turistas y se oyó un nombre que pasó de boca en boca; un nombre que sintetizaba toda una época, terrible, inolvidable. Al oírlo, el bulto pareció animarse y cobrar vida repentinamente.

Arrastrándose sobre el suelo desigual se aproximó a la persona que le habían indicado, y cuyo nombre despertaba su emoción, evocaba sus recuerdos.

Aquel bulto dantescos producía verdadero espanto. A primera vista, diríase un manojo de ramas secas y retorcidas sobre el que se erguía una cabeza humana, cuyos ojos brillaban extrañamente.

Entre los andrajos advirtiéndose que aquello era un ser humano, sentado sobre un trozo de cuero atado con correas al mísero cuerpo. Las piernas, dobladas en ángulo agudo en las rodillas, con los pies vueltos hacia adentro, formaban dos triángulos; uno horizontal, que descansaba sobre el trozo de cuero de vaca, y el otro vertical, con la rodilla a la altura del hombro.

La cara marchita y oscura conservaba la belleza de los ojos y la de los dientes. ¡La infeliz mujer era joven todavía!

Tendió los brazos sarmentosos hacia el viajero y le preguntó:

—¿Es cierto lo que dicen, señor? ¿Usted es hijo del Mariscal?

—Sí, es cierto. ¿Y usted, quién es? ¿Por qué está así?

—¡Ah, mi señor! Yo era Jacinta Avalos, "La Alegría del Batallón"... En las marchas y en el campamento cuidaba a los heridos y a los enfermos; les llevaba agua fresca y hierbas que curan. Les daba ánimo y les cantaba versos de Niño Talavera o bailaba "Londón Carapé", para hacerlos reír. Cuando el ejército se desbandó después del combate de Lomas Valentinas, mucha gente, para no caer prisionera, corrió a arrojar en el Estero Ypeaná, tratando de vadearlo. Nadie se acordó de las alimañas que hay entre el barro. Mi pobre Pablo iba muy mal herido y yo lo sostenía para que pudiera andar. Cuando entramos al estero no pudo tenerse en pie y lo acosté sobre un

Paraguay

Por Héctor Pedro Blomberg

pajonal que había a flor de agua; me senté a su lado y puse su cabeza sobre esta rodilla; levanté esta otra para protegerlo un poco del sol de Diciembre que parecía de fuego. El me tomó las manos y empezó a desvariar; hablaba de clarines y de cañonazos, gritaba a los enemigos, quería pelear... Yo lloraba sin poder calmarlo. Cayó la noche y Pablo se quedó quieto, callado, mirando las estrellas. Yo creí que se había dormido cuando oscureció del todo. ¡Ah, sí! ¡Bien dormido estaba el pobre muchacho, tan bueno y tan

hasta los hombros.

Allá, a lo lejos, flotaban algunos cadáveres que llevaban despacio hacia el río las corrientes de los canales del estero. Reinaba un gran silencio y el calor era terrible; el sol quemaba y a mí me atormentaba la sed, pero aquella agua barrosa me daba aseco. Hubiera querido ir a buscar agua, pero no podía abandonar allí a Pablo. ¡Ya volaban los cuervos sobre el estero!

Así pasó el día, y llegó y pasó la noche. El oleaje movió el cuerpo de mi pobre muchacho y me

CUENTA LO QUE POSEES

No enumeres jamás en tu imaginación lo que te falta. Cuenta, por el contrario, todo lo que posees; detállalo si es preciso hasta con nimiedad, y verás que, en suma, la Vida ha sido espléndida contigo.

Las cosas bellas se adueñan tan suavemente de nosotros, y nosotros con tal blandura entramos en el paraíso, que casi no advertimos su presencia.

De allí que nunca les hagamos la justicia que merecen.

La menor espina, en cambio, como araña, nos sacude la atención con un dolor y nos deja la firma de este dolor en la cicatriz. De ahí que seamos tan parciales, al contar las espinas.

Pero la vida es liberal en sumo grado; haz inventario estricto de sus dones y te convencerás.

Imaginemos, por ejemplo, que un hombre joven, inteligente, simpático a todos, tuviese una enfermedad crónica. No debería decir: "Tengo este mal, o aquél, o me duele siempre esto o aquello, o no puedo gustar de este manjar o de aquél..."

Debería decir: "Soy joven, mi cerebro es lúcido, me aman; poseo esto, aquello, lo de más allá; gozo con tales y cuales espectáculos, tengo una comprensión honda y deliciosa de la naturaleza...", etc."

Vería entonces el enfermo aquél que lo que le dañaba se diluiría como una gota de tinta en el mar...

Amado NERVO

valiente! Había empezado a pelear desde Tuyutí y fué herido otras dos veces.

La noche fué muy larga. Desde lejos venía el ruido de los remos y de las garrochas de los que en canoas venían en socorro de los soldados. Grité muchas veces, pero no me oyeron. Las manos de Pablo se volvían frías, y cada vez que yo me movía parecía que querían retenerme. Llegó el alba; Pablo, muy pálido y frío, continuaba mirando al cielo.

Cuando algún animal del estero o algún pobre soldado huído movían el agua, el oleaje de barro llegaba al pajonal y movía también a mi pobre herido.

Llegó el mediodía y el Ypeaná quedó desierto. Los oficiales del mariscal habían salvado en las canoas a todos los que no murieron al vadear el estero con el agua

pareció que me miraba. ¡Y no me soltaba las manos! Las suyas parecían de piedra, y las mías ardían y temblaban.

Al rayar el día me soltó. Creo que me dormí y cuando me desperté el oleaje me lo había sacado del pajonal. Ya iba lejos y había un cuervo parado sobre la frente de mi Pablo!

Quise levantarme y no pude; grité para espantar al cuervo y le tiré un palo que flotaba cerca de mí, pero ya iban muy lejos. Bajaron otros cuervos y se posaron sobre el cuerpo de Pablo. Entonces me desesperé y cerré los ojos con la esperanza de morirme de dolor.

El agua me subía ya hasta la cintura porque mi peso hundía el pajonal. Yo no supe cuándo ni quién me sacó de allí y me trajo aquí a Villeta. Nunca más pude

andar.

La voz se apagó y los grandes ojos se nublaron. El viajero estrechó conmovido las pobres manos nudosas y le habló a la infeliz mujer, le ofreció unos billetes...

—¡No, no señor! — dijo ella, sonriendo tristemente. El dinero es un mal para mí. Un viajero me dió dinero una vez y unos muchachos me maltrataron para quitármelo. Yo no necesito nada porque siempre me dan ropa y comida. Vivo bajo los árboles, y cuando llueve y hace frío me acerco a algún fogón y todos me hacen sitio.

—¿Conoció usted al Mariscal?

—Sí, señor. Siempre se paseaba solo y callado y nos miraba al pasar. Una vez le habló a Pablo y lo hizo condecorar. Todavía estaba en Paso-Peñá...

Y se sucedieron los nombres como estrofas de una epopeya.

Los inválidos escuchaban anhelantes.

Sobre todos ellos había pasado una vibración de gloria ante aquella evocación.

El silbato del vapor anunció la partida y Jacinta volvió a sumirse en su trágico silencio.

COMICOS EXOTICOS

Las representaciones teatrales de los pueblos orientales conservan mucho de la forma primitiva, en que los cómicos de tiempos remotos desempeñaban su misión. En efecto, en estas representaciones lo de menos es el interés y trama de la obra, la belleza de los diálogos, el interés psicológico; elementos que son la base del teatro occidental.

En el teatro oriental lo principal es lo extremo, la forma en que los actores se presentan y cómo por medio de actitudes y gestos desarrollan su labor. En particular los cómicos populares, los actores que por calles y plazuelas entretienen a los espectadores o figuran entre los elementos concurrentes a la brillantez de los festivales, sólo se valen del gesto y de la danza para cautivar a su auditorio. En los festivales de Bali, principalmente, las representaciones teatrales alcanzan un grado de originalidad admirable; son la continuidad de ritos seguidos desde tiempo inmemorial.

Los actores provistos de caretas grotescas, de trajes absurdos, danzan, cantan y simulan combates entre las aclamaciones de las gentes.

Acaso es la simplicidad de medios que utilizan los cómicos orientales, en la frecuencia con que figura entre los papeles que representan personajes legendarios o sobrenaturales, está el germen de ese teatro simplista hacia el cual se camina.

EL VIENTO

Por Maria Enriqueta

"¡Aú! ¡Aú!..."

Cualquiera diría que es el lobo que ronda la casa. Pero, nó: es el viento.

Me cubro los pies con la manta, cierro el libro, me arrellano en el diván, y escucho...

El viento está enojado; no hay que salir a provocar sus iras. Mas ¡qué hermosa es su cólera! ¡Cómo pone calofríos en mi cuerpo, y misterio en la casa!...

"¡Aú! ¡Aú!..."

¡Cuánto dice en esas breves sílabas!...

Hay que empequeñecerse en el diván; hay que abrigarse bien; hay que disponerse a escuchar esas voces que parecen cargadas de pronósticos, esas voces que llegan de lejanos parajes, para contar lo que en ellos vieron.

Yo quisiera, en esta noche misteriosa, volver a la niñez. Estaría cogida a la falda de mi madre; preso mi pequeño corazón por un sutil y exquisito miedo, que haría castañetear mis dientes. Y la voz de ella, lenta y sosegada, estaría diciendo lo mismo que entonces:

Erase que se era una casa grande y extraña, que proyectaba su silueta en la orilla del canal. Anchas ventanas sin vidrieras, como ojos en perpetuo asecho, dirigían su mirada hacia el punto del horizonte por donde se pone el sol. Ruinosas eran las paredes, escaladas a trechos por un jaramago triste que nunca daba flores, y en los agujeros que el tiempo ahondaba sobre los muros, parejas de lechuzas formaban nido y vivían en calma. El destaralado zaguán, nunca abría sus hojas para dar paso a alguien. ¿Quién podía pensar en trasponer aquellos dinteles? Nadie.

Los que transitaban por la orilla opuesta del canal, decían sigilosamente, señalando hacia el otro lado:

—Ved, esa es la casa del viento...

Y si alguien preguntaba: "¿Cómo? ¿Porqué es esa la casa del viento?", se le respondía:

Porque sólo el viento habita en ella.

Y era verdad, puesto que ninguna mano cerraba las maderas de las ventanas, donde faltaban, desde tiempo inmemorial, los vidrios; puesto que, al llegar la noche, mientras en las casonas vecinas palpitaban las luces de lámparas y velones, la casa del viento se hundía en la más profunda sombra, y el agua del canal que a sus pies dormía, no reflejaba más luz que la de las estrellas, cuando éstas temblaban en el cielo. Nadie abría o cerraba el desvenejado zaguán; nadie asomaba el rostro por los huecos de las ventanas; el viento sólo el viento era el habitante de esa casa misteriosa. Y la tenía tomada por entera, porque aullaba en los corredores, silvaba a los pies del muro, entre las altas hierbas que bordeaban el canal, golpeaba en las puertas, rugía en los patios, lloraba en los pasillos... ¿Quién podía ir a disputarle su lugar? Nadie. Aquella casa era del viento, ninguno debía intentar arrebatársela.

Pero he ahí que en cierta noche lluviosa, un viejo de barba blanca y alforja al hombro, cruzó el puentecillo de madera que sobre el canal daba acceso a aquella casa. El zaguán gimió en tono de protesta, el viejo entró, las dos hojas de la puerta volvieron a cerrarse, y... nada más se supo. Pero como los días

pasaran, como los cuervos hubiesen comenzado a entrar por las rotas ventanas y como el viejo no saliese, Valentín, el hostelero, que tenía su mesón frente a la casa, y que había visto llegar al viejo en aquella noche de lluvia, sospechando que algo extraño hubiese acontecido a ese hombre, se propuso ir a buscarle; pero he ahí también que, al poner Valentín los pies sobre el carcomido puente de madera que hacia la puerta conducía, se oyó un crujido aterrador, hundiéronse las tablas, y el mozo cayó al canal, para no salir de él sino cuando ya la muerte le ponía estertores en la garganta.

—¡Imprudencia grande fué!—decían más

tarde los vecinos que llegaron para sacarle—. Porque ya lo habíamos dicho—agregaron—: nadie podía ni debía entrar allí; esa casa tiene dueño, y éste podía matar al audaz que se introdujese en ella. Bien lo sabemos todos: en esa casa no se puede entrar: es la casa del viento...

... Hoy, en esta larga noche, mientras el aire aulla, quisiera yo tener seis años, arrebuja-me entre las faldas de mi madre y, temblando de miedo, oírle decir con la voz de entonces:

—Erase que se era una casa grande y extraña...



Conquistadores

Uno de los grandes ideales del hombre es la conquista. Antaño llenábase de gloria descubriendo nuevas tierras; ogaño, conquistando el aire... Pero las grandes empresas

están siempre reservadas a los fuertes. Es un hecho comprobado que la piedra angular de la salud es una provechosa y abundante



nutrición recibida en los primeros años de la vida; y desde hace más de una generación, Malta Palermo contribuye a ello, pues suman decenas de millares las

madres que gustaron la inefable dicha de ver sanos y robustos a sus hijitos gracias a su valiosa ayuda durante el período de la lactancia.

Malta

PALERMO

Tres palabras

Por Juan Andrés Bruno

La vida se había encargado de templar el espíritu de Berta con obligaciones inesperadas y angustias prematuras. Al nacimiento de su hermana siguió, sin intervalo casi, la muerte de la madre. Y ella, que esperaba a la hermanita menor como se espera a una muñeca, trocó su risa infantil por el gesto melancólico de quien comprueba amarga la vida cuando más dulce la sueña...

Aprendió a ser madre y veló muchas noches el sueño afiebrado de aquélla que, incóscientemente, la llevó de las páginas blancas de la infancia al capítulo agrio de las obligaciones, y acaso por eso, por costarle tanto, le brindó todo el cariño de su alma y todos los momentos de su vida.

Nunca, al referirse a ella, dijo "mi hermana"; la llamaba "mi nena"... Y era tanta la dulzura que ponía su voz en esas dos palabras, que su figura menudita y frágil daba la impresión de agrandarse al pronunciarlas.

Sin un reproche, sin una queja, toleró el carácter adusto de su padre y escondió muchas lágrimas en el pechito inocente de quien cortó sus alas. Sobre su rostro pálido de insomnios se extendió un velo de melancolía, sus ojos, que no tuvieron tiempo de admirar las prodigiosas estampas del libro de la vida, se ahondaron de penas y embellecieron de dolor.

Pasaron los años en una sucesión de días para ella siempre grises, y cuando el padre, cansado quizá de la soledad en que le dejara la muerte de su esposa, se fué tras ella, nuevos problemas acudieron a complicar su vida.

Debiéndose a la hermana, no tuvo ni siquiera el derecho de abandonarse a la desesperación, y bajo el consejo sabio del viejo padrino administró su patrimonio para poder atender la educación de su nena cuando llegara la hora; la hora llegó, y la mandó a la ciudad, a la escuela, a cultivar su inteligencia y alimentar su espíritu. Sólo entonces fué cuando se sintió sola, amargamente sola... La vieja casa era como un cofre de recuerdos, y el ruido de sus pasos, repetidos por el eco, le hacían recordar otros pasos que ya no percibían más sus oídos... Muchas noches, apretando la cabeza contra la almohada para contener los sollozos que pugnaban por escapar de su garganta, tenía como un fugaz retorno a los primeros años de su vida, y sintiéndose pequeña ante las responsabilidades afrontadas, un miedo terrible

al porvenir ponía temblores de angustias en su pecho. Luego, cuando las primeras luces de la mañana, disipando las sombras de la noche, borraban de su mente los recuerdos, las palabras del viejo padrino: "¡Cásate, Berta!", repetidas hasta el cansancio, eran como un arrullo a cuyo son sus ojos se cerraban y el cuerpo, pesado y do-

lorido, se entregaba a la voluptuosa dulzura del descanso.

* * *

"¡Cásate, Berta!"... Para el bueno de don Luis esa era la solución ideal... "¡Cásate, Berta! Los dos muchachos te quieren, los dos son buenos, y cualquiera de ellos sabrá hacerte feliz... ¡Cásate, Berta!"

Efectivamente: los dos eran buenos y los dos la querían. Carlos era el hombre práctico, sereno, que valorizaba el tiempo y tomaba la vida como una cosa fatal, como una cosa escrita, contra la que es inútil resistirse y vano empeñarse. Muchas veces, pensando



en él y recordando las tranquilas palabras con que le pintaba la vida serena que le ofrecía, Berta lo veía como un símbolo de su pasado. Ella también debió aceptar la vida tal como se le presentó, sin protestas inútiles ni ensueños imposibles, prácticamente. Y él le ofrecía eso, un amor práctico, un amor tranquilo, un amor fatalista que era como la prolongación de su ayer, todo renunciamiento, todo adaptación.

Julio no. Julio era el reverso. Un poco soñador y un poco loco, la vida, a través de sus palabras, era una sucesión de emociones distintas, de paisajes diversos. Al calor de sus frases, las brumas del pasado se desvanecían, y la luz de una esperanza desconocida ponía en el alma de Berta el atrevimiento de soñar. Sabía encontrar la parte de belleza que encierra cada cosa, y de cada cosa lo único que le interesaba era la parte bella. Y fué tal vez por eso, porque supo llevarla de la mano por la senda desconocida del ensueño, que cerrando los ojos para ser toda oídos, le cedió el derecho de pensar por ella.

Desde ese día, el eco de sus pasos en la vieja casa que era como un cofre de recuerdos, se perdió en el espacio sin resonar en su alma.

* * *

En la habitación, invadida por las sombras del crepúsculo, las palabras de Berta sonaban tristemente:

—Sí, padrino... Julio no tiene la culpa. ¡Es la vida, la vida que a cada paso nos abre más los ojos a la realidad, para hacernos comprender hoy que la felicidad de ayer no era nada más que un sueño agradable!... ¡Ella es la única, la gran culpable!... ¡Oh, padrino!... ¡Usted, solamente usted, es capaz de comprenderme!

Sí, él la comprendía... Por eso no acertaba a contestarle. La verdad era tan cruel, tan amarga, que toda palabra de consuelo era una coartada infantil.

—Usted lo ha visto como yo, antes que yo, acaso... Desde que ha vuelto Amalia del colegio, Julio no es el mismo... ¡Sus miradas, sus atenciones, todas, todas son para ella! Nuestras conversaciones son ahora triviales, insulsas... Me huye, no quiere encontrarse a solas conmigo. Vacila, y

Del retablo de las novias

Para FRAY MOCHO

DICHA MUERTA

¡Qué sutil y honda tristeza me invadió cuando, al pasar, advertí — mirando al mar como curiosa cabeza — tu casita del pinar!

Ya no está alegre, como antes el nido de mi ilusión... Al mirarlo, la impresión de mil recuerdos distantes revivió en mi corazón.

¡Amor bajo las estrellas! ¡Caricias de "Villa Edén"! Fuegos fatuos para quien tuvo que perder con ellas la fé del supremo bien...

De mí te habrás olvidado... ¡Es tan fácil olvidar! Ni te quiero recordar las dichas de aquel pasado... Para qué? Para llorar?

No temas, pues, por tu calma ya no vendrá el trovador de las ternuras en flor a las puertas de tu alma con sus canciones de amor.

En vano guardó mi oído ecos de tu sollozar... ¡Sollozo que lleva el mar con el bajel que ha partido, casi siempre va a buscar la ancha playa del olvido!

NO ERA TAN INGRATA!

I

¡Ah, no!... Ya no quiero —madrecita mía— ni acordarme de ella. Siento que me muero, que todo me hastía... En mi nostalgia se borró su huella... Fué vana porfía la ilusión aquella: en la luz del día se apagó la estrella...

¡Ah, no!... Ya no quiero ni acordarme de ella.

II

¡Qué!... ¿Cuándo la viste? ¿Cuándo, madrecita? ¿Con qué fe palpita mi corazón triste! La viste y por mí preguntó llorosa... ¡Qué hermosa es la vida; qué noble y hermosa!

MAÑANITA BLANCA

Ya cesó de llover... Las hojas verdes sienten orgullo de sus gotas de agua —prismas de la ilusión, en que penetra ensayando ternuras la mañana—

Ella viene al jardín a ver sus flores... La ilusión, por copiarla, se hace blanca; y son ojos inquietos que la esperan las gotas suspendidas en las ramas...

Y, mientras vá su mano generosa dejando una caricia en cada planta, pasa mi vida toda — hecha recuerdos — junto a la santa sombra de su gracia!

Francisco A. PAGANO

tardando el momento de la explicación... Acostumbrada a leer en sus ojos, he visto que se aleja de mí, que le pierdo irremisiblemente, y son los veinte años de mi hermana los que me roban su cariño...

El viejo padrino contempla a través de los cristales el hermoso jardín envuelto en sombras, humedecidas sus pupilas por dos lágrimas rebeldes.

Y ella prosigue:

—Lo he querido, padrino, y lo quiero mucho todavía. La idea de ser su mujer, de compartir en el hogar común sus penas, sus alegrías y sus deseos, eran toda mi vida... Hoy presiento, comprendo que se me va y es toda mi vida que protesta inútilmente... ¡Si fuera otra la mujer elegida por él, lucharía! ¡Lo conquistaría empujándolo a mi rival, mostrándole superior a ella! ¡Pero no me queda ni siquiera ese recurso!... Se trata de mi hermana...

—Pero —aventuró temeroso el buen viejo— si ella se entera...

—¡No! ¡Ella no sabrá nada!... ¡No debe saber nada! ¡Le he dado todo! ¡Mi infancia y mi juventud! Ahora, ahora sólo me queda darle mi silencio...

Y el silencio, compañero de to-

das las tristezas, se estremeció al compás de sus sollozos...

* * *

Esa noche, Berta y Amalia, sentadas frente a frente en el comedor, han visto desfilar ante sus ojos, y sin probarlos casi, los platos alcanzados por la vieja sirvienta. Berta calla y piensa. Amalia charla y ríe... El silencio de Berta la hace más vieja y la locuacidad de Amalia la infantiliza casi... Están allí, juntas, a un paso, pero el recuerdo de un hombre las lleva por distintos caminos, las separa, las distancia...

Una quisiera estar sola, lejos del mundo, perdida en la obscuridad y el vacío, donde no llegara ni el rumor del viento, donde no oyera ni siquiera las palpitaciones de su corazón, donde no la alcanzara ni el recuerdo del amor de ese hombre...

La otra, en cambio, querría tener a su lado a todo el mundo, querría que un sol espléndido brillara sobre las cosas para que todos leyeran en su rostro la alegría de vivir, para que todos vieran en sus ojos la llama del amor, para que todos oyeran de sus labios el dulce nombre.

Y están allí, frente a frente, muda la una, parlanchina la otra... El amor que comienza, la ilusión que termina...

Julio ha comprendido que esa situación no puede prolongarse. Sabe todo el dolor que sus palabras volarán en el alma de Berta, pero no puede ocultar por más tiempo lo que siente. Largas horas de análisis le han hecho comprender que todo subterfugio es inútil... ¿Para qué engañarla?... ¿Huir de ambas, irse lejos?... ¿Para qué?... Ella comprendería el motivo y no valía la pobreza del recurso la magnitud del sacrificio... ¡No! Más humano, más noble era correr el velo desde ahora y dejar que el tiempo curara las heridas.

Su mano, nerviosa, levantó el llamador de la vieja casa. Berta se estremeció... ¿Era él?... Lo presentía... Por su parte, estaba decidida a no prolongar por un instante más la llegada del momento inevitable. ¡Oh! ¡Con cuánta amargura le reprocharía su conducta! ¡No! ¡No hay derecho a jugar con un corazón que se ha entregado entero y sin cálculo! ¡Ella no habría sido capaz de enamorarse de otro hombre! Le miraría en los ojos y le obligaría a

leer en su mirada todo el mal que le hizo...

Por primera vez en su vida estaba dispuesta a no aceptar en silencio el sacrificio.

* * *

Su mano se apoyó, temblorosa, en el pasador... Las piernas le flaqueaban... Allí, detrás de esa puerta que abrió tantas veces con la sonrisa en los labios, estaba él... Un pequeño movimiento y volvería a verle, pero, ¡cuán distinto de otras veces! Ayer su fe, su esperanza. Hoy su verdugo... Ayer un beso, hoy una lágrima... El corazón latía fuertemente y se apoyó en la pared para no caer... ¡Una madre! ¡Quién le diera una madre para echarse en sus brazos y llorar su desesperación y su angustia!

Y abrió. A través de las lágrimas que llenaban sus ojos lo vio inmensamente pálido. El también sufría. Se lo decían claramente esos ojos perdidos en la sombra de unas ojeras de fiebre, y sintió el deseo de estrecharlo entre sus brazos como se estrecha a un niño para quitárselo a la muerte.

Pero se contuvo y con la voz estrangulada por un sollozo, sólo supo decirle tres palabras:

—¡Julio... te perdono!...



¡ABSOLUTAMENTE NO!. Un sustituto no es, ni ha sido, ni será nunca igual al producto original. La **CAFIASPIRINA** es inimitable porque se prepara de acuerdo con un procedimiento científico especial que sólo la Casa *Bayer* conoce. A éso se debe su virtud sin igual de calmar los dolores y levantar las fuerzas.

NO acepte por eso ningún otro preparado similar. Para identificar la **CAFIASPIRINA** fíjese en la *CRUZ Bayer* que se ostenta en cada tableta, sobre y tubo.



Pepe Rubio acababa de llegar a Denia, rincón de España, y desde el andén contemplaba el aspecto alegre y risueño del poblado. El tren había marchado y los pocos pasajeros que descendieron fueron tomando su camino respectivo. Sólo él, con su pequeños equipaje, permanecía indeciso aún mirando a lo lejos la cinta azul del mar.

De pronto un chico se acercó, diciéndole:

—¡Eh, señor! ¿Es usted forastero? ¿Desea usted alojamiento cómodo? Yo le llevaré; permítame... y uniendo la acción a la palabra le tomó el beliz y echó a andar. Pepe le dejó hacer. ¿Qué más daba una u otra parte? No conocía a nadie en el puerto; además, tenía que permanecer allí más de seis meses, en virtud del asunto que le llevaba. Andando, pues, a buen paso, fué admirando las bellezas del paisaje.

El cielo, azul; las calles, muy limpias, anchas y despejadas; los jardines hermosos y llenos de flores, de las que se dan en los trópicos; las mujeres que transitaban a esa hora del atardecer, tenían como característica especial ojos muy negros, mejillas rosadas y andar zalamero; conoció bien pronto, con ese golpe de vista propio del hombre que mucho a viajado, que con mujeres como esas bien valía la pena aprovechar el tiempo.

Llegaron a una casa amplia y hermosa. El chico llamó:

—¡Eh, señá Rosa! Una mujer entrada en años y en carnes, con delantal a cuadros y pañoleta verde salió a recibirles, y tras un arreglo mutuo, Pepe convino en instalarse.

Entró a su habitación y después de mudarse ropa encontró que todavía le quedaba mucho tiempo disponible antes de cenar; así, pues, tomando su sombrero se dispuso a dar un paseo por la población; el tiempo era hermoso. Caminó al azar durante mucho tiempo, y después, algo cansado, reparó con alegría en el templo de Nuestra Señora de las Angustias; y nada más a propósito para un buen español que entrar a ver a la Virgen. Descubrióse respetuosamente y entró; el templo estaba casi desierto a esa hora; el rosario había pasado ya, y solo quedaban algunos fieles: un hombre del pueblo, cuatro o cinco mujeres devotas, de esas que hacen guardias perpetuas a falta de otra cosa que hacer, y una joven. Pepe adivinó que era joven por su esbelto talle, su vestido corto y sus cabellos rubios, semivelados bajo la negra y clásica sevillana.

Oró largo tiempo frente a la Virgen, más cuando pensó retirarse, un sentimiento de irresistible curiosidad le hizo detenerse;

G E M E L A S

Por Indiana

esperaría a que la joven devota se levantara del reclinatorio y podría verla detenidamente; y como si ella hubiera querido complacerle, se levantó en ese momento, se persignó y salió, no sin dirigir una furtiva mirada al forastero. Pepe se sintió hondamente conmovido ante tanta belleza inesperada; representaba a lo sumo 22 años; alta, de grandes ojos negrísimo, boca breve y sensual, y facciones

quién era Encarnación y quién Pilarica. No pocas veces, siendo niñas, la una había recibido injustas reprimendas y pescozones, en lugar de la otra, por un error de su madre; hasta que, llorosa al darse cuenta de la equivocación, respondía ingenuamente:

—¡Pero madre, que yo no soy la Pilarica; soy Encarnación!..

—¡Oh, por la Virgen de la Paloma, hasta cuándo podré conocer



—El niño Luis acaba de dar una pedrada a Rosita.

—¿Pero te has fijado? ¡Qué puntería tiene el chico!

delicadas, en las que le pareció encontrar un ligero parecido con la Madona de Italia. Vestía a la manera de las andaluzas, y al andar se contoneaba airoso. Todo esto advirtió el forastero de una ojeada, y obedeciendo un impulso inconsciente, se levantó y salió tras ella.

II

Señá Soléa era la feliz madre de dos gemelas, Encarnación y Pilarica: ambas eran iguales entre sí, tanto, que hasta su misma madre las confundía; tenían el mismo rostro ovalado y gracioso, el mismo timbre de voz. En fin, viendo a una y a otra, no se podía decir

a mis hijas! Y ellas reían al ver con cuánta facilidad se equivocaba su madre.

Pues bien; aquella mañana la Pilarica había olvidado al forastero que la siguiera hasta su casa, y cantaba alegremente mientras co-sía. A Encarnación le tocaba el turno para velar en el templo; y ésta, después de arreglarse con co-quetería y mirarse una vez más en el espejo, dió un beso a su madre y se fué.

Es verdad que, con esa sagacidad tan peculiar en las mujeres, pudo observar que un caballero desconocido estaba instalado en la esquina de su casa, y que no bien ella salió la siguió con aire distraído. Encarnación cruzó rápidamente las tortuosas callejas, y lle-

gada al templo de las Angustias, saludó a Señá Patricia, que sentada junto al pórtico vendía rosarios y medallas.

—¡Ya por aquí, buena moza!— dijo dirigiéndose a la joven.— ¿Quién eres tú?

—Soy la Encarnación, Señá Patricia. Ayer le tocó velar a mi hermana y ahora a mí; deme el libro. La aludida puso ante la muchacha el libro, ésta firmó, al mismo tiempo que sus ojos buscaban al caballero; satisfecha del examen, avanzó hasta el reclinatorio y se entregó por completo a su oración.

Pepe Rubio había empleado el primer día de su estancia en Denia en arreglar sus planos, sus papeles y los mil detalles topográficos del terreno que le permitieran terminar su cometido como ingeniero de una importante comisión en un plazo más o menos corto y sin mayor trabajo. Terminadas, pues sus labores, se acordó de la joven devota al oír la llamada del rosario, y quiso verla otra vez; fuese pasito a paso y se instaló en la esquina, alimentando la esperanza de que, si no salía, la vería al menos en su casa. No se equivocó en sus planes. La moza rubia de esbelto talle y negros ojos, salió y se encaminó al templo; él la siguió, admirando a su sabor el cuerpo gentil y el gallardo andar, y un pensamiento cruzó su imaginación: tenía tiempo por delante para hacerla su novia, ¿por qué no? La hablaría; la diría las mil cosas que suelen decir los hombres en tales casos, quizá viera su amor correspondido.

Pasaron muchos días; el programa de su trabajo no variaba; por las mañanas le absorbía la mayor parte del tiempo; comía tarde; descansaba una o dos horas, y después iba puntual a esperar a su novia para acompañarla a cumplir su devoción; mas el destino, que se complace a veces en fraguar las cosas más absurdas, había puesto esta vez especial empeño en complicar el caso cada vez más. Encarnación y Pilarica nada se habían dicho de aquel encuentro, y cada una, por su parte, creía ser dueña del secreto, a la vez que del amor del caballero. En las diarias conversaciones, él ponía todo su fuego apasionado y sincero para pintar a los ojos de la amada su cariño; le hablaba de todo lo que agrada a una mujer enamorada, y a la vez la ponía al tanto de su trabajo en Denia: había ido allí para medir un ángulo de meridiano terrestre y la altura de la montaña "El Mongo", sobre el nivel del mar; y si bien sorprendía a veces una perplejidad, una contradicción o un dato olvidado, lo atribuía al carácter olvidadizo de la joven, o bien a alguno otra causa incidental, sin darle mayor importancia. Transcurrieron así tres meses; la primera parte de su trabajo estaba termi-

nada, y al día siguiente marcharía al "Mongo"; sus enseres técnicos y su tienda de campaña estaban ya listos. Aquella tarde sería la última que podía ver a su reina—como la llamaba siempre por su altivo porte—, y quería darle una sorpresa: había comprado un anillo de oro y pensaba darle el placer de ponérselo en el dedo; apenas la vió salir se encaminó a su encuentro.

—Reina!

—Mi Pepe!

—Mira que has tardado hoy.

—Sí, es verdad; ha sido una indisposición de mi madre; pero, afortunadamente, pasó pronto. ¿Cómo va el negocio?

—Pues, nada; que me marche mañana, reina.

—¿Ya, ingrato?

—He terminado lo del ángulo y ahora tengo que ir a la montaña; pero, antes, he querido que te quedes con este recuerdo mío; venga acá esa manecita de reina. La Pilarica tendió la mano y Pepe puso en el anular la argolla de compromiso.

—¡Y vaya si es bonita, Pepe!

—Como la merece mi reina.

—Y, dime, ¿tardarás mucho?

—Dos meses cuando menos; pero a mi regreso pienso hablar a tu madre. ¿Quieres? Ella, ruborizándose, asintió con la cabeza, y entonces añadió: ¿Ya no te veré?

—Lo más seguro es que no, reina; sin embargo, si el compañero que espero esta noche no llega, tendré que esperar otro día y, en ese caso, vendré a verte como de costumbre. Cambiaron una cariñosa despedida, y Pepe se retiró mientras ella hacía su guardia. Pero las cosas no podían seguir así, y al día siguiente la Encarnación en vano esperó al galán, que brillaba por su ausencia, hasta que, desesperada y nerviosa, se marchó sin esperarle más. Fué una noche terrible para ella; sabía del próximo viaje de Pepe, porque éste se lo había dicho; pero no le perdonaba que se hubiera marchado. Y, en tanto, la Pilarica, un poco triste, pero resignada, se consolaba de la ausencia del amado mirando el anillo que él mismo había puesto en su mano, y esperando pacientemente la hora del retorno. La Encarna, regañaba, lloraba y se desesperaba sin motivo aparente; y a medida que los días transcurrían aumentaba su malestar, hasta que su madre, enfadada, la puso de oro y azul.

—Pero, ¿qué te pasa, Encarnación? Cualquiera diría que tienes mal de amores. ¡Vaya que tiene gracia!

—Déjela usted, madre, terció la Pilarica; ni ella misma sabe lo que tiene; hace ocho días que no hace más que ragañar entre dientes.

En aquel momento, Señá Soleá salió sin hacer caso de las chicas, y Encarnación, encarándose a su hermana con los brazos en jarra, más hermosa que una maja, le di-

jo, encolerizada:

—¡Que no lo sé! ¿Quieres que té lo diga bribona?

—A mí qué me importa lo que tú tengas, contestó la Pilarica, encogiéndose de hombros.

—Pues a mí sí me importa. ¿Te parece a ti poco, ¡so borrica!, que el novio se marche, sin decir adiós siquiera, después que le ha trastornado a uno el seso? El novio

—El mío no me ha dado anillo pero me ha dado su retrato, miralo.

—¡Pepe!, exclamó la Pilarica poniéndose lívida mirando a su hermana con ojos espantados.

—¿Le conoces tú?—inquirió la Encarna.

—¿Qué si le conozco? Vaya si le conozco; si es Pepe Rubio, mi novio, el mismo que me ha rega-

desaparecer; que Pepe no sepa nada ¿me lo prometes?

—Como hembra.

—Conformes.

III

Aquella noche la Encarna y la Pilarica se recogieron más temprano. Era estío y el calor era sofocante. La ventana estaba abierta y la brisa que llegaba del mar refrescaba un poco la atmósfera. A lo lejos se divisaba la ancha faja marina y en el cielo se iban encendiendo las estrellas; no bien todo hubo quedado en silencio, las dos hermanas después de confesarse mutuamente su amor por el forastero, decidieron poner punto final a aquella horrible situación.

—De esta manera, decía la Encarna, él no sabrá nada, y como que nos ha tomado por una misma, la que quede será la dueña definitiva de su amor. ¡Vamos, Pilarica, valor y tira!

Se sentaron a la orilla de la cama y serenas como si se tratara de una partida sin interés, tiraron. Encarnación perdió y roja como los claveles con que adornaba sus cabellos, se hundió la filosa daga hasta el puño, saliendo la sangre a borbotones...

Sólo entonces Pilarica lloró mucho ante el cadáver de su hermana muerta. ¿Por qué Virgen de la Paloma, —gemía—, por qué nacimos gemelas?

MARAVILLOSAS OPERACIONES IMAGINARIAS

Dice un conocido humorista y hombre de ciencia:

“Un eminente cirujano me confesó que alguna otra vez había simulado efectuar operaciones quirúrgicas en personas aprensivas que se figuraban tener tal o cual afección orgánica, cuyos falsos síntomas habían aparecido a consecuencia de su obsesión mental.

En tales casos, el cirujano de referencia procede con el mismo aparato con sujeto en la mesa de operaciones, lo anestesia y rasguña la piel para dejar una ficticia huella de operación.

Después venda con todas las reglas del arte la región del cuerpo supuestamente operada, le ordena al enfermo imaginario que guarde cama unos cuantos días y por fin se encuentra nuestro aprensivo perfectamente bien, alegre, satisfecho, contento y honradamente engañado.”

Añade el cirujano que todos los pacientes tratados por este procedimiento de misericordiosa superchería quirúrgica quedaron en absoluto libres de su aprensión, aun en los casos en que habíanse quedado durante muchos meses de insupportables dolores.



que se quiere con toda el alma, ¿eh?

—Ah, ¿con que es por el novio?... Y qué calladito lo tenías, ¿verdad? Yo también ya tengo el mío, y es guapo como ninguno; también se acaba de marchar; pero él sí se despidió de mí; me ha dado un anillo, y cuando venga me casaré con él...

Encarnación sollozaba de rabia y de celos, mordiendo su pañoleta encarnada; y alzando sus hermosos ojos, preñados de lágrimas, miró el anillo que le mostraba su hermana; para no ser menos, y recordando que ella también podía enseñar algo de su novio, sacó precipitadamente de su seno un paquetito envuelto cuidadosamente, diciendo:

lado el anillo...

—¡Que te ha regalado el anillo!... mira Pilarica lo que dices; este es mi novio, el mismo que desde su llegada a Denia, me ha esperado por las tardes para acompañarme al templo.

—Pues a mí también me ha acompañado, y lo que pasa aquí es una horrible confusión de la que tú y yo somos culpables por haber callado, debimos haber previsto que siendo exactamente iguales, Pepe nos tomó por una misma, y ahora vamos a saldar cuentas como buenas españolas que se disputan el amor de un hombre; di, ¿le quieres?

—Con toda el alma.

—Pues juguemos a los dados y el azar dirá cuál de las dos debe

TRAGEDIA

Fué un instante, una cosa como el vuelo de un ave... Brannaba la borrasca sobre el paisaje grave, y aquella mujercita toda pálida y rubia bajó del tren, en tanto que la copiosa lluvia hacía más confusa la perspectiva extraña de aquel hoso y oscuro pueblito de campaña. Fué un instante, una cosa fugaz como una estrella o como un grito trunco. Mas la mujer aquella me vió, (pues yo soñaba junto a la ventanilla) y su mirada llena de una expresión sencilla me dijo el vago miedo de aquella noche ruda, o quizás la congoja de una tragedia muda... El tren ya estaba a punto de continuar su marcha, y el frío—un frío malo como un monstruo de escarcha—no me dejó ser bueno. (Porque mi alma mustia no comprendió el llamado de aquella extraña angustia, y cuando alcé los ojos llenos de lumbre humana el tren rodaba lejos de la estación serrana). ¡Ah! No supe ser digno de mi escondida rosa, y aquella pobre alma toda mustia y medrosa se quedaba en la noche, mientras la voz del viento bramaba en las tinieblas como un chacal hambriento.

Adolfo QUEVEDO

Cuentan las crónicas de las épocas antediluvianas del mastodonte, y yo de sus afirmaciones me hago eco, aunque no responsable, que los varones más o menos santos que por entonces vivieron lograron la fortuna de ser dotados por el Ser sobrenatural que pudiéndolo todo no había de encontrar dificultades para crear a su antojo los sentidos con que quisiera favorecer a las criaturas, con uno que hasta nosotros no ha llegado y que, con los que por lo regular tiene cada mortal no defectuoso, sumaban justa la media docena, que es un bonito número para muchas cosas.

Me refiero al sentido de "hacerse cargo".

Esta buena cualidad, que no cede en ventaja a las innumerables que proporciona la vista alegrando el alma; el oído recreando el espíritu con la eterna y melódica sinfonía de la naturaleza; el olfato, que parece en muchas ocasiones complemento de otros sentidos, haciéndonos unas veces oler a gloria y otras oler a chamusquina; el gusto, que es sin disputa el sentido corporal más relativo que posee el hombre, y el tacto, de que tanto se necesita abusar para vivir en este pícaro mundo; esta buena cualidad repetimos, que hoy apenas es conocida y sólo llega hasta algún privilegiado por un fenómeno atávico y lo mismo que podría encontrarse con la herencia inesperada de un ramalazo de locura, gracias a ese salto atrás de que nos hablan algunos, fué en tiempos uno de tantos dones como Dios concedió al hombre.

Y la razón es bien sencilla.

Desde el momento en que su deseo fué el crearlo a su imagen y semejanza, no había de privarle de cualidad tan importante, que al fin y al cabo como síntesis o extracto concentrado de otras muchas buenas que es, había de contribuir no poco a que la proyectada similitud resultase más perfecta y acabada, como dicen que antaño resultaba las crónicas citadas al principio, y a ellas habremos de atenernos por la dificultad grande que hoy existe de encontrar modelos vivos en quienes hacen prácticamente la observación.

El sexto sentido puede decirse que hoy ha desaparecido tan en absoluto, que no parece sino que jamás ha rodado por el mundo.

Y sin embargo, lo repetimos, fué así, aunque hoy nos parezca punto menos que imposible.

Lo que hay es que el hombre es desagradecido de suyo y vanidoso en grado superlativo. a las veces hasta se atreve a discutir los designios celestiales como la cosa más natural y corriente, sin querer convencer de que sobre la tierra no tiene más valor que el de un átomo insignificante, y cuando Dios hace las cosas sus razones y motivos tendrá para ello y nosotros no somos nadie para ponerlo siquiera

El sexto sentido

Por Carlos Ossorio y Gallardo

en tela de juicio.

Total: que el orgullo satánico que a nuestros primeros padres arrojó del Paraíso, fué así mismo, en los tiempos antediluvianos a que nos referimos, causa ocasional de que desapareciese el sexto sentido de entre los del hombre; pues Dios para castigo de éste, que del modo

más importancia que a otro cualquiera.

Los organizadores del "meeting" en sandalias y túnicas eran, no hay porqué negarlo, lógicos hasta la pared de enfrente, y "haciéndose cargo" de la realidad de la vida, comprendieron que si todo el mundo hacía lo propio, la igualdad so-



—Papá quiero casarme.

—No, hijo mío; todavía no has sentido el juicio lo suficiente.

—¿Y cuándo habré sentido el juicio?

—Cuando se te haya quitado de la cabeza la idea de casarte.

que veremos se resolvía contra los dones que había recibido de "guagua", no tuvo que hacer otra cosa que acceder a lo que se le pedía.

Fué el caso, y aquí empieza la verdadera substancia del cuento, que en los tiempos citados y en localidad que no se cita se celebró cierto día algo así como uno de nuestros modernos "meetings" una reunión magna convocada por unos cuantos a quienes la posesión y usufructo del sexto sentido no convenía, y menos aún el que sus compatriotas gozasen de igual beneficio.

Esto último sobre todo era realmente peligroso, aunque por la fuerza de la costumbre y el hábito diario nadie diese al tal sentido

cial llegaría a ser un hecho, cosa que no pueden admitir de ninguna manera los que pretenden ser cabezas de molín o jefes de cotarro, así en unos como en otros tiempos. Y determinaron concluir de una vez con semejante prerrogativa.

Al efecto, convocado el pueblo entero en la plaza pública, uno de los más interesados en que el sentido número seis desapareciese del mundo tomó la palabra, y "haciéndose cargo", perfectamente de que el que más chilla es siempre el que parece que tiene más razón, exclamó de buenas a primeras:

—Ciudadanos: deseo ante todo que por última vez en vuestra vida hagáis uso del sentido contra el cual hoy aquí nos congregamos,

haciéndonos cargo de que todo lo que he de deciros y exponeros ha de ser por vuestro bien y vuestra futura felicidad, y me otorguéis vuestros votos para salir victorioso de mi empresa.

Ciudadanos: tal y como está hoy constituido el hombre es un semidiós. Dotado de los cinco sentidos corporales solamente, quedaría reducido a la condición que debe tener, si no queremos que el mundo en lugar de mundo sea una ramificación del cielo o una sucursal del Olimpo. Y ahora me pregunto yo: ¿hemos de preferir ser dioses o ser hombres? Mientras nos hallamos revestidos de carne mortal no hay que dudar: hemos nacido para morir; los dioses no mueren; nosotros no podemos ser dioses.

Resignados, más que resignados, deseosos de entrar de lleno en la esfera que por clasificación nos ha correspondido, hemos de empezar por pedir la anulación del sexto sentido, que el vulgo llama común y que su verdadera misión es la de hacerse cargo.

¿Para qué sirve?, os pregunto; y si sois francos deberéis contestarme: "¡Para nada!" Y sin embargo, yo os probaré que sirve; pero que presta un servicio negativo: que sirve de estorbo.

Con varios ejemplos os lo haré comprender más palpablemente.

Venid, poetas, y decidme: los que os consideráis postergados, los humildes, los que sentís que la inspiración no acude a vuestros llamamientos repetidos, los que veis a vuestros vecinos gozando de los favores y mimos de la diosa poesía en tanto que a vosotros os mira por encima del hombro, ¿no padecéis, no sufrís, no os dáis a todos los demonios? Pues abogad por la supresión del sexto sentido, y de un golpe os consideraréis grandes, inspirados, magníficos..., no lo dudéis, seréis felices. Y no os arredre el pensar que seréis felices a costa de vuestra seriedad; como el resto de los hombres no sabrá hacerse cargo tampoco de las cosas, flotaréis según vuestros deseos y aspiraciones.

Venid, comerciantes, y explicadme: ¿no estáis disgustados, sabiendo porque no conseguís hacer una parroquia fija de compradores que os enriquezca, por cuanto todos los medios de propaganda que empleáis son inútiles, pues la gente se hace el cargo de que aunque se lo juréis puestos en cruz no la podéis convencer de que le vais a dar por cuatro lo que a vosotros os ha costado ocho?... Pues votad mi proposición, y el público, ciego, se dejará alucinar por vuestros ofrecimientos y os llenará de monedas el cajón del mostrador.

Venid militares y guerreros, y sed francos: ¿lucháis de la misma manera cuando defendéis un pedazo de pan o de tierra, propia, que cuando os hacéis el cargo de que vuestro esfuerzo lo ponéis al

servicio del esplendor y grandeza del tirano? ¿No sentís cierto reparo en lo más recóndito de vuestra conciencia cuando dejáis moribundo en el campo de batalla a un hombre que personalmente no os había hecho mal alguno y hasta si podéis le salváis de una muerte cierta? ¿Pues formad en mi bando! Ahorraos el trabajo de hacer cargo de todos esos razonamientos femeniles y pusilánimes, y cada uno de vosotros será un héroe y ganaréis grados y ascensos y consideraciones y títulos. Llegaréis a los más altos puestos y jerarquías, y el pueblo en masa, que tampoco sabrá hacerse cargo de que con tal sistema se expone a sufrir la pena del Talión un día, ofuscado por vuestro triunfo, batirá palmas en vuestro obsequio y alfombrará de laurel vuestra carrera.

Venid aquí, lindas niñas casaderas, y respondedme: si vuestros amantes y rendidos galanes continúan usando de su facultad de hacerse cargo de las cosas del mundo, ¿no corréis el albur de que ampliando la esfera de su pensamiento os quedéis eternamente para vestir imágenes? Vosotras, ¡oh lindas doncellitas!, que sin querer habeis sido las precursoras de mis salvadoras teorías, no haciéndoos cargo de nada de cuanto os rodea, creyendo que todo os lo merecáis, que todas sois lindas, que todas resultáis adorables y que todas más o menos tarde habréis de realizar vuestras ilusiones de coyunda matrimonial, continuad, proseguid, ampliad vuestro sistema de vida y votad todas, como un solo hombre, mi proposición. Meditadlo bien: o la desaparición absoluta del sexto sentido o celibato eterno: escoged. Venid, políticos y estadistas, y contestad: si el sexto sentido, el de hacerse cargo, el que pesa sobre nosotros como losa de plomo que no basta a compensar las delicias que los otros cinco nos proporcionan, en lugar de desaparecer, como yo pretendo en bien de la humanidad, ¿qué papel os queda por representar en la tierra? Tened en cuenta que vuestra misión es la del farandulero; que si queréis prosperar habéis de contar desde luego con la habilidad necesaria para hacer creer a la gente que lo blanco es negro, que lo azul es rojo, y que tras vuestras palabras, vuestras promesas, vuestros programas, no anida la menor idea de lucro, de engrandecimiento personal, de ambición... ¡Desdichados de vosotros desde el momento en que el pueblo soberano haga uso del sexto sentido y vea a través de vuestros discursos el móvil que los inspira, a través de vuestras declaraciones públicas el sentimiento privado que las da vida! Desde el mismo momento en que todo el mundo se haga cargo de que al fin y a la postre para mandar no tenéis más méritos que los que elegís para ser mandados por

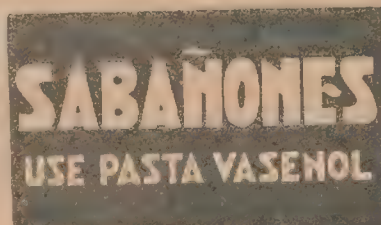
vosotros, ¿qué prestigio os queda? ¿qué fuerza moral os acompaña? Vosotros, pues, debéis ser los primeros interesados en que el sexto sentido desaparezca de la faz de la tierra para "in eternum".

Vosotros, en fin, masa neutra, que formáis el núcleo del pueblo por el cual el sabio piensa, el militar se bate, el negociante negocia, el político conspira, ¿qué vida lleváis haciéndoos cargo perfectamente de todo cuanto os rodea? Una vida miserable, triste y sobre todo sin ilusiones, que son el pan espiritual. El hombre es tanto más feliz cuanto mejor se deja engañar... El niño, ya lo veis, ríe y juega en un entierro... Un país

todos los aludidos o incluídos en semejante peroración encontraron de perlas las conclusiones en ella especificadas y que un ¡hurra! atronador coronó aquella oración verdaderamente subversiva. Es el éxito que de antemano tiene asegurado todo lo de esta índole.

Con la aprobación unánime del concurso, los tales planes reformadores adquirieron fuerza política y sólo faltaba el procurar llevarlos al terreno de la práctica.

Esto, después de todo, pendía sólo de la mayor o menor actividad que se pudiese, y como a los iniciadores de la idea les corría prisa sin duda, en un momento quedó redactada al Ser Supremo una co-



dro la leyó y releyó, sin querer dar crédito a lo que leía y suponiendo de buena fe que le engañaban sus ojos.

El canto portero creía, y no creía mal, que era una supina irreverencia el querer enmendar la plana a Dios, y antes de decidir nada en favor o en contra de la solicitud, pidió consejo a sus demás compañeros de Paraíso, quienes convinieron en que jamás hubieran podido adivinar que tales deseos tuviesen los hombres y menos aún que los razonasen de modo tan lógico cuanto descarado.

Ignoramos lo que pasaría en las regiones celestiales, pues a los humanos nos es vedado el penetrar en ellas; lo que si sabemos es que a los pocos días el iniciador, presidente y orador del "meeting", recibió una contestación concebida en estos o parecidos términos: "Sr. D...."

Muy señor nuestro: Habiendo recibido la comunicación de usted manifestando deseos de que en el mundo se suprima el sexto sentido concedido por Dios Todopoderoso a los mortales, y estudiadas con detenimiento las razones que para conseguirlo expone, tenemos el gusto de participarle que aún cuando irreverente la petición, el Señor Dios, con su bondad infinita e inagotable, si bien por su calidad de infalible no puede en absoluto acceder a los planes de usted, derogando lo ya escrito, haciendo uso de su misericordia sin límites, ha determinado, y nosotros tenemos sumo placer en comunicarlo a usted, dejar que paulatinamente vaya desapareciendo de la tierra y acabando por verdadera consunción el uso del sexto sentido.

Es todo cuanto se ha podido hacer en obsequio a sus peticiones. Creyendo estará usted satisfecho de nuestro buen deseo, se remiten de usted afmos.

Ss. ss. q. b. s. m.

Los bienaventurados de relaciones exteriores."

Desde entonces han pasado muchos años.

Y el sexto sentido ha desaparecido casi en absoluto.

RAZON CONVINCENTE

El padre.—¿Cómo es que nunca te acuerdas de lo que has aprendido en la escuela durante el día? Tomásín siempre sabe lo que el maestro le ha enseñado y puede decírselo a su padre cuando llega a su casa.

El hijo.—Es que Tomásín vive mucho más cerca de la escuela que yo.

EVANGELICA

Para el envidioso, el mérito ajeno es de lo menos: le sobresaeta y enardece la buena suerte de sus congénitos.

La envidia es una protesta casi siempre justa, hasta cierto punto justa; porque hay injusticia y hay crueldad en llamar a diez mil para elegir a uno solo.

Como caben en el juez los delitos y hasta los crímenes que son objeto de su sentencia, caben en el envidioso las cosas envidiadas: ninguno tan necio que envidie a las estrellas.

Cuando la mujer dice que quisiera ser hombre, quisiera ser hombre para ser mujer más cómodamente.

Los méritos que suele desenvolver la emulación duran lo que la presencia del mérito ajeno que los estimuló: se van con su origen casi tan rápidamente como las imágenes de un espejo; se deshacen al otro día como los rizos hecho a fuego en las crines de una india: son rosas de trapo impregnadas de esencia de rosas verdaderas.

Los maestros, los principales, en cualquier género de oficios, no envidian a nadie, por una razón de hecho: no ven ansian ver la obra de nadie.

Siendo la envidia una pasión secundaria, propia de secundarios, que lanza su dardo sobre secundarios, todo aquel que se declara víctima de sus envidiosos, rubrica él mismo ni ansian ver la obra de nadie.

Tú serás grande, — positiva, categóricamente grande, — cuando seas como el mar, como el sol, como una noche estre llada, que no despiertan nada más que admiración; hasta ese lejanísimo día no consientas coronaciones ni arcos triunfales.

ALMAFUERTE

de niños sería una delicia... El hombre que no pasara de niño sería eternamente dichoso... ¿Por qué? Porque nunca se haría cargo de la maldad que le rodeaba. Viviría viendo flores, aspirando su aroma, escuchando sus palpitaciones, gustando su miel, acariciando sus pétalos... ¡no se haría cargo de que aquella rosa se marchita a la caída de la tarde...! Encontraría una nueva más lozana y fresca.

Este es mi programa. A todos y a cada uno conviene que el don de hacerse cargo desaparezca para siempre. El hombre, no puede, no debe ser perfecto hasta tal extremo. Esa perfección es el germen de su desgracia. Preferid entre ser felices o perfectos.

He dicho."

Excusado nos parece añadir que

municación en la que se le daba cuenta detallada de lo acordado en la magna reunión y se le pedía referendase el decreto por el que quedase abolido en el mundo el sexto sentido, sentido común, el de hacerse cargo o como quieran ustedes llamarle.

Como todo lo que no sean oraciones es difícil que llegue a los pies de Dios sin detenerse antes por complicados departamentos en los que los bienaventurados estudian con detenimiento lo que es digno de pasar a Dios y lo que no merece honor semejante, para evitarle muchas veces disgustos que como padre amantísimo habría de tomarse al ver la perfidia y maldad de sus hijos, la solicitud a que nos referimos no pasó de la portería, donde el venerable San Pe-

Curiosidades

El ectópago es el monstruo compuesto de dos individuos que tienen un ombligo común y están reunidos en toda la extensión del pecho.

Morse que inventó el telégrafo, y Belle, inventor del teléfono, casaron con mujeres sororistas.

La mosca linterna de Sud Africa se considera el rey de los insectos luminosos por su extraordinaria irradiación.

Según afirma un sabio francés, en cada beso hay 40.000 microbios.

Cerca del 98 por 100 de los habitantes de China son analfabetos.

Se cree que hace siglos ya empleaban los indios la vacuna y la anestesia.

Los lenguados son peces planos que nadan de costado. El lado superior del cuerpo es de color obscuro y el inferior casi blanco. Esta es una coloración protectora. Visto desde arriba es difícil distinguir el pez, porque se confunde su color con el de la profundidad del mar, y visto desde abajo, el color casi blanco de ese lado del pez se confunde con la claridad del agua de la superficie a la luz del día.

Entre las muchas originalidades presentadas en la Exposición americana de Georgia, figuró una cafetera, construida de hojas de tabaco, el producto de una de las comarcas del Estado. Cuando el aromático líquido caía de ella, la admiración del público acrecía.

Un veterinario alemán, Siegmund Spundorf, ha abierto en Berlín un instituto de belleza para perros, en donde a los simpáticos animalitos se les arregla la nariz, la boca, las orejas, los ojos y hasta se les cambia el color del pelo empleando tinturas "indelebles" y que pueden lamerse sin peligro.

Según Quatrefages, una goloudrina no sacia su hambre devorando mil moscas al día; una pareja de gorriones lleva a sus hijuelos 4.300 orugas o escarabajos por semana y un pato silvestre 300 diariamente.

La mayor producción mundial de salitre pertenece a la República de Chile.

En la isla de Trinidad existe una enredadera que al aprisionar fuertemente los árboles los priva a veces de la vida.

Una ostra produce 400.000 huevos al año, de los cuales 400 llegan a madurar.

Se llama monda (del latín, mandus cereris, cesta que se llevaba llena de panes a los sacrificios de Ceres) a la ofrenda de cera que algunos pueblos cercanos a Talavera de la Reina hacen, con ceremonias, a la imagen de Nuestra Señora del Prado, de dicha población, el tercer día de Pascua de Resurrección.

Se conocen más de cincuenta especies de camaleones, de las cuales, la mitad se encuentran en Madagascar.

Las aguas del gran salto del Labrador han excavado un abismo de más de mil metros.

En Japón y en China existen mil cuatrocientas variedades de arroz.

La tortuga blanda, especie desconocida hasta hace pocos años, es muy interesante por ser el único reptil sin costillas, habiendo sido absorbido el caparazón por el cuerpo. Esta tortuga, que puede encogerse hasta situarse en las anfractuosidades de las rocas, es muy activa y ligera, y el grueso de su cuerpo, que es muy plano tiene aproximadamente cinco centímetros.

Algunas plantas tienen a raíz de sus hojas vasos llenos de agua, infranqueables para las hormigas. Otras poseen órganos pegajosos como si les hubiesen puesto goma.

Los pedúnculos de las flores del sauce son tan resbaladizos que no hay hormiga que los pase sin caerse.

Así se defienden las plantas de sus enemigos.



Tan necesarias como los Dientes para Comer

El estreñimiento (sequedad de vientre), del que casi todo el mundo padece, es más que una simple dolencia y puede tener consecuencias graves.

El estreñimiento proviene de la deshidratación del contenido intestinal, la que origina materias duras y secas difíciles de eliminar. Este estancamiento prolongado del contenido intestinal favorece el desarrollo de bacterias cuyas toxinas obran por parálisis volviendo perezosos a los músculos del intestino.

Es necesario evitar el estancamiento haciendo funcionar todos los días el intestino.

PARA ESO ESTAN LAS PASTILLAS

SANTEÍNA

(DIOXIDRIFTALOFENONA)

que son, para los estreñidos, tan necesarias como los dientes para comer, pues si no desaloja diariamente su intestino pueden sobrevenirle dolencias graves.

La Santeina es un laxante agradable, suave y seguro que siempre obra igual sin producir acostumbamiento. A dosis de una es laxante, tomando dos es purgante. Puede tomarse a cualquier hora, no requiere cuidado alguno.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO
Sarmiento y Florida

Buenos Aires

Procesión del Corpus Christi

El intendente municipal, señor José Luis Cantilo conduciendo el guión durante la solemne procesión del Corpus Christi, realizada alrededor de la plaza de Mayo.



Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres

En el jardín de invierno del Plaza Hotel se realizó la sesión de homenaje a la patria, organizada por la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres. — Vista parcial de la concurrencia que asistió al interesante acto, en el cual disertó la señora Emina Pietranera de Mesquita. — En primera fila aparecen el embajador del Perú y el ministro de Alemania.



Aniversario de la muerte de Garibaldi



Alumnos de las escuelas de la Sociedad Colonia Italiana y parte del público que se congregó al pie del monumento a Garibaldi para rendir homenaje al caudillo en ocasión de cumplirse el 47.º aniversario de su fallecimiento.



NOTAS DEPORTIVAS

Atletas paulistanos y argentinos que tomaron parte en el torneo atlético organizado por el Club de Gimnasia y Esgrima y llevado a efecto en el campo de deportes de la mencionada Institución



Domingo Bucci, reputado volante que triunfó en la carrera de las quinientas millas argentinas, dirigiendo coche Hudson y Carlos Zatuszek y su acompañante Julio Bernt, que ocuparon el segundo puesto en la llegada piloteando un coche Mercedes.



Componentes del team Combinado de Capital que venció al Chelsea en el partido internacional de football, recientemente disputado, mediante un score de 3 a 2 goals



Integrantes del equipo inglés Chelsea que cayó derrotado por Combinado de Capital durante el encuentro realizado en la cancha de River Plate



El centre-forward inglés atajando un peligroso tiro de Tarasconi, frente al arco de los británicos

El pequeño volante Gerardo Mantovani campeón, en dos carreras de autos infantiles a cadena, realizadas en la avenida Costanera.

Información gráfica del interior



RUFINO. — Vista parcial de los comensales que asistieron al banquete servido en honor del presidente de la Federación Agraria Argentina de Rufino, don Esteban Piacenza



SAN RAFAEL (Mendoza). — El interventor federal señor Carlos Borzani y personas que le acompañaban durante la visita que efectuó al establecimiento vinícola de la sucesión del señor Luis Tirasso.



FORMOSA. — Miembros que integran la comisión directiva del Club Sportivo Patria, que preside el señor Ernesto J. Montero



Concurrentes al Tedeum oficiado en conmemoración del quincuagésimo aniversario de la llegada de los primeros colonos a Formosa



ALEJANDRA. — Terraplén en construcción de 9 metros, talud 1:1 en el camino nacional de Alejandra a Calchaquí



Señor Luis Heredia Vidal, sobrestante de las obras.



Puente oblicuo de 25 metros de luz, de madera dura, 6 m. entre guardarruedas, 5 tramos sobre el arroyo "Dientudo", que también se halla en construcción

Fots. Della Mattia, Pl, Román y Espinosa Hermanos.



Dib. de P. Rojas

(Continuación)

CAPÍTULO XVI. Sueños de grandeza

El tiempo era delicioso. Encastré sobre el montón de ramillas y de tamaras que formaban una especie de cúpula inmensa encima de la ciudad de las hormigas, y desde aquella atalaya fijé los ojos en cuanto me rodeaba.

¿Qué diferencia entre las impresiones de aquel momento y las de la víspera! Al ver nuevamente el bosque iluminado por los rayos del sol naciente, y el hormiguero despojado del aire siniestro que le daba la dudosa claridad del astro de la noche, no pude menos de reirme del terror y de las lúgubres reflexiones que me habían inspirado. —¿Cómo varían nuestros juicios, decía para mí, según las circunstancias, según la hora del día según el frío o el calor que hace,

AVENTURAS DE UN GRILLO

(POR EL DR. ERNESTO CANDÉZE)

por el que demostraba tan felices disposiciones. El aislamiento a que más tarde me condenó la aversión de mis hermanos, favoreció, hasta cierto punto, mi estudio predilecto, de suerte que en poco tiempo puede decirse que fui maestro. Nadie me ganaba en el arte de dilatar un arpegio, ni tampoco tenía igual en el manejo del trémolo. Sabía lanzar una nota a punto, pero en lo que no tenía rival era en dar el do de pecho.

Invitado, como he dicho, por algunas hormigas para que cantara, hallábame tanto más dispuesto a complacerlas cuanto que hacía dos días que no había tenido ocasión de entregarme a mi pasatiempo favorito.

Hice una señal para indicar que iba a empezar el canto, y luego, preludiando algunas notas rápidas, mezcladas de gorjeos sonoros, empecé un canto suave y delicado, una especie de melopea arrulladora, destinada a sumir el espíritu de mis oyentes en ese estado peculiar de languidez que todo cantor hábil trueca a voluntad en entusiasmo expansivo y ruidoso.

Al poco rato, animándome por grados, lancé algunos brillantes adagios, luego mis más estridentes trinos, y mis notas fugitivas pasando del tono grave al agudo, resonaron hasta los confines del bosque.

Paulatinamente las hormigas habían ido interrumpiendo sus labores y se habían acercado al sitio donde yo estaba; las expedicionarias deteníanse y retrocedían, y las que aun no habían salido del hormiguero, al oír aquel canto inusitado, salían en tropel por todas las puertas de la ciudad, a fin de conocer al autor de tales melodías.

En un instante vine rodeado de inmensa multitud. Notando este movimiento algunas mariposas, moscas y abejas que estaban pillando los alrededores, acudieron allí y empezaron a revolotear encima de nuestras cabezas, para indagar el motivo que había obligado a las hormigas a salirse de sus casillas.

Podía darme por satisfecho, pues el éxito alcanzado era inmenso.

Con todo, tuve el suficiente tiempo de detenerme a tiempo, pues

de otra suerte indudablemente se hubiese entibiado el entusiasmo de mi auditorio. Lancé, pues, al viento algunos trinos más suaves y melodiosos, luego dí el do de pecho, terminando el canto con una especie de gorjeo que estaba seguro había de dejar satisfechos a mis oyentes.

Y en efecto, así fué, ya que al acabar mis melodías el entusiasmo de las hormigas se trocó en delirio. Corrieron todas presurosas hacia mí, y en un santiamén me levantaron: desliziéndose algunas debajo de mis patas, llévaronme en triunfo. No se lo que hubiera pagado en aquel momento porque la araña hubiese presenciado la escena que acabo de describir.

Era indudable que en lo sucesivo sería querido y respetado por todas las hormigas; de consiguiente, podía quedarme allí con el empleo de músico ordinario y extraordinario de la república, y ten-

dría cuanto deseara. Confieso que no era cosa de despreciar una serie de ovaciones como la de que acababa de ser objeto: no me cabía duda de que sería bien cuidado, tendría buena mesa y azúcar a discreción. Un pueblo melómano y justo apreciador de talento, acababa de demostrarlo el de las hormigas, por fuerza había de hacer todo lo posible para no desprenderse de un artista como yo. ¿Y quién sabe si algún día las hormigas, cansadas de vivir en república, se acordarían de mí? . . .

¿Y por qué no? ¿Acaso no valía yo tanto como la primera de ellas para ceñir en mis sienas la corona real? Hasta me juzgaba superior, muy superior a mis compañeras: en primer lugar, era más corpulento, y luego tenía un aire de dignidad que ninguna de las hormigas poseía en tan alto grado. Pertenecía a otra raza; por mis venas circulaba otra sangre, lo cual, como es sabido, no es cosa de despreciar. Y sobre todo (para mí este era el principal motivo que debía inclinarme a distinguirme) las serviría de diversión. Verdad que mis conocimien-

tos en política, en administración y en achaques de guerra eran bien limitados, por no decir nulos, pero ¿acaso ellas lo sabían? No necesitaba proclamar mi ineptitud a son de trompeta; bastaría que durante las deliberaciones me mantuviese callado, limitándome a mover de vez en cuando la cabeza, lo cual me daría un aire de grillo reflexivo, prudente, y me colocaría en la categoría de los sabios más profundos, que por no errar nada dicen. En los asuntos de la milicia dejaría que se despacharan a su gusto; ninguna necesidad tenía de convertirme en héroe de sainete. ¡Hay tantos modos de ser grande! Yo me proponía serlo por obras de la paz. ¡Vaya, vaya, amiga araña! ¿Qué diríais si algún día llegaba hasta vuestros oídos que yo había sido proclamado rey de las hormigas? Y qué sorpresa para mis parientes, para mis hermanos indignos! ¡Cuán fácil me sería entonces vengarme de ellos, hacerles expiar duramente sus picardías! ¡Pero no, lejos de mi idea tan contrario a mi carácter! Me limitaré a ir en su busca, seguido de una pomposa escolta, a reunirlos en torno mío, y después de echarles en cara su mal proceder y de hacerles comprender que sólo a mis méritos debo el elevado puesto que ocupo, les otorgaré mi perdón. ¿Acaso la unanimidad del poderoso no es la más bella, la más noble, así como la más rara de las virtudes?

Después de dar gracias a las hormigas por las alabanzas que acababan de prodigarme, amonestélas para que reanudaran sus interrumpidas tareas, y despidiéndolas con un gesto lleno de dignidad, parecíame que ya empezaba a entrar en el ejercicio de mis nuevas funciones.

Tal vez los que lean estas memorias me tachen de ambicioso; pero antes de hacerlo les suplico lo reflexionen bien y que por un momento se pongan en mi lugar. Quisiera conocer al ser a quien no embriaga el aura popular, y que conserva entero su juicio y discernimiento en medio de las ovaciones de una multitud delirante. . . .

* * *

Poco a poco las hormigas fueron alejándose y volvíme a encontrar solo. Entonces me pareció conveniente dar una paseito por el raso, pues siendo el terreno bastante árido, puede decirse que tenía el paso franco.

Sin ningún trabajo llegué al límite del bosque, pero no me interné en él, contentándome con dar vueltas en derredor. De vez en cuando cruzaba un sendero formado por las hormigas y me entretenía viéndolas ir de acá para allá, pararse, hablarse entre sí y prose-

guir su carrera muy atareadas, cual cargando un fardo, cual arrastrando algún objeto pesado.

Durante aquel paseo presencié un hecho que me interesó en el más alto grado.

Al dar vuelta a un zarzal, mi olfato (debiera decir mis antenas, ya que según Meg nosotros olemos por las antenas) sintióse muy molestado por un olor a cadáver que la brisa llevaba hasta mí, no tardando en descubrir de donde provenían tan fétidas emanaciones. A pocos pasos yacían los restos de un turcón que, gracias al calor se hallaba en estado de descomposición. Disponíame a dar un rodeo para librarme de tan repugnante y nada saludable espectáculo, cuando me pareció ver el cuerpo de un animalito que se estaba moviendo. Detúveme sorprendido, diciendo para mí que sin duda acababa de ser víctima de una ilusión, pero nuevamente se movió el animalito. Esto me confirmó en

tan mala pasada. No se ve ninguno: por aquí.

—Siendo así, puedes partir, amigo mío, contestó la voz subterránea; pero te suplico que vuelvas a la mayor brevedad posible.

Y al momento el coleóptero desplegó sus alas, elevóse por el espacio y desapareció de mi vista.

* * *

Aquellas palabras cogidas al vuelo me intrigaban en gran manera. Coloquéme de suerte que no llegasen hasta mí las emanaciones pestilenciales, y habiéndome acercado un tanto al cadáver del turcón, vi salir debajo de él otro escarabajo parecido al que acababa de desaparecer.

Al principio no me vió, ya que estaba examinando el cadáver con la mayor atención. Encaramóse en él y lo recorrió completamente: hubiérase dicho que lo estaba midiendo.



C. RENARD

mi primera idea. Y lo particular del caso era, que parecía que el animal que se movía fuese aquel que yacía sin vida a corta distancia y que tan mal olor despedía.

Hallábame perplejo tratando de desembrillar mentalmente aquel misterio, cuando ví salir de debajo del cadáver un coleóptero bastante grande, negro como la noche, si bien la extremidad de sus antenas era amarilla y sobre el lomo tenía dos fajas color anaranjado.

—¡Uf! exclamó sacudiéndose y dirigiéndose al parecer a otro insecto que yo no veía: la tarea es demasiado ruda para nosotros dos: vamos a buscar quien nos ayude.

—¿Crees acaso, respondió una voz que hubiérase dicho que salía debajo del cadáver, que anda por estos contornos algún amigo?

—Aguardadme aquí, repuso el primero que había hablado; voy a verlo.

—Pero, observó el otro, ¿y si mientras tú estás fuera alguno nos escameotea el cadáver?

—Nada temas, amigo; es de día, y solo los gajos podrían jugarlos

—¡Diablo! murmuraba el escarabajo; ¡ruda va a ser la faena! Con tal que el compañero encuentre algunos amigos... Es inútil pensar en nada si no somos siete u ocho... Qué fortuna para nuestros hijos! Más, ¡o repito, la faena será ruda.

En aquel momento notó mi presencia, y después de mirarme sin decir esta boca es mía, deslizióse hasta el suelo, donde se mantuvo acurrucado en espera de su amigo.

Por mi parte tenía vivos deseos de saber lo que estaban maquinando aquellos dos insectos con respecto al cadáver que yacía tendido y que tan bien custodiaban para que no les fuese robado. ¿Por qué uno de ellos había ido en busca de auxilio y que género de servicios aguardaban de sus amigos?

Comprendo que el uno hubiese dicho, si su intento era comerse los restos del turcón: "El festín es demasiado opíparo para dos insectos como nosotros; así pues, vamos a convidar a alguno de los nuestros."

(Continuará)

Actualidades Cinematográficas



Reginald Denny y Olive Hasbrouck en una escena de "Por la vía láctea", cinta Jewel que la Universal exhibe desde la anterior semana.



Oliven Borden y Huntley Gordon en "De las cenizas del mal" que la General estrenará mañana.



Ramón Novarro y May Mc Avoy, en el grandioso espectáculo "Ben Hur", que la Metro-Goldwyn-Mayer comienza a exhibir.



El espectáculo
más grande
del siglo

Metro - Goldwyn - Mayer



Leatrice Joy y Kennet Thompson en "El caso Belamy", película que la Metro-Goldwyn-Mayer estrenará el próximo domingo.



Lois Moran y George O'Brien en "El verdadero cielo", cinta que la Fox exhibe desde la anterior semana.



Leatrice Joy y Albert Valentino en "Locura del trópico", que la New York Fil exhibe desde el jueves próximo.

BEATIFICACION DE DON BOSCO



El venerable don Juan Bosco, fundador de la Pía Sociedad Salesiana y gran benefactor de la niñez, cuya beatificación acaba de realizarse en Roma con toda solemnidad

Demostración al doctor Liceaga



Con motivo de su reciente designación de miembro del Consejo Nacional de Educación, el doctor Félix J. Liceaga fué objeto de una demostración de simpatía por parte de un grupo de maestros del Azul, residentes en la capital. El acto, que se llevó a efecto en la confitería del Molino, consistió en un te servido en su honor y fué ofrecido por la señora Justa Gallardo de Salazar Pringles en un conceptuoso discurso. — Vista parcial de los concurrentes a la demostración.

Nueva línea de vapores



El "Northern Prince", vapor con el cual se inaugura la nueva línea rápida entre Nueva York y Buenos Aires, entrando a la dársena Norte. — Dicho buque es uno de los cuatro destinados a dicho servicio marítimo.

Sociedad Austriaca



Un aspecto del baile social con que la Sociedad Austriaca de Buenos Aires, festejó el quinto aniversario de la fundación de la mencionada asociación

Gente menuda



Esthercita Silva



Señora Etel Roses de Azcueta y su hijito Rodolfo



Jorge Alfredo de la Plaza



Señor Intendente:

EL TEATRO FLORIDA Y SU CABARET CONTINUAN SIENDO UNA LACRA DE
INMORALIDAD INCRUSTADA EN PLENA URBE. — OTROS CASOS POCO
EDIFICANTES

LA INTERVENCION A LA INSPECCION MUNICIPAL DE TEATROS FUE ANTICI- PADA POR "FRAY MO- CHO" HACE YA TRES ME- SES

Ha sido intervenida la Inspección Municipal de Teatros. Consignemos el hecho, no a título meramente informativo sino como una demostración oportuna de que el gobierno de la comuna satisface ampliamente las necesidades de la población. Necesidad era, pues, y de las más sentidas, que se modificara la dirección de la dependencia, en cuyas manos está el control moral y material de los espectáculos públicos y que, no obstante la trascendencia social de su misión, no se ajustaba a ella con el celo y la rectitud que correspondía.

FRAY MOCHO anticipó hace ya tres meses la suerte que habría de tocarle a la Inspección Municipal de Teatros en virtud de su negligencia típica y del criterio arbitrario que primaba en todas sus gestiones. En efecto, comentando cierto género de espectáculo actualmente en boga, y la sugestiva circunstancia de que el elemento desalojado de los cafetines sinuosos del antiguo Paseo de Julio hallara fácil acceso en locales instalados en la Avenida de Mayo y en la calle Corrientes — como una afrenta a la moral ciudadana y a la preocupación de nuestras autoridades — advertimos que la Inspección Municipal de Teatros estaba en el deber de tomar ingerencia en el asunto y resolverlo de consiguiente, en defensa de los intereses comunes. Los funcionarios principales de esa dependencia consideraron la apreciación de FRAY MOCHO fuera de lugar, y, respondiendo quien sabe a qué veladas influencias, juzgaron con igual desdén las razones en que abundó la prensa en general confirmando nuestras expresiones. Por cierto que no fué este el único motivo de la sanción superior que acaba de recaer sobre la Inspección

Municipal de Teatros. Antes y después del caso concretado por FRAY MOCHO se acumularon contra los encargados de velar por la salud moral y la buena organización de los espectáculos, una larga serie de cargos a cual más graves y a los que se agregó, finalmente, la protesta espontánea y terminante del Presidente de la República.

Recién en último trance, cuando iba a venir del gobierno superior la indicación de las medidas de orden general que habría que adoptar, la Inspección Municipal de Teatros se apercebió que no cumplía con su misión, que, por su incapacidad o por su incompreensión, el público de Buenos Aires se hallaba expuesto a todos los excesos en perjuicio de la moral colectiva.

EL CASO FLAGRANTE DEL TEATRO FLORIDA Y DEL CABARET INMEDIATO

La intervención dará, seguramente los frutos que se esperan de ella: una mayor dedicación a los intereses de la comuna y un mayor reconocimiento a la obra de profilaxis moral que realiza la prensa.

FRAY MOCHO se refirió, por ejemplo, en anteriores números, a las gresecas nocturnas de cabaret y a las protestas del vecindario honesto que, cansado de recurrir a la policía, apelaría en conjunto ante el Presidente de la República. Pues, bien: nuestra denuncia no fué tomada en cuenta por esa dependencia a pesar de competirle el asunto en el carácter de sala de espectáculo que se asigna a los cabarets. He aquí que la apatía o tolerancia de la Inspección Municipal de Teatros fué causa de diversos sucesos dramáticos, entre otros de los producidos en el Teatro Florida y en el cabaret inmediato. Primero, el suicidio de una persona que parece haber sido víctima indirecta de la gentuza que se alberga noche a noche, en dichos locales; luego, la agresión a un mozo de servicio por un jockey de mala

fama que concurre habitualmente al lugar. En ambos casos la policía no procedió con la enérgica diligencia que se requiere, ni la Inspección Municipal de Teatros entendió que debía proceder a la clausura por violación de las ordenanzas de espectáculos públicos. La clausura del Teatro Florida se realizó, sí, durante dos veces consecutivas pero sin consecuencia práctica alguna. Si la Inspección Municipal de Teatros cerró repetidamente el Teatro Florida a raíz de las obras incalificables de pornografía y chabacanería que se representaban en escena, no por ello el espectáculo cambió de naturaleza. Al contrario: la prontitud con que se eludieron aquellas resoluciones, dió ánimo a la empresa para recrudecer en las manifestaciones deshonestas del espectáculo.

La verdad es que el Teatro Florida, donde actúa una compañía que no tiene escrúpulos en que muchas de sus figuras femeninas compartan la escena con el "recorrido" del cabaret, es, en estos momentos, una lacra moral, incrustada en plena urbe, en el lugar sendo aristocrático de que presume Buenos Aires.

La debilidad que caracterizó siempre a la Inspección Municipal de Teatros permitió todo esto, como una burla, precisamente, a las determinaciones que asumiera en las dos oportunidades referidas.

HAY QUE SUBSANAR LOS ABUSOS DE LA EMPRESA DEL TEATRO FLORIDA... Y OTRAS EMPRESAS

En manos de una intervención de claro discernimiento y animada de buenos propósitos en beneficio de la salud moral de la población, creemos superfluo decir que la Inspección Municipal de Teatros hará que cese la vergüenza de la Galería Güemes. El Teatro Florida y el cabaret que le sigue no pueden subsistir en el grado de corrupción de sus funciones actuales. En el escenario y en

los reservados actúa una misma empresa y una misma compañía que parecen haberse compenetrado perfectamente en el espectáculo de inmoralidad que sostienen. Mientras se agobió de exigencias a las empresas de teatro honesto, aplicando las ordenanzas con un criterio a menudo harto suspicaz e interesado, se dejó que el Teatro Florida prosiguiera el curso de su temporada, que, a favor del público vicioso que allí concurre, se sucede sin interrupción. Con desmedro de la salud moral de la población se hace, pues, un negocio pingüe que las autoridades en comisión de aquella dependencia contemplan, siempre, con la tolerancia y el estímulo que, por razones elementales de conciencia, debieran reservar para las empresas de espectáculo decente. Pero no sólo la Inspección Municipal de Teatros tiene que hacer allí. También a la Policía le toca realizar una obra de profilaxis enérgica. En los altos de la Galería Güemes funciona, además, un café de dudosa índole al que concurren centenares de mujeres e individuos cuyos medios de vida registran los archivos del Departamento. ¿Por qué las frecuentes y saludables razzias policiales no llegan a ese café? ¿O pretenderá la Policía que no lo conoce? Por otra parte, insiste FRAY MOCHO en su prédica contra los locales de la Avenida de Mayo y la calle Corrientes que, en plena ciudad, reemplazan a los inmundos cafetines del antiguo Paseo de Julio. El "Parque Goal", por ejemplo, lugar concurrido por elemento insanable y que es una afrenta en la arteria principal de Buenos Aires. Su dueño, bien conocido, ciertamente, que está ahí y que no saldrá de ahí porque lo apañan "altas personalidades políticas". Cuando esto llegue a oídos del Presidente de la República nos barruntamos que los tales personajes tomarán las de villadiego...

El otro día, una mujer vieja, que quería atravesar la calle de "Entrepots", en la Puerta de Gignancourt, en París, giró sobre sí misma y cayó. Acababa de sufrir un ataque de congestión. ¿Cuál era su nombre? ¿De dónde venía? Los pasantes la reconocieron bien pronto:

—Es Luisa Weber, "La Goulue".

Había caído, vencida por el frío, el hambre y la fatiga, la antigua reina de la famosa cuadrilla.

Un perro sin raza, "Rigoló", su último compañero, inclinándose sobre ella, acariciaba con su lengua cálida el rostro tumefacto.

Algunos compasivos fueron a buscar, a veinte pasos del accidente, en la caseta rodante en que "La Goulue" terminaba su vida miserable, con qué vestirla confortablemente. ¡Penoso espectáculo! Aquella a cuyas puertas se reunía antiguamente, en grande tumulto, la juventud dorada, la gran cortesana por quien el Gran Duque Alexis y el Príncipe de Gales hicieron mil locuras; aquella que imperó, diosa de la danza, en el Hotel de la Paiva, habitaba un misero rincón, lleno de fierros viejos y casi carecía de lecho.

La transportaron al hospital. Allí murió, después de diez largos días de agonía cubierta de llagas y de sangre. Luego salió para el cementerio. Apenas seguían su convoy fúnebre algunos desocupados, después de que ese cuerpo, en otros tiempos, tan entusiastamente admirado, pasara por el primer infierno de los pobres: el anfiteatro.

De la Casa Correccional a la gloria.

Nació el 13 de julio de 1866, en Alsacia. Su padre era un pobre herrero de aldea. Su madre vendía quesos, en los mercados.

Todavía era muy joven cuando quedó huérfana. El consejo de familia, que no tuvo sino una preocupación: deshacerse de ella lo más pronto posible, la confió a uno de sus tíos, cochero de "fiacre", que le daba más puntapiés que pan.

Bonita, el talle delgado, la pier-

na bien hecha, Luisa Weber, aunque solamente tenía 13 años, se convirtió bien pronto en la gran atracción de las "fortificaciones".

Con frecuencia hacía largas escapatorias que terminaban en la barraca leprosa de algún joven truhán. Su tío tenía que ir a buscarla. A medida que iba creciendo sus fugas se renovaron, tanto, que sus tutores, crueles como eran todos en aquel tiempo, la encerraron en una casa correccional, de don-

gusto a la bohemia. Los pintores — costumbres fáciles, pero buen corazón — tenían piedad de la pequeña hambrienta y la llevaban a comer al "Bon Bock", alegre sitio de reunión de todos los camaradas. Luisa Weber respondía a sus ofrecimiento con tal premura, devorando todo lo que se encontraba a su alcance. Por eso le dieron el sobrenombre: "La Goulue", la glotona.

"La Goulue" no tardó en con-

y pasaba las noches bailando únicamente por placer. Se cubría con un sombrero de paja, comprado por 50 céntimos en el Mercado du Temple. Un cigarrillo de 5 céntimos, siempre en el extremo de la boca, completaba el personaje singular.

Valentín le Desossé había logrado encontrar dos compañeros famosos para su cuadrilla: "Grille de Esout", feo hasta dar miedo, y "Guibolard" los dos muertos, a quienes agregó a "La Goulue".

Donval, marido de la célebre cantatriz Teresa, que tenía un gran gusto por sus locuras, proyectó el hacerlos debutar en el "Alcázar", con un programa en el que figuraban Duparc, Anna Thibaut, Paulus, Derau, cantante transformista, y Dumay, cantante de los couplés más célebres.

El cuarteto, en su debut, constituyó una sensación. ¡Qué triunfo! En todo París no se hablaba sino de Valentín Desossé, y de "La Goulue". Su éxito aumentó a medida que se abrían nuevas salas de baile: el "Moulin Rouge", sobre la Place Blanche; el "Eliseo Montmartre", "El Casino de París", "Las Montañas Rusas" y "El Jardín de París".

No solamente es aplaudida, también se le imitaba — primera manifestación de la verdadera gloria. — Así nacieron a la

danza: "La Dinamita", "La Torpedera", "Semisifón" — que murió dando el paso característico de cuadrilla —, "Macaroná" y "Nini Pata en el Aire".

Fué sobre todo en el "Moulin Rouge", donde los cuatro compañeros conocieron sus más grandes éxitos. El viernes, día de gala, la sala era demasiado pequeña para las gentes elegantes que venían a complacerse en la admiración de sus piruetas canallas. Se veía en los palcos a los príncipes, los duques, los marqueses y también a los hombres más distinguidos de las letras y las artes: Jean Lorrain, Jean de Tinan, Renoir y Toulouse-Lautrec. "La Goulue" conoció su más helio día de gloria la tarde en que el Gran Duque Alexis de Rusia, amándola con un

La vida novelesca y trágica de "La Goulue"

Por Jean Francois



de no salió sino hasta la edad de 15 años.

Fué entre los hijos de Caín donde descubrió la poesía de la miseria y del vicio que la llevó, después de un triunfo pasajero, a un fin miserable. Entre ellos o en otra parte, el hecho es que a su salida de la casa correccional no se detuvo largo tiempo en el mundo de los traperos — al que durante 30 años no regresó — sino para satisfacer caprichos momentáneos, acogiéndolo más tarde como su último refugio.

¿Qué podía hacer una muchacha, convencida de su belleza, a la que todos se lo repetían y que tenía más gusto por el baile que por el trabajo? Luisa Weber se hizo modelo.

Atravesó los talleres, tomando el

vertirse en la reina de los bailes de Montmartre. En esa época la cuadrilla hacía furor. La bailaban en todas partes, en Maiville, Valentino, Bullier, en el "Moulin de la Gallette", "La Boule Noir", "La Tête de Cochon", "Le Cheval Blanc" y "High Life".

Tuvo la suerte de distinguirse en uno de esos bailes, con un famoso bailarín de cuadrilla, Valentín le Desossé, un curioso personaje. Muy delgado, muy alto, muy feo, se hacía notar, sobre todo, a causa de sus piernas, tan largas que cuando estaba a caballo sus pies casi tocaban el suelo. Tenía el rostro anguloso y frío. Era hermano de un notario de Sceaux, muy rico, que, después de haber dilapidado su fortuna, trabajaba durante el día para él y su hermano

grande y loco amor, quiso que danzara únicamente para él.

Esa noche, después del espectáculo, "La Goulue" fué conducida en gran cortejo al "Café Americano", donde la esperaban, agrupados alrededor del Gran Duque, todos los oficiales del Estado Mayor del Zar. Se formó un círculo y "La Goulue", impúdica Circe, levantando el pie más alto que la cabeza, comenzó a bailar en un vuelo de listones y de encajes.

Desde entonces estuvo asegurada su fortuna. Los grandes señores y los reyes se disputaron el honor de ser presentados. Se amuebló, para ella, el hotel de la Paiva. Tuvo las más espléndidas alhajas, los vestidos más bellos, las más suntuosas pieles, el trono de caballos más sensacional.

Eduardo XII, entonces Príncipe de Gales, Leopoldo II, Rey de Bélgica, hicieron de ella su compañera de fiestas. Juntos iban a los cabarets de los Mercados Centrales y ahí, en una sola noche, "La Goulue" hizo correr hasta cinco mil francos de champaña. En esa época, Eduardo VII la llevó a Niza, durante las fiestas del Carnaval, y la hizo aparecer, sobre un carro dorado, en el desfile, representando al "Moulin Rouge".

La domadora.

Recibía entonces 800 francos mensuales en el "Moulin Rouge"; pero esta suma ridícula — no es necesario decirlo — no constituía sino una débil parte de sus ingresos. Sin embargo, cuando Oller, que todavía vive y sucedió a Zidler en la dirección de aquel teatro, deseara de hacer economías, decidió disminuirle el sueldo, "La Goulue" se enfurruñó y respondió no apareciendo más en el célebre baile que le diera su joven gloria.

Tal vez se daba cuenta — un poco inconsciente — que la moda de la cuadrilla comenzaba a pasar y que era necesario renovarse para perdurar. Tal vez, también, caprichosa belleza, quería regresar al medio de los comerciantes de las ferias, entre los que, según se dice, conoció su primer amor.

Uno de sus adoradores le compró una barraca foránea, en la feria de Neuilly, para aparecer en compañía de Valentín. El gran pintor Toulouse-Lautrec había decorado la fachada de esta barraca que causó, naturalmente, sensación. "La Goulue" convocó a todos los que habían escrito sobre ella. Se sirvió una cena y champaña en una jaula, en medio de los animales más peligrosos. Valentín le Desossé cumplía con las funciones de director del servicio. Y "La Goulue" bailó...

De esta época, la poca previsora cigarra no había guardado sino buenos recuerdos. Hablaba con frecuencia de su león "Champion", al que quería tanto que lo hizo su compañero de sueños, dándole ella

misma el biberón. Evocaba también la imagen de su fiel "Mene-lik", de su leona "Coralia" que fué pensionista del Jardín de Plantas y con la que jugaba salvajemente, abriéndole el hocico para meter adentro la cabeza; sirviéndose de sus garras como de una borla para ponerse el polvo.

Víctima de las fieras.

Fué la leona "Coralia" la que

ESTRATEGIA CHINA

El Gobierno chino recibió de una fábrica de armas europea trescientos mil fusiles de un nuevo modelo, y ordenó que cada uno de ellos llevara tres cascabeles. Y así fué cómo una mañana de septiembre sonaron novecientos mil cascabeles en la vasta llanura de Lao-Tsin.

El generalísimo Hang-Hang, seguido de una brillante escolta, se dispuso a ordenar que empezase el combate.

Entre los reporteros de guerra iba mi amigo Saladier, redactor militar del periódico "El Cultivador de abejas", que seguía con gran atención las operaciones porque ignoraba por completo la estrategia china.

El general Hang-Hang ordenó:

— ¡Yu-Tchi!

La orden fué repetida por el general T-Tzing; luego, por el general Tao-Pe, y así por todos los jefes. Las tropas se pusieron en movimiento, y de nuevo sonaron en la inmensa llanura los novecientos mil cascabeles.

Hang-Hang ordenó de nuevo:

— ¡Nao-Tchin!

O sea:

¡Formar a la derecha de la Caballería!

Los generales repitieron: "¡Nao-Tchin!" Y el ejército chino formó en línea de comba-

dole la oreja. Los primeros esfuerzos para auxiliarla resultaron inútiles. Uno de los adoradores de "La Goulue", que se encontraba en primera fila, loco de terror, pasó sus manos a través de los barrotes para tirar al león de la cola. Varias mujeres se desvanecieron. Al fin, sucumbiendo bajo los golpes del domador, "Negus" se rindió. Pero "La Goulue", seriamente herida, quedó desfigurada para siempre.

Sin embargo, continuaba apare-

te, a lo largo del río Hu-Hu-Han, frente al ejército japonés.

En aquel momento mi amigo Saladier estaba junto al generalísimo. Un granito de arena le entró en la nariz y le hizo estornudar con estrépito. (¡Atchiss!)

Entonces los generales Ti-Tzing y Tao-Pe gritaron:

— ¡Ha-Tchiss!

Todos los jefes repitieron: "¡Ha-Tchiss!", y antes de que den contraria, el ejército hizo Hang Hang pudiera dar la orden un movimiento que lo colocó bajo el fuego directo de la artillería japonesa. En menos de un minuto treinta y cinco mil chinos cayeron muertos en el campo de batalla.

El resto del ejército se batió en retirada, y sólo quedaron sobre la arena los treinta y cinco mil cadáveres. Todos tenían hermosas trenzas de pelo para que el ángel chino de la muerte pudiera llevarlos cómodamente al otro mundo.

Pero el ángel de la muerte no se apresuró, y se le adelantaron Harvey, Fim y Compañía, comerciantes en pelo, de Shanghai, que llegaron con varios camiones y cortaron tranquilamente las treinta y cinco mil trenzas.

Tristán BERNARD

AQUI "LA GOULUE" célèbre del MOULIN ROUGE

decía un cartel. Y en la sala, "La Goulue" se hartaba de vino rojo.

Poco después la vieron a la puerta de los cabarets y del baile famoso en aquella sala, de donde su nombre se había esparcido a los cuatro rineones del mundo. Vendía chocolates a las cortesanas. Algunos periodistas quisieron introducirle, una noche, al baile del "Moulin Rouge", con la esperanza de que recobrara su alma antigua. El vigilante se negó a dejarla pasar.

Sin embargo, entró gracias a los buenos oficios de Mlle. Mistinguett, a la que conmovió una tan triste decadencia. Era un motivo de piedad para las pobres muchachas nocturnas, cuando abría un álbum, testimonio de su esplendor pasado, en el que estaba representada, conquistadora, con sus vestidos fastuosos. A veces, un consumidor generoso, reconociéndola, le ofrecía de esos vinos, de los que ella había perdido el gusto, pidiéndole, en cambio, que relatarla su vida. Era muy raro que "La Goulue" aceptase. Sin embargo, algunos de nosotros le oímos recordar, alguna vez, las fiestas del carnaval cuando, sobre un trono adornada y coronada como una reina, era la admiración de la multitud que, gritando, la aplaudía: ¡Viva "La Goulue"! ¡Viva la Reina de los bailes! Mis antiguos camaradas gritaban: ¡Buenos días, Luisa! Y mi corazón reventaba de alegría — decía ella.

Hace días pasé ante su carreta. Sus buenos vecinos rodeaban la esquela clavada sobre la puerta. Así supe sus verdaderos nombres: Viuda de Rexler, nacida Luisa Weber, conocida por "La Goulue".

— No hay que dejarla partir sin una corona — sugirió alguien.

Al lado del aviso mortuario instalaron una charola y escribieron con gris: "Al cuidado de todo el mundo: es una corona para "La Goulue".

Fuera de un sobrino, que se ocupó de sus exequias, "La Goulue", hija de las "fortificaciones", Reina de Montmartre, estrella de la danza, personaje inmortal de la obra de Toulouse-Lautrec, no conoció en su última hora, sino la caridad de los pobres que viven fuera de París.

UN FILANTROPO

Casero. — Buenos días, señor Limón. Vengo a cobrar el alquiler.

Limón. — Lo siento, pero en este momento no puedo pagarle a usted.

Casero. — ¡No hay que apurarse por tan poco! ¡No faltaba más! Voy a cobrar los pisos de arriba y en seguida volveré a que arreglemos la cuentecita. No es cosa de poner la pistola al pecho a inquilinos tan antiguos como usted.

la hizo conocer el miedo. Una noche cuando "La Goulue" procedía a sus ejercicios habituales, la leona se disgustó y la hubiese devorado si, en un movimiento salvador, "La Goulue" no le hubiera clavado un tridente en el hocico.

"Negus", famoso león de Abisinia, le hizo saber que no se juega impunemente con la ferocidad de un Rey del Desierto.

Para presentar a este animal, del que no conocía las costumbres, pues hacía poco lo había comprado a Bostok, imaginó danzar la famosa cuadrilla, mientras el león pasaba por encima de su cabeza.

Una noche, "Negus" se rehusó a saltar. Giró sobre sí mismo, mostrando sus garras. En vano el domador intentó dominarlo, utilizando el fuste y el revólver. Cuando "La Goulue" se extendía, con las piernas abiertas sobre el suelo, en el célebre paso de la cuadrilla, "Negus" saltó sobre ella, mordiéndole

ciendo en las ferias, hasta la guerra, educando a su hijo en el arte difícil de amaestrar fieras.

La desaparición de las fiestas foráneas, poco después del principio de las hostilidades apresuró su decadencia.

Un fin triste.

Envejecía. Un gran dolor acrecentaba su inclinación natural a la ebriedad. Su hijo Simón murió alcohólico, una noche que acababa de jugar, en un mal garito, los últimos francos que le quedaban a "La Goulue".

De su fortuna que se elevó hasta ciento veinte mil francos oro, no había guardado nada. Establecida en una casa rodante de la zona, que le alquilaban por veinte francos al mes, para subsistir tuvo que hacer todos los oficios: lavandera, trapera, después mendicante. Un empresario foráneo tuvo la idea de presentarla en su barraca:

No hay que creer todo lo que nos cuentan, dice Séneca. Unos desfiguran la verdad para engañar, otros, porque han sido engañados anteriormente. Escritores griegos y latinos de la antigüedad nos legaron errores de todas clases, aumentados en la Edad Media y posteriormente.

Nos ocuparemos únicamente de errores relativos a personajes célebres.

Rollin y casi todos los escritores modernos, aseguran que Dionisio el Joven fué maestro de escuela en Corinto; pero como esa opinión no se basa en ninguna prueba fehaciente, un erudito alemán del siglo pasado, Heumann, se atrevió el primero a discutirla. He aquí un relato muy concienzudo dado por él en aquella ocasión: "Heumann demuestra — dice M. Boissonade — que los historiadores de Dionisio silenciaron esa particularidad. Diodoro de Sicilia asegura que después de perder Dionisio su reino, acabó en la mayor pobreza. Si Dionisio hubiese sido maestro de escuela, ¿cómo Diodoro no lo menciona? Plutarco, hablando en dos ocasiones de la estancia de Dionisio en Corinto, tampoco menciona su escuela. Citaré la manera que tenía de vivir Dionisio en Corinto, descripta por Elías y traducida por M. Dacier:

"Dionisio pasó el resto de su vida en la mayor miseria, murió a edad muy avanzada y fué perdiendo poco a poco la vista por excesos en la bebida. Llevando en Grecia una vida miserable e ignominiosa, Cornelio Neposte (en su reseña de la vida de Timoleon) habla del destierro de Dionisio y de su miseria, sin decir palabra de que fuese maestro de escuela. Cicerón, en una de sus cartas a Papirius Patus, habla de la escuela de Dionisio como cosa incierta: "Dionysius tyrannus, cum Syracusis pulsus esset Corinthi dicitur ludum apernisse." Se expresa más positivamente en los Tusculanes: "Dionysius tyrannus expulsus pueros docebat." Cicerón, no siendo historiador, no necesitaba para el uso que hacía de este ejemplo, fuese rigurosamente histórico. En general se debe hacer una gran diferenciación (para la importancia de un relato y las consecuencias críticas que de él se pueda sacar) entre el historiador que re-ata exprofeso después de un detenido estudio y de rebuscas preliminares, y el filósofo, el poeta o el autor, que no dedicándose a escribir una historia, sólo emplean un hecho como ejemplo o testimonio.

Heumann — añade M. Boissonade — ha querido explicar el origen de ese cuento: Dice que alrededor de esa época vivía un gramático llamado Dionisio, que se dedicaba a la enseñanza. Heumann cree que la paridad de los nombres del tirano Dionisio y de Dionisio el gramático, dió lugar a esa ané-

dota del tirano de Syracuse, convertido en maestro en Corinto. Si se supiese con certeza en qué época vivió el gramático de Corinto y si por casualidad coincidiera con el destierro de Dionisio el tirano, la fábula del Tirano, maestro de escuela, se explicaría en seguida por la coincidencia de nombres.

* * *

Napoleón, en el Memorial de

sido verídica no se comprende cómo Polibio no refiere la parte que tuvo Escipión en dicha embajada; ni tampoco las contradicciones de Plutarco relatóndolo el hecho de dos maneras distintas en la misma obra. Todavía hay una porción de relatos de la historia antigua (como la holgazanería de Demóstenes y de Oracio) en que no estaban de acuerdo los escritores de aquella época.

* * *



—¡Qué hombres! Mi marido me prometió una sorpresa el día que supiese guisar, y entonces aprendí.
—¿Y cuál fué la sorpresa?
—Despedir a la cocinera.

Santa Elena expuso opiniones muy concretas sobre varios pasajes de la historia antigua (condenaba mucho las simplezas históricas ridículamente exaltadas por traductores y comentaristas). No tenían razón — decía — en alabar la continencia de Escipión y asombrarse ante la calma de Alejandro, de César y de otros porque durmieron la víspera de un combate. Esta hazaña ya han verificado muchos soldados y todo su heroísmo se basa en el cansancio que tenían.

Entre las muchas anécdotas apócrifas que se deben recusar, está la supuesta entrevista de Escipión y Aníbal, cuando enviaron los romanos una embajada a Antiocho el Grande. Tito Livio relata esa anécdota (sin garantirla) por una de Claudiano, el cual copió las memorias griegas de Acilio. Si hubiese

La historia del Bajo Imperio nos ofrece algunos errores populares. Uno de ellos la desgracia de quedarse Belisario ciego y llegar a la mayor miseria.

Lebeau, en su historia del Bajo Imperio, relata una tradición falsa relativa al matrimonio del emperador Teófilo, que sucedió a Miguel II en 829: "La fábula del matrimonio de Teófilo fué adoptada por algunos escritores modernos muy gozosos de encontrar en ese siglo semibárbaro un trozo de galantería romántica. He aquí el hecho: "Eufrosia, madre de Teófilo, queriendo casar a su hijo, ordenó traer de todas las provincias del imperio a todas las muchachas que se distinguiesen por su belleza. Cuando llegaron a Constantinopla reunió a todas en un salón del palacio real. La emperatriz entregó a su hijo una manzana de

oro para que se la entregase a la muchacha que eligiese por esposa. Estaban aquellas formadas en dos filas, vis a vis. El nuevo París, con la manzana en la mano, pasó entre las dos filas, deteniéndose delante de Icasia, pareciéndole que todas se borraban ante el esplendor de hermosura que poseía ésta. Al presentarla la manzana, fuese por falta de espíritu o por la admiración que le produjo, no se le ocurrió decirle más que estas palabras: "Las mujeres han causado muchas desgracias." A ese cumplido contestó Icasia: "También han causado mucho bien." Sin embargo, Teófilo, temiendo casarse con una muchacha que demostraba tanto espíritu, dió la manzana a Teodora. Esta fábula resulta vulgar y ridícula.

* * *

La historia de Francia contiene un gran número de anécdotas y de hechos falsos. Los historiadores modernos están de acuerdo, generalmente, al decir que Carlos el Simple, al ceder el reino de Neustria al normando Rollan, le casó con su hija Gisela. Esto último ha sido refutado por M. Liequet, autor de una Historia de Normandía.

M. Liequet asegura que Carlos el Simple no tuvo hijas. La historia dice que este rey estuvo casado dos veces; primero con Fredegunda, en 907, y posteriormente con Ogiva. Estando bien demostrado (por la proximidad de fechas) que Gisela no podía ser hija de ninguna de las dos y menos haber tenido edad para casarse en 911, en cuya fecha tenía Rollan setenta y cinco años y no se había casado. Además M. Liequet reúne los documentos históricos que demuestran que M. de Saint-Quentin y otros varios escritores, equivocaron a Rollan con otro normando llamado Godofredo, que fué el que se casó con una muchacha llamada Gisela, hija de Lotario.

* * *

Jaime de Armagnac, duque de Nemours, fué ejecutado por orden del rey Luis XI, en 1477. La compasión que produjo su suplicio dió lugar a una tradición que, relatada por Mizeray, Bossuet y Garnier, se ha tenido por verídica. Esos historiadores aseguran que los hijos menores del duque fueron conducidos debajo del cadalso de su padre para que se empapasen con su sangre. Ningún autor contemporáneo menciona este hecho.

Después de la muerte de Luis XI, el abogado Masselin, en nombre de los desgraciados huérfanos despojados de sus bienes, presentó una demanda a la Asamblea en 1483, sin mencionar esa crueldad, a pesar de no haber omitido nada que pudiese excitar la compasión de sus defendidos.

* * *

Hasta principios de siglo se ha escrito, refiriéndose a Francisco I, rey de Francia, que después de la batalla de Pavía, escribió a su madre esta única línea: "Todo se ha perdido menos el honor." No faltando quien se entusiasmase ante la sencillez y energía de ese apotegma tan lacónico. Por desgracia para la memoria de ese rey, Dulaure encontró en los archivos manuscritos del parlamento el texto de la carta dirigida por el rey a Luisa de Angulema.

Yo escribo para decirlos cómo sobrevivo mi infortunio, quedándome sólo el honor y la vida, lo cual en medio de nuestra adversidad os servirá de consuelo. Pedí permiso para escribiros, lo cual me concedieron muy gustosos.

Tengo esperanza de que Dios no me abandone. Os recomiendo vuestros hijos y los míos y os suplico hagáis que den paso al portador de esta misiva, que también va a España a ver al emperador para saber el trato que han de darme."

Entre las cartas históricas desnaturalizadas, varios escritores modernos han publicado la carta dirigida por el vizconde de Orthey a Carlos IX, cuando la matanza de los protestantes, la noche de San Bartolomé. La carta está redactada así:

"Señor: He comunicado la orden de Vuestra Magestad a los fieles habitantes y a las tropas de esta guarnición, no habiendo encontrado más que buenos ciudadanos y valientes soldados; pero ningún verdugo. Así es que lo mismo ellos que yo suplicamos humildemente a Vuestra Majestad que nos ordene cosas factibles por muy arriesgadas que sean. Quedamos a las órdenes de Su Majestad hasta la hora de morir." Aseguran que en el Archivo de Bayona existen pruebas demostrando que el vizconde de Orthey no se opuso a las órdenes de Carlos IX.

Ciertos biógrafos han cometido los errores más groseros al tratar del carácter de algunas reinas y princesas.

La Biografía Michaud termina así el artículo dedicado a Cristina de Francia, duquesa de Saboya: "Digna hija de Enrique IV, gran rey; pero incrédulo desvergonzado, avaro y ladrón. El mismo decía que de no ser rey estaría haciendo tiempo aborreado."

El encarcelamiento de Galileo no es el único que se puede poner en duda. Hay que rechazar el del Tasso, aunque todavía se enseña un calabozo en Ferrara, donde dicen fué encerrado. Como creer — dice M. Valery (escritor que conocía a

Como cuenta Foch su intervención en la batalla del Marne

"El ejército alemán — dice el mariscal Foch — era magnífico; pero su generalísimo, Von Moltke se mantenía muy lejos del teatro de las operaciones, y no se hacía obedecer de sus generales. Y así dejó que Kluck le desobedeciera el 28 de agosto, y en vez de marchar al oeste del río Oise contra los franceses del Bajo Sena marchara fríamente hacia el sureste, desdiciendo París.

Moltke, en lugar de destruirlo, terminó por aprobar su conducta.

Yo por aquellos días, recibí orden de abandonar Lorena y de tomar el mando de un nuevo ejército que había sido constituido en el centro de la línea francesa. Reuní mis divisiones y las alineé o mejor que pude. Vi que tenía que batirme en posiciones bastante malas. Había allí un obstáculo de siete kilómetros de largo, formado por los pantanos de Saint-Gond, casi infranqueable a no ser por los cuatro caminos que lo atravesaban. Al norte, al sur y al oeste de los pantanos el suelo era bastante accidentado y fácil para la defensiva; pero, en cambio, al Este se extienden vastas mesetas blancuzcas, casi sin ondulaciones y sin el menor montículo, bosque o vallecito donde poder atrincherarse. Esto me obligó a concentrar en mi derecha muchas más fuerzas de lo que hubiera querido.

Esto no era todo. Entre mi extrema derecha y la izquierda del vecino ejército francés había un enorme vacío, que llegaba a los treinta y seis kilómetros, y para taparlo, en un terreno completamente abierto, sólo podía disponer de dos brigadas de jinetes. El general de dicho ejército me hizo saber la víspera de la batalla que, teniendo orden de unirse estrechamente al tercer ejército, no podía extenderse en mi dirección. En estas condiciones comenzó la lucha.

En la noche del primer día, después de haber sido atacado sobre todo mi frente, me había mantenido en mi izquierda estrechamente ligado al quinto ejército francés. En el centro había perdido la parte norte de los pantanos y me sostenía en la del sur. A la derecha de los pantanos se había registrado un retroceso de los más graves, y como el terreno no ofrecía ningún apoyo, el flanco derecho de mi ejército se encontraba, por decirlo así, en el aire, y no podía oponerse sino con muchas dificultades al avance alemán.

De todos modos, mi ejército desempeñaba la misión que le correspondía. Había resistido en su conjunto al enemigo, que pe-

leaba con fuerzas muy considerables, y había conseguido así que en otros sectores de la batalla la situación nos fuera favorable. Entonces comprendí claramente que mi ejército debía sacrificarse para que otros vencieran. No dormí ni un minuto en aquella noche, y me dedicé constantemente a sí mismo:

— Aunque deba abandonar terreno, es preciso que mi frente se mantenga, pase lo que pase. Y se mantendrá.

Los alemanes estaban resueltos a hundir el centro francés que yo mandaba, a dividirlo en dos trozos y a separarlo del ejército vecino. Y durante los tres últimos días de la batalla me atacaron con redoblado empuje. Y siempre era mi derecha la que podía resistir menos. En la noche del segundo día había perdido definitivamente la línea defensiva del pequeño río Sanne.

El 8 y el 9 de septiembre fueron los días más críticos. El 8, a las tres y media de la madrugada, mi derecha fué atacada por tres divisiones de alemanes, una de ellas de la Guardia. Rechazadas cuatro veces, volvieron a la carga y una parte del cuerpo del ejército que yo tenía allí refluyó en desorden sobre Fère Champenoise, y concluyó por evacuar el pueblo. Informado del suceso, acudí con refuerzos a dicho punto. El pueblo no fué recuperado, pero los alemanes no pudieron salir de él.

Al tercer día la situación era aún más grave que en los días anteriores. Mi derecha estaba en posición difícilísima y expuesta a un desastre. ¿Qué debía yo hacer? Durante las primeras horas de la noche estuve reflexionando acerca de ello, y al fin vi una solución. Puesto que mi izquierda resistía, podía sacar fuerzas de ella, y llevarlas a mi derecha, por detrás del centro. Pedí al general que mandaba a mi izquierda, Franchet, que extendiera uno de sus cuerpos de ejército en mi dirección, y saqué de la línea a la división número 42, y la llevé al otro extremo. Había llegado el cuarto día y el enemigo atacaba con furia terrible. La división número 42 perdió el castillo de Mondement, pero se sostuvo cerca, en unas pendientes. En esto llegó la 42 división. Un regimiento de Infantería y dos batallones de cazadores, apoyados por algunas baterías, recobraron Mondement. Por fin, la división avanzó por la carretera de Sézanne y le di orden de recobrar, pasara lo que pasara, Fère Champenoise. Todos avanzaron impetuosamente, y en aquel momento comenzó en mi frente, como en los demás, la retirada alemana. Había sido ganada la batalla del Marne."

fondo la historia literaria de Italia) — que pudiese el Tasso habitar siete años semejante albergue y revisar su poema y componer diversos diálogos filosóficos. He tenido ocasión de consultar con hombres ilustres de Ferrara y ninguno daba fe a esa tradición, contradicha por el examen de lugares y hechos históricos. La lectura de diversas vidas del Tasso, su correspondencia, me han persuadido que su reclusión en el hospital de Santa Elena es más verosímil.

LA VISCOSIDAD DEL PESCADO

Conocido es el grado de viscosidad de las anguilas, nada es comparable a su facilidad para deslizarse entre las manos. En un grado menor, todos los pescados son viscosos, como lo podemos comprobar cuando intentamos asirlos, ya estén vivos o muertos.

La viscosidad de los pescados obedece a una sola razón, que es sumamente sencilla.

Dicha viscosidad es debida a una secreción y está destinada a proteger a los peces contra el fungo, una enfermedad de la piel que es muy frecuente entre ellos.

Esta enfermedad resulta de la multiplicación de un hongo minúsculo que se desarrolla sobre todas las erosiones o sobre sus cicatrices, hongo que se convierte en mortal cuando alcanza a las agallas del pez.

Gracias a dicha secreción, el fungo no consigue fijarse sobre un pescado sano. Además, le permite andar con una mayor facilidad, exactamente igual que el aceite o la grasa, ya que, al sumergirse en ella el animal, facilita sus evoluciones acuáticas al aminorar el roce de las aguas.

EL CINEMATOGRAFO

El cinematógrafo es una realización industrial de los hermanos Lumière, de Lyon, que proyectaron en público un film por primera vez el 22 de marzo de 1895.

Fué una aplicación de los inventos realizados por Marey, Emílio Reynaud, Demeny, Edison y los hermanos Lumière.

Edison había creado las imágenes estereoscópicas que se examinaban directamente con auxilio de un doble ocular.

Los hermanos Lumière tuvieron la inspiración de proyectar esas imágenes en la pantalla. Quedaba descubierto el cinematógrafo.

Convertido en instrumento de recreo, de educación y de investigaciones científicas, aumenta la visibilidad de los movimientos, así como el microscopio aumenta la de las formas.

Hay en mi vida un episodio en que la aviación no tiene parte ninguna, pero cuyos efectos han pesado largo tiempo sobre mí.

Quería yo tomar datos exactos acerca de una tribu aborígen, caníbal según todos los testimonios. Me encontraba en la Gran Isla, situada en el golfo de Carpentaria, en los Trópicos, al norte de Australia. Hacía años que oía yo hablar de los aborígenes aludidos; pero nadie parecía tener acerca de ellos datos precisos, y yo quise levantar el velo y estudiarlos científicamente.

LA LOCURA FINGIDA

Yo sabía que eran hostiles a los blancos. Casi todos los indígenas de estas tierras lo son en general, y para ello no es preciso que sean caníbales. Pero los aborígenes tienen, aparte de éste, otro rasgo común: no temen ni respetan más que a dos géneros de individuos: los misioneros y los alienados. Mientras el misionero se ocupa de las prácticas de su religión, lo miran con una especie de veneración supersticiosa y no tiene nada que temer. Les inspira miedo. Por lo que hace a los alienados, el punto de vista de los indígenas es que están en estrechas relaciones con los dioses y, en consecuencia, hay que tratarlos con dulzura y bondad. Estos caníbales tienen para sus locos más consideraciones que nosotros guardamos a nuestros hombres de genio.

Tenía donde elegir: o hacer de misionero o fingirme loco. Pero como ni aun queriendo me era posible representar el papel de un hombre religioso, me lancé a la selva, habitada por estos comedores de hombres, sin arma ninguna, ni siquiera defensiva. Durante varios días recorrí en canoa el río, infestado de cocodrilos, que atraviesa la comarca, y anduve por la espesura, convencido de que se me vigilaba estrechamente. Ojos que no veía seguían indudablemente todos mis movimientos.

SITIADO EN LA SELVA

Pasado algún tiempo, me consideré más seguro. Pensaba que si hubieran tenido intención de matarme no habrían esperado tanto. Pero debo confesar que la continua vigilancia a que sabía que estaba sometido me había impresionado, y vivía muy sobre aviso.

En unos días no tocaron nada en mi campamento; pero había en él huellas de haber sido visitado, y una noche, al volver, advertí que me habían substituído el cepo de que me servía para atrapar pequeños mamíferos para mis estudios zoológicos.

Pensaba yo que los indígenas irían familiarizándose con mi presencia y que no tardaría en ver algunos. Y en efecto, aquella mis-

Los sobresaltos de un explorador que quiso estudiar a unos caníbales

ma noche, cuando estaba en mi canoa acostado bajo el mosquito-ro y a punto de dormirme, oí furtivos pasos. Me pareció que se acercaban, al menos, dos hombres.

La primera idea fué ponerme en pie y hacerles cara. Pero en se-

biera habido luz los dos indígenas habrían podido verme horripilado de espanto, cuando un instante después las agudas puntas de sílex de sus jabalinas estaban apoyadas contra mi pecho y los hom-

Dr. ENRIQUE FEINMANN

DE REGRESO DE EUROPA DE LAS CLINICAS DE PARIS, BERLIN Y VIENA

ESTOMAGO-NERVIOSAS-VENEREAS

Electricidad Médica y Electroterapia: Corrientes Electro Anestésicas. Diatermia — Alta Frecuencia — Luz Ultra Violeta. Rayos X, especialmente para el tratamiento de: Reumatismo, Neuralgias (Tabéticas del Trigénimo, Ciática), Asma, Diabetes, Obesidad, Debilidad sexual y nerviosa, Neurastenia, Epilepsia, Tuberculosis articular. Enfermedades de la piel.

SUIPACHA 612

DE 8 a 18 HORAS

U. T., LIBERTAD 0260

guila comprendí que primero que quisiera hacer un movimiento me habrían sujetado y apresado. Además, si me movía podrían considerar mi actitud como hostil, y la consecuencia sería una granizada de jabalinas. Retuve la respiración, y decidí permanecer inmóvil y fingir que dormía, aunque si hu-

bres, uno a cada lado mío, ardían en deseos de matarme.

Hubiera cerrado los ojos, pero me tenían aquellos hombres como fascinado bajo su mirada. Me pareció que uno hacía al otro señal de comenzar y que las puntas de sílex me desgarraban ya la piel.

EL CARACOL y LA HAMACA

Fábula

Por las cuerdas de una hamaca en movimiento, viene deslizándose penosamente un caracol, el cual después de inauditos esfuerzos, llega a descansar sobre la tabla.

—¡Vamos, caracol, valor! ¡Te presto mis alas! ¡Arriba, siempre más alto, vuela, caracol, vuela!

Entrando los cuernos y reduciéndose todo lo que puede, el infortunado molusco, al sentirse inseguro, babosea, y aprovechando esta materia viscosa, adhiérese lo más fuertemente posible contra la tabla.

Fatigada del vaivén, la hamaca termina por detenerse, circunstancia que aprovecha el caracol para huir con la máxima velocidad que le permite desarrollar el fardo que continuamente arrastra sobre sí.

—Oye, caracol, no te alejes. Ven y volveré a hacerte conocer la embriaguez y el orgullo de subir alto, muy alto; y una vez que hayas escalado el azul no

te parecerá tan duro el tener que arrastrarte.

Pero el caracol aviador por un instante, no presta oídos y prefiere alejarse sin detenerse a charlar con nadie.

Al considerarse bastante distante del aparato que tanto miedo le causó, detiénese un momento, y dándose vuelta hacia la hamaca que por ahora permanece inmóvil:

—Cada cual tiene marcado su destino—dijole.— En esas alturas que tú te complaces en escalar hacen falta lechuzas y yo prefiero mil veces seguir mi camino por entre las verdes plantas, que explorar nubes. Yo me arrastro lentamente, es cierto, y tú vuelas impetuosamente, pero por más despacio que camine, siempre estoy seguro de que algo he de adelantar, mientras que tú, cualquiera sea la fuerza que te impulse, y por más alto que te remontes, has de volver al mismo sitio, indefectiblemente.

ESPANTO MORTAL

Estaba demasiado espantado para moverme, aunque lo hubiese querido. Yo sé lo que quiere decir la expresión "paralizado de espanto". De pronto, uno de los aborígenes hizo un movimiento de cabeza más acentuado y yo pensé: Ha llegado mi última hora. Pero, con gran asombro mío, ambos levantaron la lanza y desaparecieron en la espesura. Me habían conmutado la pena, me habían respetado la vida. Pero ¿por cuánto tiempo? Yo había oído decir que estos indígenas no mataban jamás criatura ni a sus enemigos durante las horas de noche.

ANGUSTIOSA ESPERA

Como el alba había de tardar unas horas, decidí dormir y despertarme antes de amanecer para estar dispuesto a cualquier eventualidad. Como no tenía armas, no sabía a ciencia cierta lo que haría; pero tenía la creencia de que entregándome a cualquier extravagante rito podría persuadir a los caníbales de que era un loco o un encantador.

El mucho viajar me había dado la facilidad de dormir cuando quería y despertarme a la hora que me proponía también. Me dormí y me desperté antes de que el primer rayo de sol iluminara el terciopelo obscuro del cielo tropical.

Me recosté y apoyé la cabeza en la mano en espera de acontecimientos. No tardaron. Cuando envió sus primeros rayos el sol descubrí entre la maleza grupos de puntas de lanza. Los portadores, agachados, estaban ocultos por la vegetación. Vigilaba yo sus movimientos con atención tal, que me olvidé de mirar hacia otro lado; y de pronto me congeló la sangre ver con el rabillo del ojo una figura inclinada, atrás el brazo y dispuesta a arrojarle su lanza.

LOS CANIBALES SE HACEN AMIGOS MIOS

Por fin, mi persecución les hizo efecto, y aquellos hombres se pararon. No entendían palabra de las que yo les decía, y tardé mi buena media hora en hacerles comprender por señas y demostraciones mi disposición amistosa. Con todo, no se daban por convencidos plenamente, e iban de un lado para otro, la lanza en alto, haciendo con ella movimientos amenazadores y emitiendo gritos guturales.

Me di cuenta de que tenían tanto miedo de mí como yo de ellos.

La sorpresa me hizo gritar, la lanza fué arrojada y se hundió en tierra a algunos pasos de mí. Hubo viva confusión durante unos segundos, y los salvajes huyeron.

Mucho me pesaba haber dado prueba de tan poca presencia de

espíritu; pero resolví, ya que había visto a los indígenas, seguirlos hasta sus moradas. Indudablemente no querían matarme viéndolos ya, lo que me permitía la esperanza de ponerme en comunicación con ellos. Seguí su rastro algunas leguas, llamándolos sin cesar con algunas palabras de su dialecto que me eran conocidas. Por más que a ellos no les fuera dable advertir, a causa de mis pantalones, cómo me temblaban las rodillas. Hasta que estuvieron bien seguros de que yo era un blanco inofensivo no me permitieron aproximarme lo bastante para tocarlos.

Una vez que lo conseguí, no los perdí de vista. Había encontrado a mis canibales y quería estudiarlos a fondo.

A la caída de la tarde llegamos a sus habitaciones, donde había otros miembros de la tribu, alguno de los cuales conocían palabras de bichelamarro.

POR QUE NO ME MATARON

Una de las primeras preguntas que hice a estos intérpretes fué porqué los dos hombres de quien tanto había temido no me habían matado. Hicieron ellos la pregunta a los indígenas, los cuales respondieron que habían convenido asesinarme durante el sueño; pero que en el momento mismo de obrar, cada uno había querido dejar al otro el honor del primer golpe. El intérprete me comunicó el hecho con estas palabras:

—Todo el mundo quería matarte; pero los dos dicen que algo ahí — y señalaba el corazón — no les dejaba.

EL CANIBALISMO

Me hice amigo de los indígenas y viví con ellos unos dos meses. Comprobé que no eran voluntariamente canibales, es decir, que no comían carne humana por irrepresible deseo, sino que se entregaban al canibalismo solamente cuando la necesidad de grasas se hacía en ellos imposible de frenar. El país no produce alimentos oleaginosos o produce poquísimos; la caza no es grasienta tampoco, y salen del asunto como pueden.

Una vez admitido en la tribu, ya nada tuve que temer de ellos. Realmente, no tenía tampoco gana de pasar por nuevos sobresaltos. El espanto que había sufrido la noche en que los dos indígenas me tuvieron bajo sus lanzas mientras hacían cumplidos sobre cuál había de pincharme primero, es suficiente para llenar mi vida.

Sir Hubert WILKENS,
Célebre aviador y explorador.

BIGAMO SIN SABERLO

Despachos de Catania (Sicilia) dan cuenta de un caso verdaderamente extraño, que los tribunales

de dicha ciudad tratan de resolver actualmente.

En el famoso terremoto de Mesina de 1908, una mujer perdió a su marido. Desde entonces se creyó viuda y vivió como tal.

Hace algunas semanas intentó hacer una reclamación a una Compañía de seguros, y ésta contestóle que no podía aceptarla porque había enviado un certificado de la muerte de su esposo, y en los re-

rechos, y perplejo se ha dirigido a los tribunales de Catania pidiendo que le digan con cuál de las dos mujeres ha de vivir.

EL ARTE DE PATINAR

Entre los ejercicios físicos que más en boga están en todos los tiempos figura el de patinar. En él se dan, como en contados ejer-

EL ENFERMITO

El médico.—¿Es aquí donde hay un niño enfermo?

La señora.—Aquí es, doctor; pase usted. Es mi hijo. No sé qué le ocurre al pobrecito que desde esta mañana no hace más que caerse.

El médico.—¿Qué se cae?

La señora.—Sí, señor; en cuanto lo pongo de pie se cae al suelo.

El médico.—¿Es extraño? ¿Qué edad tiene?

La señora.—Cuatro años y medio. Ayer estaba perfectamente. Pasó la tarde corriendo como un gamo, y esta mañana lo levanté de la cama, le puse las medias y pantalones, y en cuanto lo puse en el suelo se cayó.

El doctor.—Daría un mal paso.

La señora.—Lo mismo creí yo; pero no es eso, porque lo levanté en seguida y volvió a caerse, y así siete u ocho veces. En cuanto lo levanto y va a andar se cae al suelo.

El doctor.—Repito que es muy extraño. Traigame al enfermito.

(La señora va a buscar al niño y vuelve con él en brazos. El aspecto de la criatura no puede ser más saludable. Lleva pantalones y delantalito lleno de crema seca de pasteles.) El médico.—¿Está sanísimo este chico! Póngale en el suelo.

(La madre obedece. El niño cae.)

El médico.—Otra vez.

(El niño vuelve a caer; y repetida la experiencia varias veces, otras tantas vuelve a caerse la criatura.)

El médico.—Es un caso extraordinario. (Al niño) ¿Te duele algo rico?

Totó.—No señor.

El médico.—¿No te duele la cabeza?

Totó.—No, señor.

El médico.—¿Has dormido bien esta noche?

Totó.—Sí, señor.

El médico.—¿Tienes hambre?

Totó.—Sí, señor.

El médico.—Perfectamente. (Seguro ya del diagnóstico.) Es un caso de parálisis.

La señora.—¡Para...! ¡Dios mío! (levanta los brazos al cielo y el niño cae.)

El médico.—Sí, señora; parálisis completa de los miembros inferiores. Usted misma va a ver cómo no hay sensibilidad en las piernas del enfermito.

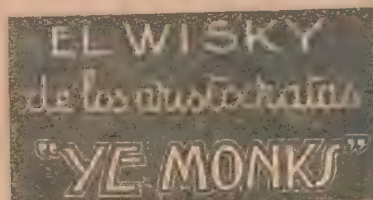
(Se dispone a hacer la experiencia indicada, y de repente hace un gesto de extrañeza.)

—Pero señora..., ¿qué me cuenta usted con la enfermedad de este crío?

La señora.—Doctor, usted mismo ve que no puede dar un paso.

El médico.—¡Naturalmente, señora! ¿Como que le ha metido usted las dos piernas en la misma pernera del pantalón!

Georges COURTELINE



libre, en donde todos los impulsos de los elementos se perciben.

Para estimular la pericia de los patinadores se crearon concursos, medios de que el aficionado demostrase su aptitud en el deslizamiento; y estos concursos, lejos de decaer, han ido en aumento, y todos los años se celebran en aquellos países que saben la importancia que el deporte tiene en la vigorización de las razas siempre que se practique en forma racional y de acuerdo con la potencia física del deportista.

El arte de patinar exige condiciones de agilidad, equilibrio y dominio para practicarlo con éxito.

MASATAKA HACE LLOVER CUANDO QUIERE

Masataka Nobuhara, un viejo habitante de Tokio, afirma que después de estudios que le han ocupado toda la vida, está seguro de que puede producir la lluvia artificialmente por medio de descargas eléctricas.

La gran sequía sufrida por Tokio durante todo el invierno ha contribuido a que toda la opinión se haya interesado por las experiencias de Masataka Nobuhara. Aunque Masataka guarda su descubrimiento con el mayor secreto, asegura que mediante su procedimiento, una descarga eléctrica durante unas diez horas da lugar a la producción de nubes en medio del cielo más despejado. A las catorce horas se puede producir una ligera llovizna, y antes de treinta y seis horas de experiencia, una lluvia casi torrencial.

Masataka afirma que él no ha hecho más que continuar los trabajos realizados por su padre, que durante muchos años trabajó para producir la lluvia artificialmente.

El doctor Fujiwara, director del Departamento Meteorológico de Tokio, reconoce la posibilidad científica de producir la lluvia artificialmente por el procedimiento de Masataka. Ha manifestado que sigue con gran interés las experiencias del inventor, y que en muchas ocasiones, durante la sequía de este invierno, cuando Masataka afirmaba que había ocasionado la lluvia, no había ciertamente ningún dato meteorológico que indicase la posibilidad de que iba a producirse la lluvia.

Los campesinos, en cambio, se muestran entusiasmados con las experiencias de Masataka, al que casi consideran como un profeta feta.

gistros oficiales se hacía constar que quien había muerto en el terremoto de Mesina no era su marido, sino ella.

En vista de tal contestación, dedicóse a buscar a su marido, y supo que éste vivía y que se había casado de nuevo en 1911.

Presentó contra él una denuncia por bigamia, y el pobre hombre, que tiene sesenta y cuatro años de edad, ingresó en la cárcel; pero hubo que sacarlo de ella porque exhibió antes los jueces un certificado de defunción de su primera mujer, procedente de la municipalidad de Mesina, y que le fué encargado a fines de 1908.

Y ahora se encuentra el infortunado con dos esposas legítimas, que tienen sobre él los mismos de-

cios físicos, los dos elementos que principalmente buscan por los aficionados: emoción y deleite.

En todos los tiempos el hombre ha utilizado este medio, unas veces acuciado por la necesidad de no detenerse ante la barrera que las superficies líquidas heladas le presentaban, y otras por el encanto de deslizarse rauda por ellas.

Es este ejercicio un excelente vigorizador, un despertador de la energía, un avivador de los sentidos, un perfecto medio de conservar el dominio de sí mismo, de ser dueño de la actividad motora.

En grabados antiguos se ve como en tiempos remotos ya hizo el hombre del patinaje un deporte. Con dispositivos rústicos pudo gozar del encanto de este deporte al aire



La Semana Médica



MEDICINA Y MUSICA

(Conclusión)

Un médico francés, Fournier-Pescay, trató a su hijo, que padecía dolores constantes e insomnio, con música de flauta. El resultado fué satisfactorio.

Todo el que durante la guerra y después de ella haya visitado un lazareto, se habrá dado cuenta de que la música era en él el entretenimiento mejor recibido, que aliviaba dolores y daba nuevas fuerzas al espíritu, esperanza y voluntad de sanar, el factor terapéutico más poderoso que conocemos.

El balneario conoce muy bien el valor del concierto, lo mismo que el paciente que todas las mañanas, armado de su vaso de agua medicinal, acude a dar su paseo alrededor del pabellón de orquesta.

¿Cómo se produce este efecto de la música?

Dogiel hizo una serie de experimentos en el hombre y en el animal, para estudiar la influencia que la música ejerce sobre ellos en estado normal. Llegó a los resultados siguientes:

1. En el hombre y en el animal la música influye sobre la circulación de la sangre.
2. La presión sanguínea sube y baja en algunos casos.
3. Las notas musicales producen de ordinario más frecuentes contracciones del corazón.
4. El acto respiratorio suele ir paralelo con los cambios producidos en la circulación, pero también se observan variaciones independientes.
5. Los cambios de la presión sanguínea dependen de la altura, fuerza y coloración de los sonidos musicales.

Estos experimentos se hicieron en la Universidad de Kansas y fueron publicados en el "American Journal of Physiology". Médicos americanos y europeos han dedicado a este tema mucho tiempo y trabajo. Citemos algunos: "Dolor es un estado particular del sensorio, que es sentido como desagradable y hay que atribuirlo a una excitación especial de origen central o periférico". "La música es asimismo una excitación especial que llega al sensorio por otro camino, desde la periferia, y produce una sensación de placer. En el sensorio estas dos sensaciones tienen que luchar por su existencia, ya que no pueden existir a la vez, y aquella que se adapta mejor a las condiciones reinantes en el órgano central es la que vence. Si la sensación de placer vence, cesa el dolor. Sin embargo, como quiera que los estados del sensorio no

pueden ser idénticos en dos casos, la música no estará siempre en condiciones de ahuyentar el dolor. En el insomnio el sensorio se encuentra bajo una excitación constante. La música, en cambio, que produce una contraexcitación, neutraliza aquélla y permite la entrada del sueño".

"Es muy agradable que el cuerpo humano presente la tendencia a vibrar sincrónicamente con la música, como sucede también en el mundo de lo inanimado. Ciertos casos de exaltación psíquica coinciden con las notas altas de la escala musical, lo mismo que hay ciertos estados de depresión que corresponden con las notas más bajas."

La influencia psíquica de la música se basa en su transmisión desde el cerebelo al sistema simpático, que dirige los diversos órganos. Así puede explicarse su acción sobre la nutrición, la digestión y el establecimiento del equilibrio orgánico. A título de curiosidad citaremos que un médico americano, el doctor Robert Schauffler, ha propuesto una verdadera farmacopea musical, según la cual cada enfermedad debe "tratarse" con la música correspondiente. Aunque esto nos obligue involuntariamente a sonreír, tenemos que convenir en que algunos de nuestros médicos más eminentes son partidarios no sólo pasivos sino activos del sublime arte de la música. Strumpel era un pianista excelente, Billroth un eminente violinista Richard Morrison, un conocido médico de Boston, un buen violoncelista. Richard Cabot, profesor de medicina en la Universidad de Harvard, es un perfecto violinista y músico de cámara. Esta lista puede alargarse todo lo que se quiera. Billroth, el famoso filósofo musical y médico alemán, fijó poco antes de su muerte sus ideas sobre la música en un libro publicado póstumamente, en el que se analiza la acción de la música desde el punto de vista fisiológico y psicológico. Sobre el ritmo se expresa así: "Los movimientos rítmicos pertenecen a las cualidades de mayor importancia vital de nuestro cuerpo. Tenemos movimientos rítmicos de la respiración, del corazón, y el ritmo que podemos comunicar a nuestros movimientos musculares voluntarios. Es probable que todos los movimientos musculares del cuerpo, conscientes e inconscientes, se produzcan por la suma de numerosos ritmos infinitamente pequeños y no perceptibles. La condición fundamental de la música, o sea la facultad más o menos consciente de

percibir y apreciar movimientos rítmicos, debe ser innata en el hombre y en algunos animales."

El ritmo apelo a tres sentidos: puede ser visto, oído y sentido corporalmente. Si llega a la conciencia por estos tres caminos a la vez, la mayor parte del sistema nervioso se halla ocupada por este proceso y la acción sobre la totalidad del organismo es segura. "Ritmo es vida." Si la música ha de entrar, y en qué forma, en la terapéutica del médico serio, es cosa que habrá de enseñarnos el porvenir. Pero siempre habrá ciertas enfermedades que no podrán prescindir del bisturí del cirujano o del arte del quimioterapeuta. Entre tanto, sanos y enfermos se recrean en el laberinto de notas y sensual ritmo de la música moderna y en la inmortal melodía y armonía de las creaciones del genio de los antiguos maestros: para todos ellos vibra la lira de Apolo, cuyo hijo es Esculapio.

Walter SCHUMACHER.

(De la "Revista de Información Terapéutica").

NOVAK ERNO.—ACERCA DE LAS HEMORRAGIAS CEREBRALES.

Estadística del total de casos de hemorragia cerebral comprobados en la autopsia recogidas en la Universidad de Budapest entre los años 1894-1924. Lo integran el 2,2 por 100 del total de las autopsias (938 casos de las 42.160 autopsias). La máxima frecuencia de las hemorragias cerebrales se observó en determinados días en que hubo un rápido y fuerte descenso de la presión barométrica. La disminución de la presión atmosférica es, entre otros un factor predisponente de importancia grande.

Las variaciones de la temperatura sobre la frecuencia de la apoplejía no se han demostrado. La edad en que se presenta más corrientemente es entre los cincuenta y sesenta años. La mitad de los casos mueren después de las dos primeras horas que siguen al ataque; la mayoría dentro del primer día. Solamente en el 4,4 por 100 de los casos se observaron, junto a las manifestaciones de la hemorragia reciente, signos de apoplejía anteriores. Sin embargo se comprueba que las apoplejías graves han tenido pocas manifestaciones anteriores. Se valoran igualmente en el trabajo las condiciones locales de frecuencia. Como final de trabajo estudia los factores etiológicos. En el 76 por 100 de los casos la causa fué la arteriosclerosis; en el 24 por 100 los enfermos estaban libres de esta lesión. Se tra-

ta de pasada lo referente a arteriosclerosis de los otros órganos.

Estellés Salarich.

LA FIEBRE AMARILLA EN RIO DE JANEIRO

(Del boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana, mayo 1929)

El doctor Clementino Fraga, Director General de Salud Pública del Brasil, comunica la reaparición de un foco de fiebre amarilla a favor de la alta temperatura reinante en Río durante el verano, y da las siguientes cifras de casos comprobados: diciembre de 1928, 7 casos; en enero, 29 casos; en febrero, 25 casos confirmados y 29 sospechosos, con una mortalidad global de 66; en marzo 152 casos; manifiesta además que en los servicios de profilaxia y policía de focos, trabajan cerca de 3500 hombres, esperando esa Dirección acabar con la epidemia, pasada esta crisis de verano.

Comunica más tarde, el mismo Director, que en la primera semana de abril, hubieron en Río 66 casos, 32 de ellos fatales y otros 6 casos más en Belem.

NOTICIAS VARIAS

Han sido renovadas las Comisiones directivas de las sociedades afiliadas de la Asociación Médica Argentina en la siguiente forma:

Sociedad de Medicina Interna: Vicepresidente, doctor Mariano J. Barilari (1929—1930).

Sociedad de Oftalmología, Mesa Directiva (1929—1930): Presidente, Dr. Amadeo Natale; vicepresidente, Dr. Esteban Adrogué; secretario, Dr. Baudillo Courtis.

Sociedad Argentina de Urología: Vicepresidente, Dr. Alejandro Astraldi; secretario Dr. Ubaldo Isnardi; tesorero, Dr. Guillermo Tacapraró (1929—1930)

Sociedad de Tisiología, Mesa Directiva (1929—1930): Presidente, Dr. Mamerto Acuña; vicepresidente, doctor Juan P. Garrahan; secretario, Dr. Pascual R. Cervini; tesorero, Dr. Saúl I. Betinotti; y vocales, Drs. Mariano Etchegaray y Fernando Schweizer.

Sociedad Argentina de Biología: Vicepresidente, Dr. Roberto L. Dios; secretario, Dr. Enrique Hug vocal, Dr. Pedro Mazzocco (1929—1930).

El Dr. Conrado E. Méquez ha sido designado director de la Asistencia Pública de la capital.

El Dr. Manuel Albertal ha sido designado médico director del Dispensario Belgrano.

El Dr. Julio Dellepiane Rawson ha sido nombrado jefe de servicio en el Hospital Rivadavia.

El mundo de los pigmeos

Por Enrique Feyjóo y Rubio

Contemplando la fauna humana con mirada escrutadora y atenta, vemos, en ocasiones, cual si hubiésemos invertido los gigantescos gemelos de nuestra observación, bullir en el fondo de sus oculares una serie de diminutas figurillas humanas: entes híbridos de caricatura y miniatura de hombres, cuyo microcosmos se funde en el vivir general de los otros seres y pasa casi inadvertido ante sus miradas burlonas o compasivas.

Son los enanos: realización viviente y tangible de los pigmeos de la fábula; los que arrastran sus vidas tristes e infecundas a través de las tempestades de pasión de los otros hombres y constituyen un doloroso interrogante, aún no contestado por la misteriosa Embriología; no justificado tampoco por las complicaciones fisiológicas de la Patología; triste enigma, en fin, que da el espaldarazo de excepción y obliga a estos pequeños, hombres a entrar de lleno en el campo de la "Teratología", o ciencia de los monstruos.

Los pigmeos tuvieron una importante actuación en las antiguas mitologías. La palabra "pigmeo" procede del griego "pigmeo" (puño), y su tamaño era equivalente a un "pie olímpico", o sea, según el sistema métrico, 0,347 metros, aproximadamente. Poetas, pensadores y filósofos de la antigüedad concedieron un firme crédito a la existencia real de los pigmeos, hasta el punto que Homero dice en la "Ilíada": "Así sube hasta el cielo la ruidosa voz del pueblo al lado de las grullas y llevando la destrucción y muerte a la raza de los Pigmeos, dan un terrible combate al descender de los aires." El inmortal Ovidio, en "Los Fastos", afirma que "El Lacio no conocía aún el ave de la rica Jonia, ni la que saborea la sangre de los pigmeos". Como se ve por lo que manifiestan estos colosos de Atenas y Roma, la rivalidad entre el pueblo de las grullas y el de los pigmeos era perenne y enconada, y así la perpetuaron escultores de su tiempo en "Rytos", frisos y zócalos de sus maravillosas arquitecturas. Juvenal, en sus "Sátiras" y Estacio y Ateúeo también afirmaron su existencia. Aristóteles, Plinio el viejo y Tolomeo hablaron igualmente de ellos. Este último los llamaba "los pequinenses". Únicamente Estrabón, el ilustre historiador de las edades heroicas, puso en duda su existencia.

En la Edad Media el célebre viajero y navegante Marco Polo también impugna su existencia y habla atrevidamente de "la falsificación de los pigmeos en Suma-

tra", afirmando que eran simios pequeños, rasurados, a los que se intentaba clasificar fanáticamente en la especie humana.

En tiempos casi actuales también se han ocupado sabios ilustres de este tema atrayente, y así tenemos al Conde de Buffon que nos habla de los célebres "Quimos" de Madagascar, y al propio Quatrefages, que da la razón a Herodoto de la existencia de los "Nasamones", pueblos enanos habitantes en los confines del desierto de Libia.

La palabra "enano" procede del latín "nanus" y del griego "nanos", teniendo su equivalente en toda su pureza en el valenciano "nano", que significa enano, pe-



EL AGENTE DE ESPECTACULOS.—La señora desea que cante usted en una fiesta que va a dar en su casa. Le darán a usted 500 pesos; pero no piense alternar con los convidados.
LA CANTANTE.—¡Oh! En ese caso me conforme con 50 pesos.

queño. Considerase fisiológicamente como enano al ser inferior a 1,30 metros, aun cuando se encuentran pueblos pequesísimos, como los Lapones y los Samoyedos, a los que no puede clasificarse entre estos hombres miniaturas.

El papel que estos seres excepcionales han desempeñado en la historia, ha sido, en ocasiones, muy importante. Antiguamente los Reyes, príncipes y grandes señores, conservaban enanos para su divertimento. Los físicos orientales, para quienes la medicina no tenía secretos, habiendo encontrado el medio de impedir o paralizar el crecimiento del cuerpo, forjaron pequeños monstruos para diversión de poderosos. De la corte de los Reyes persas pasó la bárbara costumbre a los griegos—después de Alejandro—y a los romanos, en la degenerada época de los emperadores. En la Edad Media creció la importancia de los enanos, pues ya como heraldos, mensajeros, pajes o bufones, ocuparon lugar preeminente en las lujosas enadras, de alcázares y castillos, siendo viviente testimonio de esta caballerescas época de gestas y obscuridad.

En los reinados de Francisco I

y Enrique II de Francia, prevaleció la costumbre de poseer enanos, y famosos son los tres pequeños personajes que pertenecieron a Felipe IV—cuyos retratos damos a nuestros lectores—y que no sabemos si deben su notoriedad a la protección de un Rey o a haber sido perpetuadas sus efigies por el pincel mago de Velázquez.

El príncipe Estanislao Leczinsky, Duque de Lorena, poseyó al célebre Nicolás Ferry—"Bebé"—, de 8,80 metros, según los historiadores de su tiempo, que alcanzó fama mundial y murió en 1763, a los veintidós años. Entre los ingleses recordamos a "Jeffery-Hudson" y al famoso "Birch", que no pasaba según formalmente nos aseguran, de 0,50 metros. Aun se habla del casi contemporáneo "Tom Pouce" y en otros países del polonés "Borwilawski" y las diminutas princesas "Colibrí" y "Felicia".

La literatura, en ocasiones, tam-

bién ha encontrado en el mundo de los pigmeos tema sugestivo para sus creaciones. Antiguamente Swift, en sus famosos "Viajes de Gulliver", y en los tiempos actuales Blasco Ibáñez, en su "Paraíso de las mujeres"—obra inspirada en la anterior—han vertido sus talentos en atractivas ficciones novelescas, llenas de amenidad y estilo.

En la vida real, y en estos tiempos que corren, hemos tenido ocasión de conocer una compañía mixta de teatro-circo, integrada por enanos de ambos sexos, de diversos países. Los pequeños artistas se exhibían en carruajes de juguete tirados por caballitos y jacas enanos, seguramente procedentes de las islas Shetland o de Córcega. En ferias y fiestas verbeneras aún recordamos haber visto al famoso "Don Paquito", cuya inteligencia de adulto, su voz añorada, su cuerpecito pequesísimo y su rostro de hombre corrido, formaban un contraste extraño y desagradable. Para terminar, las revistas extranjeras nos dan noticia, literaria y gráfica, del matrimonio que se exhibe en Berlín, de un enano del país con una robusta

Fotografados Tricromías Bicromías

Confeción de disés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones
Precios sin competencia
Trabajo garantizado
— Entrega inmediata —

PUJOL, PREYSLER & ca.

CORRIENTES 1138

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 4830

hembra de tamaño natural. Únicamente como exotismo o información curiosa podemos aceptar la monstruosa coyunda.

Los enanos son seres de excepción verdaderos interrogantes fisiológicos que no constituyen raza. Como la reproducción no puede darse entre ellos, les está vedada la suprema culminación del amor, que es la maternidad. Por eso tal vez en sus rostros tristes llevan estereotipado el estigma de su generación excepcional, que les constituye ante los hombres de buena voluntad, más que en atracciones de circo o de barranca y en objeto de burla y ludibrio, en hondo tema de meditación y estudio, suavizado por la caridad y la compasión.

SE RIFA UN SOLTERO

El "Budapest Hirlap", uno de los periódicos más serios de Hungría, ha recibido una curiosa proposición de un joven, que confirma la seriedad de su ofrecimiento y su normalidad cerebral con la firma de dos testigos de solvencia.

Este señor, que en la carta que ha dirigido al periódico indica su edad, su domicilio y hasta su religión, declara que está decidido a contraer matrimonio y suplica a la dirección del "Budapest Hirlap" que emita una serie de diez mil billetes de una lotería especial, a dos pengos cada uno, los cuales podrán ser comprados por cuantas mujeres deseen un marido. Pueden adquirir el derecho de tomar parte en este original sorteo, incluso aquellas mujeres que sean feas o tengan algún impedimento físico.

Este extraño muchacho ofrece al periódico la cantidad de mil pengos por el servicio que le haría el emitir la serie de billetes y proporcionarle una esposa.

LUZ DE ATARDECER...

Al poeta Fermín Estrella Gutiérrez
Luz de atardecer doliente en la oquedad de la
Neblina que entre los pinos juega formando
Rumores de mar que suenan entre el áspero
De los robles en la cumbre, ceniza, gris, y
sombria.

Por las lejanías austeras del confín está el
Muriéndose de nostalgia como está muriendo
Y la estrella de la tarde que se oculta en el
Llena todo de saudades y dulce melancolía.

Viene la noche llorando, la nieve se cristaliza,
Reverbera en los picachos, y blanquea en la
Cuentan consejas de antaño los pastores en el

Tintinean las esquilas en el aprisco dormido
Mientras lejana una copla que va cantando
Hace sentir ilusiones de tiempos que ya se

San Joaquín de Alcoray, (España), marzo
de 1929.

LA CASA BLANCA

A Oscar Beltrán, homenaje de simpatía y
admiración.

Al pasar en el tren, ví
una casita muy blanca;
tan blanca que parecía
tener blancuras de alma.

Una llanura fragante,
verde como mi esperanza...
El cielo azul, tan azul,
como mi ilusión más santa.

Rasgando el campo del cielo
un monte que se esfumaba
entre nubes, que eran como
preciosas casitas blancas.

Arboles que parecían
peregrinos que pasaban,
elevando al cielo una
mística y santa plegaria,
vertida en el Infinito
por los brazos de sus ramas.

Y un sol brillante que era
una encendida mirada
de un Dios, atento y celoso,
que del paisaje cuidaba.

Desde el tren ví todo esto
una tarde que viajaba,
hacia lo desconocido
de una ciudad ignorada.

Y sentí el ansia infinita
de despreciar la distancia,
quedándome para siempre
en la llanura cercana;
donde el color de los cielos
mis ilusiones rimaba;
donde el color de los campos
rimaba con mi esperanza;
donde árboles peregrinos,
misticamente rezaban,
y un monte en la lejanía
dijérase que escapaba
de la Tierra, deseoso
de fundirse en la plegaria;
y un Dios atento y celoso:
el Sol, de todo cuidaba,
gloriosamente hecha fuego
de eterna luz su mirada.

Página poética

Pero el tren veloz seguía
hacia la ciudad lejana,
indiferente al paisaje,
devorando la distancia...

Y yo, pobre prisionero
en los hierros de mi jaula,
hice un esfuerzo supremo
para sujetar mi alma,
que, decidida y ansiosa
intentó una fuga rápida,
para por siempre quedarse
en aquella casa blanca...

Mariano SAN ILDEFONSO.

San Paulo - 1929.

P O E M A

Para FRAY MOCHO.

Será una tarde tibia toda entera embozada
en un manto de rica seda tornasolada.

Te veré más que nunca florecido en mi amor
y querré que vayamos donde no haya rumor...

¡Bajo el labio quemante ciego irás, y yo en ti!
Sin saber hacia donde marcharás junto a mí...

Seguiremos callados más al mar..., más al
Estará todo solo... ¡Y soñar... Y soñar!

Silenciosa y amante frente a ti quedaré
¡Lo demás..., no lo sé!

Zaida SURAH.

Curicó (Chile).

A COLONIA

Algo lejos estoy de los lugares
en donde andaba casi siempre a solas
sintiendo por la playa en mis vagares
el molótomo arruyo de las olas.

Inolvidables ratos he pasado
sobre aquellas históricas murallas
en las cuales el tiempo ha realizado
lo que no pudo el hierro en las batallas.

Las ruinas de la antigua Comandancia
contemplo aquí de mi "atelier" en las telas;
de San Pedro el bastión y a la distancia,
recortando el azul, hinchadas velas.

Pintoresca ciudad que el Plata baña,
de ti guarda recuerdos el poeta
y hoy en el seno del bullicio extraña
los alegres momentos de retreta.

A ti llegué con hondas decepciones
que marchitaron todas mis quimeras
y las flores en mi alma de ilusiones
florecieron en nuevas primaveras.

Lejos estoy de esa ciudad bordada
con anchas playas que acaricia el río
yendo donde no alcanza la mirada
continuamente el pensamiento mío.

Luis A. DE LEON.

JUGANDO AL AMOR

Para FRAY MOCHO

Por su cabecita de chica mimada,
pasan sus ideas sin dejarle nada.
Se sabe bonita; que es, acaso, hermosa...
y es así la cosa
que pasa: la vida sin pensar acaso
que a todos los astros les llega el ocaso.

¡Niña primorosa,
suave, candorosa,
bonita... coqueta!...
tienes un esclavo en mí, tu poeta.

¿Qué soy un bohemio?

¡Eres mi remedio!
Me enseñan tus ojos de mirar profundo
que ríe del mundo...

Así, a la coqueta,
decía muy suave su joven poeta
y ella se burlaba, y ella se reía,
y él se sonrojaba y se entristecía.

¿Por qué se obstinaba
la niña mimada?
No sabía, ¡claro!, que el amor es pena
que nos encadena?
¿Lo dudaba, acaso?... ¡Lo sabía entonces!...
¡Si hasta hoy son sabias las niñas precoces!!

Es que las mujeres son siempre coquetas.
Y es así que engañan hasta a sus poetas.
Los juegos de amores, como los de niños,
son breves y audaces hasta el desaliño.
Y así llegó un día
que ella a su porfía,
sabiéndose hermosa,
se rindió gustosa.
Y princesa o reina, mujer y coqueta,
jugando... jugando... se rindió al poeta.

César A. TAQUINI

LIRIOS,

PRINCIPES Y VERSOS

Lirios en las manos, oros en las trenzas,
risas en los labios y en el alma azul,
van los pajes rubios, siendo los heraldos
de la favorita rosa Pompadour.

Llevar los hachones que la ruta alumbró
—de la Primavera tras el palanquín—,
y los bucles rubios de sus trenzas rubias
fingen los tesoros del viejo Merlín.

Fugas de palomas hay ante el cortejo
que tutela Apolo, que preside Amor;
como líras célicas, cantan las alondras
y la luna brota como inmensa flor.

Brotan las estrellas, que en las cabalgatas
como las autorebas siderales son;
brotan las estrellas, como en los rosales
brotarán las blancas rosas de Sidón.

Es inmensa cúpula de cristal el cielo;
fingen los luceros rosas de zafir,
y hay, a veces, grandes fugas de luceros
que rápidamente dejan de lucir.

Hay en los corceles ímpetus violentos;
por el aire vuelan rimas del país
de los florilegios, de los trovadores
que tienen por lema de canción la lis.

Cantan los felibres de la luna en una
lengua eólica, rítmica, bella y musical.
¡Líricos felibres son los ruiseñores
que gustan las dulces mieles de Mistral!

Ritman los arpeggios que sus cantos rigen
con la voz de Eolo, que tiene su atril
entre los fragantes bosques de rosales
de la Primavera y de su hermano Abril.

Cisnes imperiales, fugas de panteras
y la cola abierta del pavo real,
que en el plenilunio de la noche abre
toda su encendida flora tropical.

Cantan las sirenas del confín remoto;
danzan los silvanos dioses del jardín;
Loreley, lejanía de su lira, entrega
al aire las viejas baladas del Rhin.

Címbalos y sistros, cítaras y flautas
tocan esos pajes, y a sus ritmos van
ajustando el paso. Sobre todo, suena
la siringa agreste del bicornio Pan

Lirios en las manos, oros en las trenzas
—la Aurora sus hachas comienza a encen-
der—
y en los corazones almas de mujer.

Adriano del VALLE.

Un viaje involuntario

Por Luciano Biart

(Continuación)

Azogue abrió tamaños ojos y se acercó al señor Pinsón abrazándolo. Seis mulatos, en traje militar, pero descalzos, armados de fusiles de chispa y ostentando en la cabeza sombreros de anchas alas, les rodeaban e interrogábanles en un idioma que los viajeros no entendían. El señor Pinsón se despachó a su gusto haciendo el relato de sus aventuras; pero como los soldados no entendiesen ni una jota de lo que les estaban contando el ingeniero, indicáronle por medio de signos que les siguiese. El ingeniero lanzó una mirada hacia el castillo y pudo convencerse que el *Fulton* y el *Davis* habían desaparecido.

Pasada la gran puerta a la que en vano habían llamado la noche anterior, penetraron en una especie de corredor, encontrándose los forasteros frente a frente de un joven oficial. Nuestro conocido volvió a empezar la relación de su viaje; pero como su interlocutor tampoco sabía francés, hizo venir al capitán, que lo hablaba.

—¿Dónde están sus pasaportes? dijo el capitán a los prisioneros, después de saludarles.

Esta pregunta hecha en francés, quitó un peso de encima al señor Pinsón, quien, como es natural, empezó nuevamente el relato de las aventuras. El oficial tuvo paciencia para escucharle largo rato, si bien movía la cabeza como si no diese crédito a las palabras del ingeniero.

—Perfectamente, dijo el oficial cuando éste cesó de hablar; pero para penetrar en la república mejicana hay que llevar los papeles en regla. ¿Y los suyos, dónde están?

—No he dicho a usted caballero, repuso el señor Pinsón, que partí de la calle Nollet, en Batignolles, con el propósito de efectuar una pequeña excursión, y...?

El capitán cambió algunas palabras con el otro oficial; luego, a una señal de éste un cabo y seis soldados empuñaron sus fusiles.

—Sigan ustedes a estos hombres, dijo el capitán del puerto (pues él era quien estaba hablando con el ingeniero), los cuales van a acompañarles a casa del cónsul francés: si Su Excelencia responde de ustedes, quedarán libres.

—¿Cómo! exclamó el señor Pinsón; ¿piensa usted hacernos atravesar la ciudad rodeados de soldados, lo mismo que malhechores?

—En marcha! dijo el cabo a sus hombres.

El señor Pinsón y Azogue que, aterrorizado, estaba pegado a su

compañero, vieron rodeados por los soldados, quienes les obligaron a andar. A poco de haber salido del puesto de guardia encontráronse en una gran plaza y enfrente de tiendas, almacenes, cafés, que aun no habían abierto sus puertas: la ciudad apenas acababa de despertarse. Sin embargo, habrían dado unos cien pasos a lo sumo los prisioneros cuando se vieron rodeados de una cincuentena de personas, mujeres envueltas en sus rebozos, hombres cubiertos por sus sarapes, chiquillos semidesnudos, que les seguían

Por haber seguido sus consejos encuéntrame sin pasaporte a dos mil leguas de mi casa, de mi país; a él debo también el verme conducido por la fuerza pública... ¡Digo que esto pasa de castaño oscuro!

Cuando el pequeño destacamento hubo llegado al domicilio del cónsul francés, iba seguido por lo bajo de quinientas personas. El secretario del consulado recibió en el acto a los forasteros, y oyó de labios del señor Pinsón el relato de su deplorable aventura, relato que no pudo menos de sorprenderle: de consiguiente, llamó

aventura, el cónsul no tardó en convencerse. Por otra parte, la manera como se expresaba el ingeniero revelaba en él al hombre bien educado e instruido; así pues, el secretario entregó a los viajeros un salvo conducto que les autorizaba a permanecer en la ciudad de Veracruz o irse donde mejor les conviniera. Cuando salieron de casa del cónsul nuestros dos conocidos, era tanta la gente que se agolpaba a la puerta que con dificultad lograron abrirse paso por entre aquella multitud de curiosos. A instancias del secretario del consulado la escolta militar acompañóles hasta la *Fonda del Comercio*, situada en frente y propiedad de un compatriota del señor Pinsón. Durante el trayecto los soldados explicaron, aunque en vano, a la muchedumbre, que el ingeniero no era un corsario sino un simple particular y ciudadano francés. Convencidos de que querían engañarlos, todos aquellos curiosos permanecieron plantados a la puerta de la fonda hasta cerca de las diez, hora en que, molestados por los ardientes rayos del sol, empezaron a desfilar.

¡Con qué gusto, después de almorzar perfectamente bien, se sentó el señor Pinsón junto a la ventana del cuarto con dos camas que se le había destinado! La ventana daba a la plaza del Muelle, alzándose en frente la Aduana. Por encima de las casas veíase la fortaleza de Ulúa, y a mayor distancia los rayos del sol de los trópicos caían de plano sobre el mar. Cediendo al calor y al profundo silencio que reinaba en torno suyo y del que participaba su ánimo, nuestro ingeniero se durmió.

Azogue sin moverse de la ventana, habíase vuelto todo ojos para contemplar cuanto le rodeaba y los objetos que desfilaban ante él. A bordo del *Canadá*, lo mismo que a bordo del *Fulton*, el muchacho creía estar en Inglaterra; más he aquí que de improviso, como por arte mágica, veíase transportado a una ciudad cuyos edificios tenían una estructura extraña, cuyos hombres eran de otra raza, de otro color, hablaban un idioma diferente de los que él sabía; y luego, en la calle, en vez de los gorriones que revolotean en las plazuelas de Londres, aparecían grandes buitres negros, los cuales estaban tan familiarizados con lo que les rodeaba que apenas se dignaban hacerse a un lado para dejar el paso franco a los transeúntes.

Al medio día dijérase que la

Un buen consejo

En un popular y antiguo teatro que existió en Sevilla, actuaba en cierta ocasión, un cuadro de compañía de cómicos trashumantes, y en él a diario se hacían dramotes conmovedores y tragedias terroríficas, obras que, aunque un sano pú-

blico

emocionado aplaudía, si se ha de decir verdad resultaban graciosísimas. Se ejecutaba una noche *El bandido de Sicilia* o *El hijo del crimen*, drama, según el cartel decía, del gran autor *Schispir*, haciendo el protagonista el galán joven, manecbo delgado como una espina, de raquítica figura, y en cuya cabeza exigua el peluquero del teatro fué a colocar por desdicha el rizado promontorio

de una peluca enormísima de fijo confeccionada para melón de más libras. En julio y con un calor que asfixiaba a los artistas, con la colosal peluca nuestro hombre sudaba tinta.

Sofocado por los largos cabellos que le aturdían, no hacía más que separarse de la frente y las mejillas las insufribles guedejas, cuando, en la escena más crítica, y al decir en un monólogo, abrumado por su cutis:

—¡Santo Dios! ¿Qué debo hacer?

Qué debo hacer, pobre víctima?

¿Qué hago?...

Gritó una voz bronceada desde la alta galería:

—¿Quiénes hacé una cosa guenana?...

Pus véte a pelá enseña.

Javier de BURGOS

con muestras de curiosidad. Todos estos individuos tenían la tez bronceada, y los sombreros de anchas alas que cubrían la cabeza de los varones cayéndoles encima de las cejas, daban un aspecto algo siniestro a sus rostros, sobre todo para forasteros que veían por primera vez aquellos tipos. Los habitantes de Veracruz sabían que un corsario, perseguido por una nave de guerra norteamericana, habíase refugiado la noche anterior detrás del castillo de Ulúa, y al ver al señor Pinsón entre soldados esparcióse el rumor de que él era el pirata, apresado por las autoridades mejicanas.

—Te digo, amiguito, profirió el ingeniero, que por más que haga Boisjoli, nunca me olvidaré del mal rato que estamos pasando.

al cónsul, viéndose obligado nuestro ingeniero a contar nuevamente la historia de sus infortunios.

—Y yo pregunto, caballero, ¿qué pruebas puede usted presentar en apoyo de sus afirmaciones? dijo el representante del gobierno francés cuando cesó de hablar el señor Pinsón.

Este, que como sabemos, era un hombre honrado a carta cabal, se puso encarnado como la grana a la interrogación del cónsul. Conteniendo, sin embargo, las frases de indignación que asomaban a sus labios, sacó su cartera, alargó al funcionario público varias cartas a él dirigidas y sinceróse por la falta de otros documentos relativos a su personalidad con el aplo- mo y rectitud que en vano quieren imitar lo bribones.

A pesar de lo extraño de la

ciudad había quedado poco menos que desierta: por las calles casi no transitaba gente, y los raros transeúntes que se veían iban pegados a las casas en busca de la benéfica sombra, arrastrándose más bien que andando. El ardiente firmamento parecía un sol inmenso; tenues vapores azulados danzaban en el espacio; la respiración se hacía cada vez más fatigosa. Azogue permanecía sentado y absorto al ver que su frente estaba bañada de sudor, lo cual nada tiene de extraño, porque Veracruz es uno de los puntos más cálidos del planeta que habitamos, y durante los meses de mayo, junio y julio el calor apenas puede soportarse en aquella ciudad.

No tardó el chico en fijarse en unas cuantas mulatas que, acurrucadas delante de pilas de sandías naranjas, limones, ananás, y otros frutos desconocidos en Europa, desafiaban los ardores de la atmósfera y de los vapores que se desprendían del suelo. De vez en cuando pasaba una pequeña carreta arrastrada por un tronco de mulas éticas, o bien algún indio encorvado bajo el peso de un fardo sujeto a la espalda por medio de una correa que descansaba en la frente.

Durante las tres horas que se prolongó la siesta del señor Pinsón, Azogue mantúvose a la ventana, sorprendido de cuanto veía y observaba, aplaudiendo la excelente idea que tuvo de esconderse a bordo del *Canadá*; de modo que no una sino veinte veces estuvo a punto de ejecutar su famoso salto mortal, mas no llevó a cabo su intento temeroso de despertar a su compañero.

Cuando éste fué a reunirse con él junto a la ventana, Azogue, como si dudara de lo que veía, se hizo repetir una y otra vez que realmente se encontraba en Méjico, en el puerto de Veracruz.

—Veracruz, díjole el ingeniero, fué fundada sobre el terreno donde aportó Hernán Cortés en 1519.

—¿Iremos a Méjico, señor? preguntó el chico.

—No, hijo mío, no. Estamos a 30 de mayo; dentro de uno o dos días, según me ha informado el cónsul francés llegará, procedente de Tampico, el vapor correo inglés que mensualmente va de Inglaterra a Méjico y viceversa, y en él nos embarcaremos en seguida.

—¿Sin ver los bosques vírgenes, los llanos, los monos ni los jaguares?

—Antes de partir de Veracruz daremos un paseo por las afueras, y podrás contemplar de lejos esos bosques y esos llanos que exaltan tu imaginación. Por lo que respecta a los jaguares y a los monos; en el Jardín de Plantas de París verás cuantos quieras.

Azogue no se atrevió a replicar, pero sintió que el pecho se le

oprimía. ¡Oh desesperación! ¿Sería posible que después de tan dilatado viaje tuviese que volverse sin ver al interior del gran país que estaba pisando, en el cual los buitres se pasean tranquilamente por las calles y los papagayos habitan aparejados sobre palmeras? En su interior el muchacho hizo votos porque cualquier contratiempo parecido a aquellos de que había sido víctima el señor Pinsón, viniese a derribar sus cálculos.

A las cinco de la tarde los dos viajeros se aventuraron por las calles de la ciudad, cuyas casas

dosecientas leguas en longitud donde está asentada la ciudad de Méjico, a la altura de dos mil metros. Esta gran cadena, cortada y ramificada en cien brazos, lleva el nombre de montañas Peñaseosas en los Estados Unidos, el de Cordilleras en Méjico y el de Andes en el Perú.

Después de andar un buen rato los dos exploradores en medio de una llanura de arena, cuyo aspecto cambia continuamente a causa del viento Norte que allí reina, se acercaron al mar para regresar a Veracruz. La atención de Azogue se despertó a la vista del ta-

gunas señoras y caballeros, vestidos a la europea, aparecieron en el muelle, paseo favorito de los veracruzanos. Una hora más tarde la ciudad parecía dormida, y los serenos, provistos de un farol y de un chuzo, estaban plantados en las esquinas y empezaban a cantar las horas.

El día siguiente, a las doce, hora en que nuestros conocidos acababan de almorzar, resonó un cañonazo. Todo el mundo abandonó el comedor, encaminándose los huéspedes hacia el muelle. El vapor correo inglés se divisaba a lo lejos, y a su llegada Veracruz en peso se conmovió, pues en la época que pasa nuestro relato, los veracruzanos sólo recibían noticias de Europa por aquella vía.

CAPITULO XX

Otra vez en marcha

El señor Pinsón y Azogue se encaminaron al muelle, que ya había sido invadido por los comerciantes de Veracruz y por muchos ociosos. Antes de que trascurriera media hora aportó a la punta de la escollera una lancha cargada con las pesadas balijas de la correspondencia europea, correspondencia que fué escoltada hasta la morada del cónsul británico por algunos oficiales ingleses vestidos de gala. Entonces supo nuestro ingeniero que el vapor correo se había retrasado cuarenta y ocho horas en su viaje, y que probablemente aquel mismo día emprendería el retorno. En seguida se dirigió el señor Pinsón a las oficinas de la *Royal Mail Company*, a fin de procurarse pasaje para él y para Azogue. El agente hablaba francés, y cuando hubo escrito el nombre de los dos pasajeros sobre una hoja de papel color de rosa, se la alargó, diciendo:

—Debe usted entregarme dos mil trescientos veinte francos.

Al oír esto el ingeniero quedó como alelado y palideció: sacó su cartera, su portamonedas, y empezó a contar febrilmente su contenido. Después de entablar su queja al bordo del *Canadá*, el señor Pinsón no consintió que su amigo satisficiera por entero la cantidad que se le exigía. ¿Por ventura no estaría pronto en Europa, díjose, al paso que si Boissjoli no encontraba ocupación en el acto necesitaría dinero para ir tirando? Además, para pagar en cierto modo la hospitalidad desinteresada que recibiera a bordo del *Fulton* durante un mes, al despedirse de la tripulación mostróse bastante liberal con los criados de la oficialidad; de suerte que al ir a tomar pasaje para Europa sólo le quedaban cuatrocientos francos, y todavía no había pagado el gasto hecho en la fonda.

(Continuará)

PENSAMIENTOS

Los hombres hablan de la mujer peor de lo que piensan; las mujeres hacen, respecto del hombre, todo lo contrario. — DUBAY.

Un sabio en su patria es como el oro en la mina. — CONFUCIO.

La ignorancia es la maldición de Dios; el saber, las alas con que volamos al cielo. — SHAKESPEARE.

En las relaciones amorosas, como en las estaciones del año, los primeros fríos son los más sensibles. — Mme. DE CONLAGAS.

En la naturaleza no existe la soledad. — SCHILLER.

No puede tenerse orgullo sino para sí propio. — CHATEAUBRIAND.

Cuando estamos con un amigo, ni estamos solos ni somos aós. — BARTHELEMY.

La falsa modestia es la más decente de todas las mentiras. — CHAMBORT.

En el deber está la limitación del derecho. — BALAGUER.

El que sabe que su enemigo va a sentarse sobre la hierba que oculta un áspid y no se lo advierte es un malvado. — CARNEADES.

Para que un matrimonio fuera feliz sería necesario que el marido fuera sordo y la mujer ciega. — ALFONSO DE ARAGON.

suelen ser de un solo piso y tienen azoteas donde de noche se reúnen sus moradores para respirar las brisas del mar. Antes de quince minutos el señor Pinsón y Azogue se encontraban extramuros, pues la ciudad de Veracruz no es muy grande que digamos. ¿Cómo quedó desilusionado el muchacho cuando, en vez de la florida campiña que pensaba encontrar, se vió en medio de una llanura arenosa cuyo fin no se divisaba! Acá y allá algunas raquílicas mimosas; pero ni un árbol, ni un tallo de hierba, ni una flor. Azogue no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. A lo lejos, en el horizonte, perfilábase la sombra de elevadas montañas dominadas por el nevado de Orizaba.

Nuestros conocidos no se cansaban de mirar aquellas montañas que se extienden paralelas al mar y en cuya cima existe la meseta de

maño, la forma y el color de los millares de conchas de que estaba sembrada la playa: el muchacho recogió infinidad de ellas, en lo que fué imitado por su compañero, pues, como con razón observó éste, tales conchas, de ningún valor allí donde tanto abundan, tendrían su precio en Europa.

A las seis el señor Pinsón y Azogue comieron en la fonda, en mesa redonda, probando pescado y frutas de los que jamás habían oído hablar ni menos habían visto ni gustado. Como los comensales hablaban todos el español y ellos no les entendían, apenas hubo terminado la comida levantáronse de la mesa y se engolfaron nuevamente por las calles de la ciudad. Los únicos establecimientos que permanecían abiertos eran los cafés, donde se expendían aromáticos helados y otras bebidas refrescantes. A eso de las ocho al-

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

PARA QUITAR EL ORIN del acero se le unta de aceite común y se deja dos o tres días. Entonces se espolvorea con cal viva muy pulverizada y se frota hasta que desaparezca todo rastro de oxidación.

LOS CUBIERTOS DE PLATA que se usan a diario conservan constantemente su brillo teniendo los una vez por semana durante varias horas en una disolución fuerte de bórax.

EL AGUA CALIENTE puede ser en muchos casos una medicina. Por ejemplo, un cuarto de litro de agua, tan caliente como se pueda resistir, bebido antes de levantarse por la mañana, constituye un gran remedio para las indigestiones, siendo su eficacia tan grande como su sencillez.

LIMPIEZA DE LOS LENTES. — Llevar los dientes sucios, sencillamente descuidar su limpieza, es peor que no llevarlos; pero no todos los que los usan saben cómo los deben limpiar.

Los cristales deben lavarse frecuentemente con alcohol, frotándolos con una gamuza o un papel de seda muy suave, nunca con un trapo, aunque éste sea el pañuelo más fino. Si no se quiere emplear el alcohol, puede sustituirse por agua caliente con unas gotas de amoníaco. Para evitar que éste deje vapores, que luego lastimarían en los ojos, lávense después los cristales con agua y jabón, pásese por encima un paño grueso muy suave, y por último frótese bien con un poco de polvos de dientes, lo más finos posibles, aplicados con un papel de seda.

PARA SACAR LUSTRE AL CHAROL empléase una mezcla compuesta de una parte de trementina y tres de aceite común.

FORMULA DE COLD-CREAM — Cera virgen, 25 gramos; blanco de ballena, 25 gs.; aceite de almendras dulces, 400 gs.; esencia de rosa, 1 g.

Alimento de cutis: Aceite de olivas, 60 gramos; esperma de ballena, 15 gs.; Cera blanca, 15 gs.; manteca de cacao, 15 g.; lanolina, 15 gs.; agua de azahar, 30 gs.

LAS FLORES PARA ADORNAR la mesa deben colocarse esparcidas y nunca en búcaros o jarrones.

LAS PICADURAS DE INSECTOS dejan de molestar en seguida, si se les aplica un poco de sal húmeda y se conserva bien apretada contra la parte dolorida.

A LOS NIÑOS no se les debe obligar a comer cuando no tienen gana, porque la naturaleza indica muchas veces lo que es bueno o malo. Para que el alimento siente

bien hay que comerlo a gusto.

LOS MUEBLES PINTADOS con esmalte blanco y con cualquier pintura de brillo, se lavan con agua caliente, en la que se ha-

Los tigres del circo

La multitud se estaciona ante la gran caseta del circo Renato.

El pregonero. — Y fíjense señoras y señores en las pinturas que hay a la derecha e izquierda de esta caseta. Contrariamente a lo que sucede en los teatrillos de feria, estas pinturas no son pura reclame ni ampliaciones de los cuadros del Louvre. Aquí se trata de grandiosas reproducciones de las cacerías, donde el domador Renato captura sus fieras. A la derecha se ve el Ecuador, y hay una leona caída ya en el lazo. ¡Es la leona Antinea, que se halla ahora en el interior de este local con los dos hijos que tuvo con un león fallecido ya! A la izquierda véis al temerario domador Renato junto al oso blanco. ¡Advertid, los ojos fosforescentes del animal! En fin, sobre la puerta tenéis a Renato, que está a punto de coger en los bosques de Bengala seis tigres feroces. ¡No digo más! ¡Veréis el espectáculo! ¡El trabajo de la leona Antinea con sus dos cachorros: Confusio y Cagliostro! ¡La lucha, en cinco rounds, con el oso blanco Sant Gobeno, cuyas garras se hincan profundamente en las carnes del domador! ¡Y por fin contemplaréis el maravilloso espectáculo de los seis tigres indios en libertad, número único en el mundo, número formidable, que el presidente de la República desea volver a ver! ¡Todo eso presentado por Renato en persona, vestido por primera vez de gladiador! (Tambores, Renato sale vestido a la moda clásica de los gladiadores romanos. Piel de tigres, malla treinta medallas. Saluda)

Renato. — (al pregonero, en voz baja). ¡No van a ponerle polvos insecticidas al oso? Está lleno de pulgas, ese cerdo. He estado rascándome toda la mañana, tengo la pierna en carne viva... Mire...

El pregonero. — (a Renato) ¡Aprovechemos (a la gente) ¡Y el célebre Renato va a trabar como de cotumbra, a pesar de no estar aún cerrada su herida de la pierna.

(Decidida, la multitud se precipita).

El pregonero. — (Contando) ¡Siete!... ¡Ocho!... ¡Nueve!... ¡Diez!...

¡El oso Sant Gotardo está knockout! (Aplausos Música). Y ahora, ¡los feroces tigres en libertad! ¡Los seis tigres de la India, que devoraron un niño la víspera de ser cazados!

Renato. — ¡Señoras, señores, os ruego, durante este número extremadamente peligroso, que permanezcáis en silencio y evitéis aún el reflejo de vuestros diamantes en los ojos de los tigres! ¡Hop! (Los tigres entran).

¡Aquí, Angkor!... ¡Acostado!... ¡Fathma!... ¡Acostado!... ¡Allí!... ¡Vamos!... ¡Hop!... ¡Clic-cloc!... ¡Angkor!... ¡Angkor, aquí!...

¡Angkor, mecachis en...! (Angkor no quiere saber nada. Sonrisas en el público). ¡Angkor! (Renato sacude al tigre una formidable patada). ¡Angkor!

Una voz en el público. — ¡Sí, sí! ¡Ja, ja!

Renato. — Señoras, señores, les pido que no hagan ruido...

La voz. — ¡Diselo a tus parientes! (Risas).

Renato. — (Muy pálido) ¡Angkor! (Coge al tigre por la cola y lo obliga a levantarse.) ¡Salta!... ¡Fahma!... ¡Salta!... ¡Ahí, al aire! (Fathma lo mira con indiferencia; Allí se lame una pata.)

Gritos en el público. — ¡Miau!... ¡Gau, gau! ¡Miau! ¡Son de corcho! ¡A dormir los corderitos!... ¡Ja... ja... ja!

Renato. — ¡Angkor!... ¡Aquí! (El tigre contempla al domador con grandes lágrimas. Los restantes tigres se ponen a llorar.)

Los tigres. — ¡Uh!... ¡Uh!... ¡Uh!...

(Se comprende al instante que estos animales tienen una pena enorme. Allí se restriega desesperadamente la cabeza contra los barrotes de la jaula)

Renato. — (Comprendiendo súbitamente.) ¡Ah, ya sé! ¡es el recuerdo! Están enternecidos (Muestra al público su traje de gladiador, la piel de tigre con que se cubre.) Poneos en su lugar... ¡Esta es la piel de su madre!

Andrés DAHL

ya echado un vaso de cola de carpintero. La cola se echa en disolución, y en proporción de un vaso de los de agua por cubo de agua.

LAS PEINETAS y los peinecillos de concha deben limpiarse cuidadosamente, con un paño suave o un papel de seda, todos los días, al quitárselos. Cuando estén muy sucios, quedarán perfectamente si se limpian con tripoli muy fino y aceite, aplicados por medio de una gamuza.

PARA IMPEDIR QUE LA MERMELADA se florezca debe cuidarse al hacerla, de que hierva hasta tomar la consistencia de jalea. Los botes deben estar muy secos antes de echar en ellos el dulce, y mientras estén calientes todavía se tapan con papel, al que se da una mano de clara de huevo.

Deben almacenarse en un sitio fresco y ventilado a la vez.

CUANDO LOS CUELLOS DE LOS GABANES y trajes de color obscuro se ponen blanquecinos por el uso se mezcla una cucharadita de amoníaco con bastante sal y se aplica a la parte que se quiere limpiar.

PARA EVITAR EL EXTREMISMO se aconseja comer un par de naranjas antes del desayuno.

Esta medida es además muy conveniente para hacer desaparecer la aspereza del cutis.

TODO ALIMENTO que contenga gelatina debe ser tapado cuidadosamente en tanto que esté fresco.

LA HOJALATA ADQUIERE un brillo blanco argentino frotándola con un trapo empapado en ácido acético diluido.

SI LAS CARNES ESTAN DURAS puede hacérselas ablandar poniendo un poco de alcohol en la carne.

UN LINIMENTO MUY BUENO para las quemaduras se hace mezclando 10 partes de salol, 60 de aceite de oliva y 60 de agua de cal.

UN MANOJO DE HOJAS FRESCAS DE NOGAL colocado en una perrera basta para destruir los insectos parásitos en ella acumulados.

EL CALZADO SE CONSERVA MUY BIEN untándole un poco de leche todos los días.

LOS PLATOS QUE SE PONEN OSCUROS por dejarlos en el horno, se blanquean y limpian teniéndolos un rato en agua de borax.

El interés despertado en todo el mundo por la noticia de que un erudito había logrado reconstituir la obra entera de Tito Livio, demuestra la importancia que el hombre moderno concede al conocimiento de la literatura antigua.

Una parte de estos monumentos literarios existen trazados sobre el clásico papiro.

Es el papiro, como es sabido, una planta perteneciente a la familia de las Ciperáceas, de tallo triangular, que alcanza a una altura de dos a dos metros y medio y crece en abundancia en las orillas del Nilo.

Durante mucho tiempo la ciudad de Alejandría surtió al mundo de rollos de papiro, preparados para escribir sobre ellos.

Para obtener esta fabricación se recortaba la médula del arbutto en tiras sutilísimas, lo más largas posible. Estas tiras se extendían sobre tablas, sin cortarlas; sobre la primera hoja, perfectamente estirada, se colocaba otra, y se adherían, humedeciéndolas con agua o con una mezcla de harina cocida en agua acidulada con vinagre.

La hoja, así obtenida, se pulía luego por diversos procedimientos, y pegando unas hojas con otras se lograban tiras que tenían veinte centímetros de ancho y diez o doce metros de longitud. Estas tiras se enrollaban y eran así vendidas en los comercios. Los romanos les daban el nombre de "Volumen", es decir, envolvimiento. Egipto tuvo el monopolio de esta industria hasta el siglo X, en que otros procedimientos sustituyeron al papiro en la fabricación del papel.

La mayor parte de papiros escritos han sido descubiertos en este país. Un hecho explica también el que estos documentos se hayan conservado, principalmente, en Egipto. Era costumbre de los antiguos egipcios el servirse de papiros escritos para la confección de máscaras y placas destinadas a cubrir las momias.

Estas máscaras y placas, formadas por varias hojas de papiro sobrepuestas y pegadas unas con otras, eran luego pintadas. En general, sobre el fondo de tinta uniforme, se trazaban dibujos simbólicos o inscripciones conmemorativas.

Por lo dicho puede compren-

La papirología

Como se descifra el pensamiento antiguo

derse fácilmente las dificultades con que hay que luchar cuando se intenta descifrar uno de estos documentos milenarios.

Puede decirse que además de los eruditos que se consagran a este trabajo se requieren para ello verdaderos artífices.

te fin y en los cuales este trabajo es objeto de laborioso estudio.

El cartón de papiro que se trata de descifrar y que está formado por distintas hojas, es, ante todo, sumergido en un baño de agua caliente y rociado después sutilmente con un ácido diluido.

No se debe dormir más que 4 horas por noche

Ocho horas de sueño todas las noches es el doble de la cantidad necesaria para descansar, según el conocido doctor neoyorquino Roberto Kingman, especialista en enfermedades nerviosas. Cuatro horas de sueño y otras cuatro al día de descanso, son suficientes para mantenernos saludables y fuertes.

"El factor principal que origina que la mayoría de la gente duerma demasiado es la monotonía. Una mente activa que se interesa por todos los problemas del mundo necesita dormir mucho menos que una mente falta de interés general", afirma el doctor Kingman.

Para defender su teoría, el doctor Kingman dice que tanto los niños como los mentalmente deficientes necesitan dormir la mayor parte de las veinticuatro horas del día, por la pobreza de vida mental, que rápidamente convierte todos los estímulos en cosas monótonas. Esto es debido a que son incapaces de diferenciar y de in-

creparse de una manera inteligente por lo que les rodea. Su mente se cansa a los pocos minutos.

La vieja y general creencia de que el sueño es originado por la fatiga completamente errónea, según el doctor Kingman. "El objeto real del sueño no es otro que la restauración de los tonos emocionales y sensoriales, y no la eliminación de toxinas. Es casi ridículo pensar que los intestinos y riñones trabajan mejor cuando dormimos. La verdad es precisamente todo lo contrario.

Todas estas funciones—dice el doctor Kingman—se hacen más lentas durante el sueño, lo mismo que los demás procesos del cuerpo. El efecto de un sueño prolongado es de entorpecimiento, y de ninguna manera limpia y descansa el cuerpo, lo intoxica, y al mismo tiempo hace perezoso el cerebro."

Los mejores antidotos contra la fatiga son, según el doctor Kingman, el trabajo y los estímulos mentales.

El conocimiento y la labor de estos artífices constituyen una rama de la filología: la papirología.

La papirología no cuenta, en general, con cultivadores particulares, sino que por su índole especial y en consideración a las grandes dificultades de su técnica, es cultivada sobre todo en institutos especiales destinados a es-

Por este medio, lentamente, se va disolviendo la capa de cal y cola, con la cual estaban unidas diferentes hojas.

El residuo de los cartones así obtenido es cuidadosamente extendido sobre una tela húmeda, y después de algunas operaciones que exigen también el mayor cuidado, ha concluido el trabajo de los químicos y empieza el de los

eruditos.

Se trata de hacer revelar su secreto a algunos trozos de papiro de forma irregular y de dimensiones bastantes reducidas: cada trozo lleva en caracteres, apenas perceptibles, pocos fragmentos de líneas. En algunos casos afortunados las diversas hojas de papiro que han servido para la preparación de la placa funeraria, tienen un origen común, es decir, pertenecen al mismo "volumen" o documento.

En otros casos tienen procedencias diversas, o bien en el momento de ser empleadas por los embalsamadores, fueron recortadas y separadas de tal forma que el papirologo se encuentra perplejo antes estos fragmentos jeroglíficos en los que casi resulta imposible el orientarse, y que constituyen con frecuencia un verdadero caos.

Puede comprenderse fácilmente la fatiga material e intelectual necesarias para descifrar estos problemas, que de no ofrecer un interés tan palpitante, pronto se renunciaría a resolverlos.

Por otra parte el manejar estos despojos venerables exige la mayor atención, su fragilidad es tan extrema que pronto serían destruidos.

Por esta razón sólo se cogen con pinzas de entomólogo y se disponen sobre una especie de plano, en el que van haciendo las anotaciones necesarias, y una vez realizadas esta preparación se intentan descifrar las frases trazadas.

El desciframiento de estos documentos se hace por lo regular entre dos filólogos; uno de ellos armado con un espejo reflector ilumina fuertemente el fragmento, mientras su compañero examina los caracteres con un lente.

Merced a estos procedimientos de restauración y desciframiento de los papiros procedentes del tocado funerario de las momias, se han llevado a cabo los más importantes descubrimientos.

EN EL RESTAURANTE

¡Camarero! Hace dos horas que estoy esperando la vuelta del billete.

—Perdone el señor, pero es que acabo de cambiar varios billetes, y en cuanto doy dos vueltas se me va la cabeza.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas; CERRITO 607

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

Buenos Aires

U. T. Mayo 1899

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre . . \$ 2.50	Trimestre . . \$ 3.—	Trimestre \$ oro 2.—
Semestre . . " 5.—	Semestre . . " 6.—	Semestre . . " oro 4.—
Año " 9.—	Año " 11.—	Año " oro 8.—
No. suelto . . " 0.20	No. suelto . . " 0.25	
No. atrasado . " 0.40	No. atrasado . " 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares:

Encuadernación en formato	grande	chico	En cuero	En tela
cada tomo	\$ 12.—	" 8.—	3.70	3.—
Tapas sueltas	" grandes	" chico	9.—	2.—
	" grandes	" chico	6.—	1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLIFICOS,
CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE
CHICOS Y GRANDES

No. 7 — CHARADA

Tercia prima dos total,
que voy a prima tercera
de mi colega Pascual.

No. 8 — CHARADA

DO MO

No. 9 — JEROGLIFICO

KOO NEGRO
Y
COLORADO

No. 10 — ADIVINANZA

Con una sola palabra
expresar una herramienta,
una fruta, y, además,
una población de América.

No. 11 — JEROGLIFICO



No. 12 — COMPRIMIDO

ORIENTE
5 TUTELAR 1
OCCIDENTE

No. 13 — JEROGLIFICO



No. 14 — COMPRIMIDO

IE
SA

ILUSION OPTICA



Siendo las dos figuras exactamen-
te iguales, parece mucho mayor la
del fondo.

SOLUCIONES DEL NUMERO
ANTERIOR:

- No. 1 — Panamá
" 2 — Buen humor
" 3 — Letrado
" 4 — No hay sábado sin sol
" 5 — Vivir
" 6 — Antes que te cases mira lo
que haces

"Y las piedras hablarán..." Esta profecía se ha realizado también por lo que respecta al caso que vamos a relatar.

En las últimas excavaciones hechas en los lugares que un día fueron asolados por la lava del Vesubio se han hallado piedras y bloques, restos de una antiquísima casa, que por los datos que proporcionan permiten reconstituir la vida del antiguo poseedor de la casa.

Un par de inscripciones, un par de frescos, la arquitectura extraña de la construcción y aquellos datos además que no se han encontrado pero que se han supuesto, han bastado al historiador para formar una idea de la vida de Cecilius Jocundus Cornelius Tages.

Era el hijo de un labrador de la provincia romana, que como prestamista de los agricultores, logró reunir un pequeño caudal.

Ya en posesión de él se dirigió a Pompeya, el Dorado de los antiguos usureros romanos.

La vida del usurero en Roma no era en aquellos tiempos la que pudiera codiciarse; reinaba entonces la soldadesca con sus oficiales fanáticos y sus políticos militaristas.

En Pompeya, el espléndido golfo al pie del Vesubio, se vivía con la mayor disipación.

Corría allí el dinero como un río de oro y la vida era fácil y agradable. En el momento oportuno se fijó la mirada codiciosa de Cecilius Jocundus en esta ciu-

Las últimas excavaciones en Pompeya

dad.

Con su astucia rústica y su desaparición, con el sibaritismo ilimitado y el afán de deslumbrar del advenedizo, pronto adquirió un puesto prominente en la ciudad y se convirtió en el más rico y temido usurero de Pompeya, en donde servía a la más distinguida clientela.

Habitaba en el centro de la ciudad, en la calle principal, y poseía tres casas que se comunicaban. Dos de ellas estaban construidas según el gusto dudoso del "parvenu" en su estilo ostentoso y vulgar.

La tercera, de mucho mejor gusto, debió serle indudablemente legada por algún arruinado prócer.

La primera era la casa privada de Cecilius Jocundus; la segunda el despacho y la tercera estaba reservada para sus fiestas y recepciones.

El "Peristilium", el gran "hall" de las estatuas, en el centro de la casa, era donde solía reposar el opulento propietario y donde meditaba sus planes contra los indolentes pompeyanos.

Esta indolencia, de la cual él vivía, está representada en un mosaico hallado en las excavaciones; en él aparece un caballero sentado apaciblemente en el burro

que se desploma, mientras dos esclavos hacen esfuerzos inauditos por mantenerlo en pie.

Las habitaciones de dormir eran pequeñas y sencillas; el lecho de marfil, realmente fastuoso.

La decoración del refectorio era un canto a las riquezas; el motivo principal de las paredes eran plumas de pavo real y hojas de laurel.

En esta habitación fué hallado en un rincón un pesado cubo de plomo, ornamentado con monedas, entonces en uso.

Aún más interesante es la pieza que fué despacho de Tages y que da una idea del refinamiento con el cual atendía a sus negocios, con los arruinados pompeyanos; esta habitación tenía una puerta excusada que daba a una callejuela estrecha, por la que podían entrar y salir los demandantes sin temor a ser vistos.

Contra accidentes de cualquier género estaba bien defendido Tages, receloso y precavido, como todos los de su especie.

La puerta de su jardín, que ha sido hallada incólume, quedaba, por medio de gruesos barrotes de hierro, perfectamente cerrada y resultaba empresa imposible el intentar abrirla desde fuera.

Pero Tages no era sólo un vul-

gar usurero, avaro de sus riquezas, sino que era también, a juzgar por los restos hallados, un rico ostentoso, coleccionador de objetos artísticos y costosos.

Es la suya una de las más antiguas casas de Pompeya, en las que se nota la influencia de la cultura romana.

Pero en medio de sus riquezas y aparente despreocupación, era Tages siempre el avaro codicioso y guardador de sus tesoros. Su dinero debía ser conservado en urnas y toneles, con objeto de poder ser puesto a salvo en caso de algún accidente desgraciado. Y así debió suceder, porque ¿cómo explicar que mientras en cuatro casas descubiertas en las ruinas de Pompeya han sido halladas monedas de todas clases, en la del opulento Cecilius Jocundus no se haya encontrado ni la más simple moneda de cobre?

Sólo en el refectorio se han hallado abandonadas un par de ánforas para vino.

Seguramente que al empezar la erupción del Vesubio el avaro previsor huyó con sus esclavos y sus tesoros hacia Roma.

Entre los escasos objetos que dejó abandonados figura su effigie en un busto de bronce.

En el duro bronce están esculpidas sus facciones, con tal fuerza de expresión, que, recientemente, permitieron a un historiador el completar la historia de la vida de Cecilius Jocundus Cornelius, casi leída en las piedras halladas en las ruinas de Pompeya.

Emerson, el gran filósofo y poeta americano, dijo en cierta ocasión que todo en la Naturaleza ha cooperado en la obra de escribir la historia de la Tierra.

Hace ciento cincuenta años, antes de que Emerson hubiera pronunciado estas palabras, un puñado de hombres de distintas naciones europeas habían llegado a la misma conclusión, declarando que la Tierra había escrito su propia historia.

Estos hombres determinaron descifrar la historia, mil veces milenaria, escrita en tan extraños caracteres, y al intentarlo se fundó la ciencia de la Geología.

Las opiniones referentes a la edad de la Tierra pueden dividirse en dos grandes grupos.

Uno de ellos forma sus opiniones de la consideración del Génesis y otros documentos que comprenden el relato de la creación y de la historia primitiva.

Las opiniones del otro grupo se fundan en un concienzudo estudio hecho para intentar que la Tierra manifieste su propia historia.

Vamos a ocuparnos solamente de las opiniones de este segundo grupo.

La madre Tierra es tal vez el único miembro de su sexo que insiste en proclamar a cuantos quieren escucharla, lo vieja que es. Realmente es tan vieja, que el intentar medir su edad en años es tan absurdo como tratar de medir el volumen de agua del Océano Pacífico con un simple taza de te.

A pesar de la plácida y, al parecer, inmutable expresión que se refleja en la faz de la Tierra, es indudable que ha habido cambios de gran importancia en esta expresión desde el nacimiento de la Tierra como una entidad separada del sistema solar.

Si fuera posible que pasáramos cinco mil años en algún sitio lejano y nos fuera dado volver a visitar después de este tiempo nuestros lugares predilectos en las montañas y en las playas, es muy probable que no notáramos grandes cambios. Seguramente nuestro lago, en donde pescábamos las truchas, se habría llenado de sedimentos y estaría convertido en lugar de pastos o quizá desaguado por un río durante nuestra ausencia. Los lagos son fenómenos transitorios y, por tanto, su duración no es perpetua.

Encontraríamos también que el río que en nuestro tiempo se precipitaba en el océano, a medio kilómetro de distancia de nuestra vivienda, pasaría ahora junto a ella. Descubriríamos asimismo, si nuestra casa estaba situada en una costa ancha y despejada, que este sitio habría pasado a ser una parte del fondo del mar a seiscientos metros de distancia de la playa.

Supongamos ahora que en lu-

La edad de la tierra

gar de cinco mil años nos fuera dado permanecer un millón de ellos alejados de nuestros lugares predilectos, y volver a visitarlos después de este espacio de tiempo. Esta vez quedaríamos realmente asombrados al observar los inmensos cambios que habrían tenido lugar. Nuestras altas montañas habrían sido reducidas a pequeños montículos o a vastas llanuras, en las que nada indicara sus remotas grandezas.

El mar habría avanzado sobre la tierra de tal modo, que aquellas llanuras de nuestro tiempo habrían sido cubiertas por el líquido elemento, y estaría habitado por unos seres muy distintos de los

el espíritu del hombre.

El instinto natural de éste tiende a borrar la impresión de la inestabilidad de las cosas por ese medio tan humano a lo desconocido.

En una de nuestras excursiones del verano último, cavando en la cima de una alta montaña, obtuvimos el hallazgo de gran cantidad de conchas de mar fósiles. Pudimos observar que las rocas mismas estaban formadas por los sedimentos consolidados del fondo de un mar que debió existir en época remota.

La elevación de estas montañas en tal lugar es sólo uno de los muchos cambios que han tenido

sugirió la posibilidad de determinar la edad de los océanos por este medio. Hasta 1880 no se obtuvieron los datos que hacían posible esta averiguación. En este año Joly, el gran físico inglés, empleando las cifras corrientes de la cantidad de sal depositada anualmente en los ríos, y la cantidad de sal calculada en el mar, dividiendo sencillamente la segunda cantidad por la primera, apreció que los océanos tenían noventa y siete millones seiscientos mil años de edad. Otros cálculos se han hecho y de casi todos ellos se deduce que los mares tienen alrededor de unos cien millones de años de antigüedad.

Las plantas y animales fósiles nos dan una idea de la cambiante apariencia de los seres vivientes durante las largas eras del tiempo geológico. Pero no podemos cuánto tiempo se realizaron estos cambios?"

Sabemos que las plantas y los animales de hoy no se diferencian de los descritos en los más antiguos documentos humanos. Pueden pasar cinco, diez o quince mil años sin que se altere el aspecto general de la vida del mundo. Y, sin embargo, largas evoluciones han tenido lugar durante ese tiempo.

Antes que el gigantesco dinosaurio, otras razas de seres del mar existieron en el mundo.

Dinastías enteras de seres habitaron la tierra y los mares del pasado y se extinguieron, siendo sucedidas por otras dinastías.

Los más antiguos fósiles, plantas y animales, indican un linaje desconocido.

Todos estos hechos demuestran que la Tierra es muy vieja, tan vieja que un año o cien años no significan tiempo para ella.

Para concluir citaremos algunos experimentos que indican que la Tierra es aún más vieja de lo que hemos imaginado.

Existen en la Naturaleza algunos elementos inestables, que se transforman sucesivamente. El urano, por ejemplo, se transforma en radio, y, por último, después de algunas modificaciones sucesivas origina el helio (gaseoso) y el plomo (sólido), que son productos estables.

Se sabe por los experimentos que estas transformaciones no pueden ser alteradas.

La edad de una roca, por ejemplo, puede determinarse observando las cantidades de urano y de helio que contiene. Sabiendo el tiempo que transcurre en estas transformaciones, puede hacerse un cálculo exacto o aproximado, de la edad del mineral.

Otros sistemas de estudiar los minerales radioactivos condujeron a varios resultados en la computación y cálculo de la edad de la Tierra.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas

MÉJICO 1360

Horas de consultas: de 14 a 16
Unión Telefónica: ILbertad 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

De 14 a 16 y 30 horas
PARAGUAY 1615

U. T. 7297 Juncal

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Director de los Servicios Médicos del Jockey Club y del Círculo de la Prensa

Atiende especialmente enfermedades del corazón, aorta y sangre
Consulta: de 16 a 19 horas

CALLAO 433, 1.º piso

U. T. Mayo 1328

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216

U. T. 38 Mayo 6337

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebilléau (París)

Consultas: de 14 a 16 horas
LIBERTAD 1375 U. T. 6857 Jun.

Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
Matriz, ovarios y cirugía de Señoras

SUIPACHA 27 U. T. Riv. 0500
Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano

Enfermedades de los ojos

Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7385 Av.

mares de nuestros días.

La vida de los países ofrecería a nuestros ojos una extraña apariencia exótica. Nuestros descendientes presentarían un aspecto tal que apenas podríamos reconocerlos como tales.

Estos cambios han tenido lugar en la noche oscura del pasado: ¿por qué dudar que no ha de ocurrir lo mismo en el futuro?

La concepción de un cambio perpetuo en la Naturaleza tomó cuerpo en una fecha remota en la mente humana.

Las primeras ideas de un mundo en constante flujo no estaban basadas en hechos observados y no estaban destinadas tampoco a ejercer una gran influencia sobre

lugar en la historia geológica.

Hasta que tuvo atmósfera y océano no empezó la Tierra a registrar su edad. Se sabe hace mucho tiempo que los océanos fueron las primeras formas que se desarrollaron en la faz de la Tierra.

Se sabe también que en un principio los océanos eran de agua dulce y que la sal que se encuentra ahora en todos los mares fué llevada desde la tierra por medio de los ríos.

Durante mucho tiempo los geólogos se interesaron en apreciar la edad del océano, tomando como base la medida de sal con la cual abastecen los ríos al mar.

Ya en 1715 Edmundo Halley

TEATROS

"ELELIN", DE ROJAS

De una cumbre intelectual, no podía esperarse en su primera manifestación literaria, llevada a la escena, sino la obra de un espíritu culto que da al teatro un trabajo que si está situado en América, podría estarlo en cualquier otro continente donde los afanes de conquista mueven a los hombres y encaminan sus pasos hacia los países de leyenda. Un poeta como Rojas, esto es, un alto poeta que busca como supremo afán reconstruir el alma de una cruzada conquistadora, donde alientan ideales y apetitos, y los hombres revelan sus ambiciones y sus virtudes, ha iniciado su labor escénica con una obra símbolo que quedará como uno de los más grandes intentos de teatro grande entre nosotros.

Rojas, cuya obra nacionalista es noble y elevada, presenta en "Elelin", vocablo armonioso con que se designaba la tierra soñada por las riquezas, la legión de guerreros que tiene por único término arribar un día al país entrevisto en sus alucinaciones de conquista. Esos hombres son los que marchan desde el Perú rumbo al Plata, capitaneados por don Diego de Rojas, la figura idealista y noble de la cruzada. En el camino sucumbe, y la caravana desatada en ambiciones parece que abandonara su propósito. Los guerreros, sin capitán, revelan sus ansias y entre ellos se desata la tempestad de las pasiones. Pero llega el momento en que se adormecen los malos instintos y a poco, serenada la legión, retoma el sendero de "Elelin", donde ha de alcanzar la ventura.

Tal en pocas palabras el asunto de la obra, realizada en bellos octosílabos y en limpia forma escénica. Pieza simbólica, "Elelin" entra a engrosar el acervo de nuestro teatro y a embellecerlo. Pocas obras nacionales pueden juntarse con esta, magnífica en concepción y en factura literaria.

"EL PROFESOR TROMBONI" en el SMART

Escenas de melodrama y otras de sainete fácil se han mezclado en dosis equilibradas en esta pieza, buscando entretener al público por todos los medios al alcance de la producción teatral.

Este fenómeno se observa en muchas piezas del repertorio cultivado por Marcelo Ruggero y ello obedece sin duda al deseo de proporcionar al popular actor situaciones contradictorias y de extrema eficacia para que su vis cómica encuentre campo propicio para desatarse con toda amplitud en la forma más expresiva.

No hay que decir que Ruggero aprovecha en toda su extensión las oportunidades de lucimiento, realizando una labor de efecto, den-

tro de su cuerda peculiar, de todos conocida. Baste decir que el peluquero y artista por él encarnados en esta pieza, nos hacen recordar a tipos que hemos soportado en la realidad con características muy semejantes.

Con eficacia fué acompañado Ruggero en escena por sus colaboradores de siempre, prodigando el público aplausos para todos.

DEL PAIS Y DEL EXTERIOR

El éxito de "Leticia" de Darío Nicodemi, en el Liceo, se registra con agrado por tratarse de una producción noble que no es frecuente ver en nuestros escenarios.

Evita Franco y su compañía están preparando un estreno de autor nacional y dos firmas extranjeras. Es el primero, "Señorita" de Samuel Eichelbaum y los otros corresponden al teatro francés, en versiones de Hicken y Guibourg.

POR FIN CORRERA LA SANGRE

Después de tan anunciada, ahora parece que subirá por fin a escena en el Nacional la pieza de Vicente G. Retta titulada "La sangre de las guitarras", pieza en verso, inspirada en un episodio de la época de Rosas.

EN EL NUEVO

Se anunciaba que la compañía de Rambal daría en esta sala una serie de representaciones del teatro aparatoso y de enredo que viene cultivando con éxito.

"EL DESPERTADOR DE LA VIRTUD" en el COMICO

El deseo de incorporarse resueltamente a las manifestaciones del teatro de vanguardia, está produciendo entre nuestros autores una saludable reacción contra el sentimentalismo cursi que afectaba a la mayor parte de las comedias durante los últimos cuarenta años.

Al principio resultó un poco alarmante el extraordinario afán renovador, porque arrastró a algunos a extremos poco deseables. Hubo obras, tan viejas como las más viejas en su contenido ideológico, que ostentaban una mano fuertemente recargada de vivos y espesos barnices extranjeros, presentando así efectos grotescos, mucho más intensos y de otra especie que los imaginados por los autores. Estos creían que hacer cosas nuevas era simplemente hacer cosas raras, equivocación que el público se ha encargado poco a poco de ir rectificando en la eficaz solución de los estrenos.

Pero no puede decirse que todo haya sido en vano. Ciertamente es que

no quedará como ejemplo para la posteridad ninguna de esas obras del tipo de transición. No obstante, persistirá el gusto por lo nuevo y, sobre todo, ya se le notará olorillo a cosa pasada y mohosa, a todas aquellas tonterías que antes hacían derramar abundantes y amargas lágrimas a nuestra burguesía que no presenciaba otros espectáculos que los del teatro nacional.

En cuanto a la pieza que motiva esta crónica, entra de lleno a participar en las calidades características del grupo a que nos hemos referido. Consta de un pensamiento básico muy estimable para servir de armazón a una interesante pieza, pero no se ha logrado su desarrollo en toda la amplitud que hubiera sido de desear.

Juvencio, un hombre corrido y mundano, experimentado especialmente en el mundillo artificioso de la galantería mercenaria, cuando se siente ya un tanto viejo para la seducción erótica, se dedica al apostolado de la regeneración moral de las mujeres alegres, procedimiento que le permite ponerse en contacto con ellas sin que lo burlesquen por su falta de lozanía para el ejercicio del amor. Logra así interesar a las simples mujeres de ese medio que él frecuenta y cuando ha merecido de ellas una consideración casi filial, hace derivar ese sentimiento hacia las concesiones materiales. Después de varios éxitos, se enamora sinceramente de una muchacha sencilla y buena, pero en ésta persiste el respeto por el hombre bueno que creyó ver en Juvenal y se plantea así un interesante problema, que el autor malogra después. Y lo malogra porque lo resuelve por triplicado, en tres epílogos de soluciones diferentes y poco acertadas todas ellas.

El autor, Carlos A. Silva, ha querido que el conflicto sea resuelto por el público, pero no ha logrado su propósito. Con todo, es justo reconocer que la pieza tiene méritos suficientes como para registrarla en términos halagadores para el autor, que demuestra su capacidad para afrontar con altura y buen gusto un teatro de valores literarios.

Una buena interpretación estuvo a cargo de la compañía del Cómic destacándose Luis Arata y Carlota Rossi en los papeles principales, bien secundados por Berta Gangloff, Rosa Catá, Luisa Vehil, Amelia Senisterra, Nicolás Fregues y Rufino Córdoba.

NOVEDAD EN LO DE GOMEZ

No ha de ser por falta de novedades que la compañía de José Gómez no logre atraer al público. A los estrenos que efectuó últi-

mamente, de los cuales "Un enemigo del pueblo" lo fué también de la taquilla, hay que agregar ahora "La silla roja" de Ladislao Fedor. Esta obra fué bien montada y su estreno acaeció en momentos que clausurábamos esta edición, motivo que nos obliga a diferir su comentario hasta el próximo número.

BOZAN

La criollísima actriz que este año se hizo empresaria y cabeza de compañía, desglosándose del elenco de Carcavallo, no puede arrepentirse de su resolución, pues la temporada de la Comedia es la más afortunada de las de género chico nacional. Aparte de méritos artísticos personales hay que reconocer que las obras le ayudan mucho para su éxito. Es así como "Puerto Belgrano" y "Mujer celosa, marido mártir" las últimas novedades, se mantienen en el cartel con rumbo al infinito de representaciones. Para cuando lo necesite, la Bozán prepara el estreno de "El poncho de cerrazón", de José María Vázquez y S. Riese, dos autores que en esta temporada estrenan a troche y moche.

AVENIDA

Un lamentable suceso — la repentina indisposición de la tiple Julieta Ferrer, interrumpió en el segundo acto el estreno de "Cantuxa", la opereta gallega del maestro Bandot, que debió postergarse para otra noche, lo que se hizo efectivo el martes pasado. De ella aludiremos en otro número, no sin adelantar que gustó y fué aplaudida vivamente por el público que llenaba la sala.

GRAND SPLENDID

Esta grandiosa sala prepara para la semana que empieza un rotundo programa de cintas, pertenecientes a las marcas más acreditadas.

Hay que descontar por esto, que las funciones se verán llenas de público selecto, que es el hábito de esta sala.

CAPITOL

Novedades de interés ha incluido en su cartel semanal este lindo cine, frecuentado por familias elegidas.

GLORIA

Atrae considerable cantidad de público este cine de la Avenida, cuyos programas están constituidos por buenas producciones.

PARC

Notables estrenos dará en esta semana el mejor salón de Palermo, que atrae mucho público todas las noches.

SOCIALES



Señorita Carola Gallo, cuyo enlace con el señor Juan Carlos Abella se efectuó en la basílica de Nuestra Señora de la Merced.



Señorita Eloisa Faletty y señor Hernán Armesto, que contrajeron matrimonio en la iglesia de las Victorias.



Señorita Sarah Sánchez Reinoso, recientemente desposada con el ingeniero Oscar Leandro López, en el templo de San Miguel.



Los contrayentes señorita Angela Llanos Cuello y señor Fernando Fourcade Avallé cuyos esponsales se efectuaron en la iglesia del Salvador.



La señorita María Laura Pedragosa y el señor Rodolfo Montenegro después de la bendición de su enlace, ceremonia efectuada en casa de la familia de la novia.



Señorita María Esther Maffei y señor Ricardo Pietraplana, cuyos desposorios se realizaron en la residencia de la novia.
Fots. Pérez.

Últimas creaciones de la moda femenina



1 — Traje sastre clásico ejecutado con "Diallo losanjitos" de tono rojo, con cuatro botones de asta. — 2 — Abrigo confeccionado en paño negro guarnecido con recortes de conejo chinchilla. — 3 — Traje sastre de lana color beige adornado con botones de tono marrón.